

Universidad de Buenos Aires

Centro de Estudios Avanzados

Maestría en Procesos de Integración Regional –Mercosur-

Autora:

Cdora. Adriana Beatriz Rodríguez

Título de la Tesis:

La vinculación internacional de Argentina. 1880-1930.

Las relaciones internacionales y la ideología de la elite gobernante

La vinculación internacional de Argentina. 1880-1930.
Las relaciones internacionales y la ideología de la elite gobernante

Autora:

Adriana Beatriz Rodríguez

Título de Tesis:

La vinculación internacional de Argentina. 1880-1930.

Las relaciones internacionales y la ideología de la elite gobernante

Directora de Tesis: Lic. Emilce Tirre

Universidad de Buenos Aires

Centro de Estudios Avanzados

Maestría en Procesos de Integración Regional –Mercosur-

Año 2005

A mis padres, que siempre me guiaron.

A Germán, por su apoyo.

Índice

<i>Introducción.</i>	1
----------------------------	---

Capítulo I

LAS RELACIONES ECONÓMICAS INTERNACIONALES DE ARGENTINA CON GRAN BRETAÑA, EEUU Y LATINOAMÉRICA.

1.- Introducción.	3
2. El comercio exterior de la Argentina con Gran Bretaña, Estados Unidos y América Latina.	3
2.1.- Análisis del comercio exterior argentino por países orígenes y destinos. 1880-1930.	4
2.1.1. En base a estadísticas argentinas.	4
2.1.2.- En base a estadísticas europeas y estadounidenses.	7
2.1.3.- Conclusiones respecto al comercio exterior.	9
2.2.- La dependencia de la Argentina respecto de su comercio exterior.	10
3.- Las inversiones extranjeras y los préstamos en la Argentina.	11
4.- Conclusiones del Capítulo I.	18

Capítulo II

LA INFLUENCIA DE LA POLÍTICA EXTERIOR DE GRAN BRETAÑA Y EEUU EN LAS ESTRATEGIAS DE VINCULACIÓN INTERNACIONAL DE ARGENTINA.

1.- Introducción.	21
2.- La política exterior de Gran Bretaña y su influencia sobre la estrategia de vinculación externa argentina.....	21
2.1.- Introducción.	21
2.2. - Libre comercio vs. proteccionismo.	23
a. Gran Bretaña y Europa Continental.	23
b. Estados Unidos.	24
c. Dominios británicos.	25
d. Futuro Tercer Mundo.	25
2.3.- La economía mundial y Gran Bretaña a fines del siglo XIX.	26
2.4.- Gran Bretaña y el comercio internacional: un modelo característico de relaciones internacionales.	30
2.5.- Los intereses británicos y América Latina.	33
2.6.- Los intereses de Gran Bretaña en Argentina.	36
2.6.1.- El comercio y los capitales.	36
2.6.2.- ¿Imperialismo británico en Argentina?	42
2.7.- Conclusiones de la sección Gran Bretaña.	43

3.- La política exterior de los Estados Unidos y su influencia sobre la estrategia de vinculación externa argentina.	46
3.1- Introducción.	46
3.2.- La política exterior de los Estados Unidos: consideraciones generales.	47
3.2.1.- Los intereses y convicciones fundamentales de los EEUU en cuanto a la política exterior.	47
3.3.- La política exterior latinoamericana de los Estados Unidos.	50
3.3.1.- Aislacionismo.	52
3.3.2.- Intervencionismo.	53
3.3.3.- Renuncia al intervencionismo.	57
3.4.- Política exterior de los Estados Unidos hacia la Argentina.	58
3.4.1.- Las relaciones entre la Argentina y los Estados Unidos.	58
3.4.2. - Los intereses políticos de Estados Unidos. Colaboración y conflictos con Argentina.....	60
a) Colaboración entre Argentina y EEUU.	60
b) - Conflictos entre Argentina y Estados Unidos.	61
• Doctrinas en conflicto.	61
• El Panamericanismo y la lucha por la supremacía en América Latina. ...	62
3.4.3.- Los intereses económicos de Estados Unidos.	68
3.5.- Conclusiones de la sección Estados Unidos.	74
4.- Conclusiones del Capítulo II.	79

Capítulo III

LA IDEOLOGIA DE LA ELITE GOBERNANTE.

1.- Introducción.	81
2.- La generación del 80.	81
2.1.- El liberalismo conservador.	83
2.2.- Los principios del liberalismo conservador.	84
2.3.- La crisis de la oligarquía.	88
3.- El gobierno radical.	88
4.- Argentina-Gran Bretaña-EEUU y los intereses de la elite.	89
5.- La orientación de la política exterior de la elite gobernante respecto a Gran Bretaña, EEUU y América Latina.	92
6.- Conclusiones del Capítulo III.	94

Conclusiones.	98
---------------------------	----

APENDICES.	102
------------------------	-----

1.- Apéndice del Capítulo II.	102
2.- Apéndice del Capítulo III.	106
BIBLIOGRAFÍA.	108

INDICE DE GRAFICOS Y TABLAS

<i>Gráfico N° 1.</i> Importaciones argentinas, desagregadas por país de origen (%), 1880-1930	4
<i>Gráfico N° 2.</i> Exportaciones argentinas desagregadas por países de destino, 1880-1930	6
<i>Tabla N° 1.</i> Dependencia de la Argentina de su comercio exterior: Relación entre la producción y las exportaciones y el consumo de las importaciones respectivamente, 1910-1930	10
<i>Tabla N° 2.</i> Distribución por país de las inversiones extranjeras en Argentina	13
<i>Tabla N° 3.</i> Distribución de las inversiones extranjeras de otros países estimada para 1924	14
<i>Tabla N° 4.</i> Distribución de las inversiones extranjeras en Argentina, por tipo de inversión y país de origen.....	17
<i>Tabla N° 5.</i> Comparación del comercio total con el comercio colonial (media anual) de varios países, 1892-1896	31
<i>Tabla N° 6.</i> Rendimiento de los bonos del Estado emitidos entre 1850 y 1914 o pendientes en 1850	34
<i>Tabla N° 7.</i> Distribución de las exportaciones a órdenes de los principales países para el periodo 1927-1932.....	103
<i>Tabla N° 8.</i> Importaciones argentinas, por procedencia (%)	104
<i>Tabla N° 9.</i> Exportaciones argentinas, por destinos (%)	104
<i>Tabla N° 10.</i> Inversiones privadas extranjeras totales en Argentina	105
<i>Tabla N° 11.</i> Presidentes y cancilleres argentinos	105
<i>Tabla N° 12.</i> Presidentes estadounidenses	107

Introducción.

A fines de siglo XIX, existían en Argentina discrepancias sobre las estrategias de vinculación internacional que el país debía adoptar. En ese sentido, algunos sectores opinaban que resultaba conveniente alcanzar una mayor integración con los intereses americanos. Otros, en cambio, consideraban más ventajoso reforzar los vínculos con Europa. En síntesis, puede afirmarse que la discusión se centró en qué tipo de estrategia de vinculación internacional debía tener el país: americanista o europeísta.

Finalmente, se privilegió el vínculo con Europa en general y con Gran Bretaña en particular. Pero, ¿por qué se llegó a ese resultado? ¿Por qué durante décadas Argentina no se integró con la región, siendo que eran todos países cuyo origen era común, “naciones hermanas”? ¿Fue consecuencia de las relaciones económicas internacionales de Argentina con las potencias de la época, Gran Bretaña y Estados Unidos, y el resto de Latinoamérica? ¿Se debió a la injerencia de las políticas exteriores de dichas potencias? ¿O fue el resultado de la idea de que el destino argentino era el de ser un apéndice agrario de Gran Bretaña? En definitiva, ¿qué factores influyeron en que se consolidara el vínculo con dicho país europeo y no uno con Estados Unidos o con Latinoamérica?

El objetivo de este trabajo es explicar las estrategias de vinculación internacional de la Argentina durante el periodo 1880-1930. En este sentido, se examinarán las distintas opciones de integración que tenía el país: europeísmo, latinoamericanismo y americanismo. La hipótesis planteada en esta tesis sostiene que existieron tres variables que condicionaron fuertemente la vinculación internacional de Argentina entre 1880 y 1930, arribando a un vínculo más estrecho con Europa en general y con Gran Bretaña en particular, y que no permitieron su integración con Estados Unidos ni con el resto de Latinoamérica.

La primera de estas variables se refiere a las relaciones económicas internacionales de nuestro país con Gran Bretaña, Estados Unidos y América Latina, estando el comercio exterior, los préstamos y las inversiones en Argentina fuertemente vinculados con Gran Bretaña, mientras que Estados Unidos recurría al proteccionismo. Respecto a América Latina, en esta época los países de la región no representaban un interés para Argentina, dado que no eran grandes mercados para nuestros productos y no invertían en el país. Por otra parte, Argentina mantenía una serie de litigios limítrofes con todas las naciones fronterizas, algunos de los cuales generaron carreras armamentistas, situación que no propiciaba una integración con estos países.

La segunda de las variables que condicionaron la vinculación internacional de Argentina fueron los intereses, tanto políticos como económicos, del Reino Unido y Estados Unidos, reflejados en sus políticas exteriores. Los primeros, pueden observarse más visiblemente en el imperialismo o voluntad de hegemonía de Estados Unidos sobre América. Los segundos, se manifiestan principalmente en el sistema económico que sostenían estas potencias, con una Gran Bretaña librecambista y unos Estados Unidos proteccionistas.

Estos intereses provocaron ciertas reacciones en la política exterior argentina hacia estas potencias y el resto de América Latina.

Finalmente, la tercer variable considerada es el marco ideológico de la elite gobernante que, en las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del siglo XX, era de signo liberal, siendo la que consolidó el modelo agroexportador del país y, por ende, afectó las vinculaciones internacionales de la Argentina. La estrecha relación de la economía argentina con la coyuntura internacional se vio reflejada también durante los gobiernos radicales ya que, a pesar del cambio político que esos gobiernos representaron, las líneas esenciales del modelo agroexportador no se alteraron.

En primer lugar, en el Capítulo I se analizan las relaciones económicas internacionales de Argentina con Europa en general (y Gran Bretaña en particular), Estados Unidos y América Latina durante el periodo 1880-1930, en lo referente a comercio, préstamos e inversiones.

En el Capítulo II se estudian los intereses políticos y económicos de Gran Bretaña y Estados Unidos, y las relaciones exteriores entre Argentina y las mencionadas potencias.

El Capítulo III contiene un análisis de la ideología de la elite gobernante en lo concerniente a la vinculación externa de Argentina.

Por último, se exponen las conclusiones en cuanto a las estrategias de vinculación externa de Argentina en el periodo 1880-1930.

Capítulo I

LAS RELACIONES ECONÓMICAS INTERNACIONALES DE ARGENTINA CON GRAN BRETAÑA, EEUU Y LATINOAMÉRICA.

1.- Introducción.

La variable a considerarse en este capítulo se refiere a las relaciones económicas internacionales de nuestro país con Gran Bretaña, Estados Unidos y el resto de Latinoamérica, es decir, el comercio exterior, las inversiones y los préstamos con estos países.

En primer lugar se analizará el comercio de Argentina con los países europeos, Estados Unidos y América Latina. Luego se examinarán las inversiones extranjeras y los préstamos en nuestro país. Finalmente se expondrán las conclusiones del capítulo.

2. El comercio exterior de la Argentina con Gran Bretaña, Estados Unidos y América Latina.

Para analizar el comercio exterior de la Argentina entre 1880 y 1930 se utilizaron estadísticas del “Anuario del Comercio Exterior de la República Argentina” de la Dirección General de Estadísticas de la Nación de esos años. En estos anuarios se establecen ciertas salvedades respecto a las estadísticas del comercio exterior argentino (ver Anexo Estadístico).

Estas salvedades afectan principalmente a las cifras de nuestro comercio exterior con Europa, el cual podría encontrarse sobreestimado o subestimado, según el país. En consecuencia, hay que considerar esta limitación al llevar a cabo el presente análisis ya que el objetivo es realizar una comparación de las dimensiones relativas entre lo comercializado con Gran Bretaña (Europa), Estados Unidos y Latinoamérica. Como estas estimaciones están sujetas a un margen de error, no pueden considerarse conclusivas. De todas formas, este será solo uno de los elementos que se tomarán en cuenta para explicar la estrategia de vinculación internacional de la Argentina durante el periodo 1880-1930.

También se considerarán estudios del comercio exterior argentino realizados en base a estadísticas europeas y estadounidenses, los cuales naturalmente toman en cuenta solo nuestro comercio exterior con los principales países europeos y EEUU, sin considerar el relacionamiento comercial con América Latina.

Por último, se confrontarán los análisis y se arribará a una conclusión general.

2.1.- Análisis del comercio exterior argentino por países orígenes y destinos. 1880-1930.

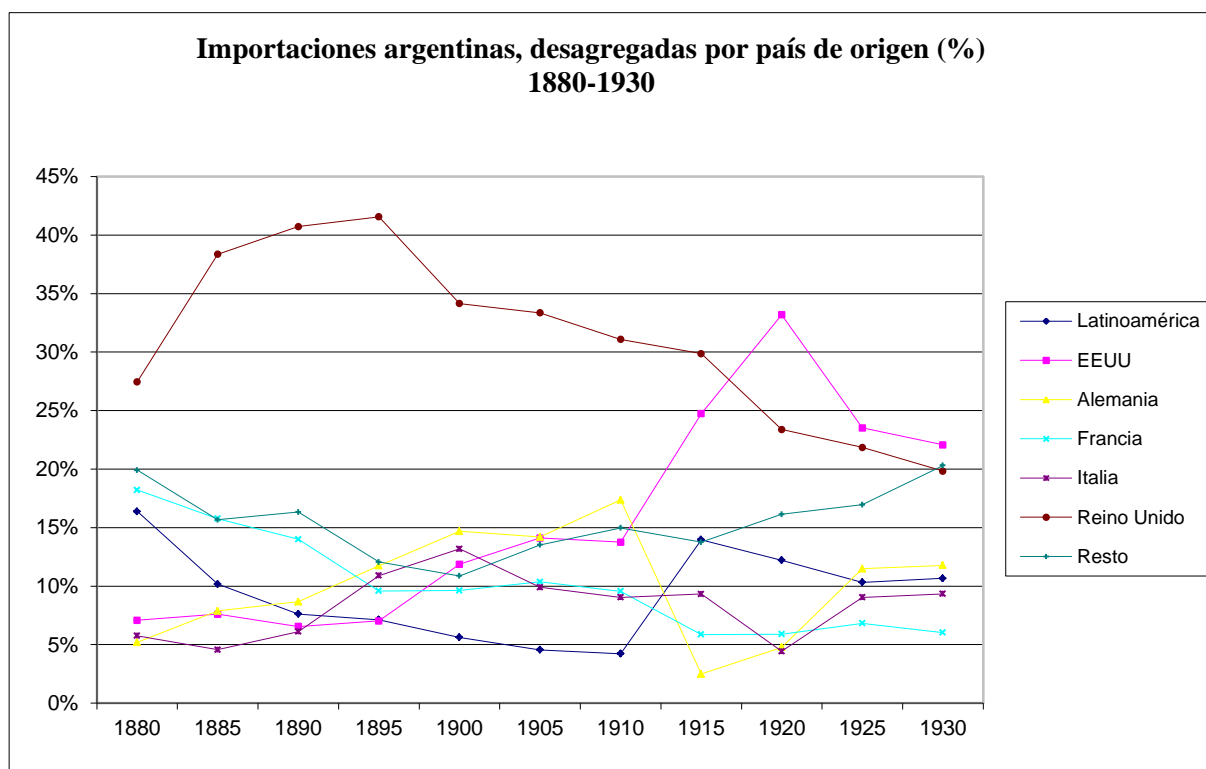
2.1.1. En base a estadísticas argentinas.

Considerando estadísticas argentinas, la evolución de nuestras importaciones muestra que los principales orígenes durante este periodo fueron algunos países europeos (Alemania, Francia, Italia y Reino Unido) y Estados Unidos. Hasta la Primera Guerra Mundial el principal origen de nuestras importaciones fue el Reino Unido, siendo reemplazado posteriormente por Estados Unidos.

En efecto, durante todo el periodo bajo estudio, al menos el 40% de nuestras importaciones vinieron de Europa. La participación de las importaciones desde el Reino Unido se incrementó del 27% en 1880 al 42% en 1895, luego descendió durante todo el periodo restante hasta llegar al 20% en 1930.

La importancia de los Estados Unidos como origen de nuestras importaciones es menor al 10% durante las ultimas dos décadas del siglo XIX. Durante la primera década del siglo XX se mantiene por debajo del 15%. Posteriormente, con la guerra, comienza a incrementarse hasta alcanzar un pico del 33% en 1920, y luego retrocede al 22% en 1930.

Gráfico N° 1.



Fuente: Elaboración propia en base a datos de los "Anuarios del Comercio Exterior de la República Argentina" de la Dirección General de Estadísticas de la Nación.

La participación de las importaciones procedentes de los países latinoamericanos muestra una tendencia descendente hasta la guerra, pasando de una participación del 16% a una del 4%, en 1880 y 1910 respectivamente. Sin embargo, durante casi las dos últimas décadas del siglo XIX, la relevancia de Latinoamérica como origen de nuestras importaciones fue superior a aquella de Estados Unidos. A partir de la guerra adquieren cierta importancia (14% en 1915) pero nunca llegan a ser tan significativas como las de Gran Bretaña. Dentro de América Latina, nuestros principales proveedores son los actuales países del Mercosur y Bolivia.

En cuanto a los destinos de nuestras exportaciones, las estadísticas se ven alteradas por las exportaciones a órdenes, según se explica en el Anexo Estadístico. Sin embargo, puede observarse que nuestros principales compradores fueron algunos países europeos (Alemania, Bélgica, Francia y el Reino Unido) y Estados Unidos, en general. A Europa fueron entre el 72% (1885) y el 37% (1915) de nuestras exportaciones.

Al inicio del periodo analizado, Francia y Bélgica eran nuestros principales destinos (28% y 25% de nuestras exportaciones, respectivamente), mientras que ya en el siglo XX la importancia de Gran Bretaña como compradora de nuestros productos crece casi constantemente (a excepción de los años de la Guerra y posguerra), pasando su relevancia del 15% en 1900 al 37% en 1930.

Estados Unidos mantiene una participación baja en nuestras ventas (menor al 10% durante los primeros 30 años bajo estudio), incrementándose solo durante la Guerra para luego disminuir nuevamente (decae del 16% en 1915 hasta el 10% en 1930). El mercado del norte necesitó solo de manera coyuntural, a causa de la contienda, los productos argentinos, y por ello el flujo hacia Estados Unidos comenzó a decaer en 1920, mientras que se recuperaban los mercados europeos. Los principales productos exportados por nuestro país eran agrícola ganaderos y, como los EEUU eran grandes productores de todos estos productos, no era fácil que las exportaciones argentinas entrasen en el mercado estadounidense, una condición que fue acentuada por la política de aranceles de los EEUU después de la guerra.

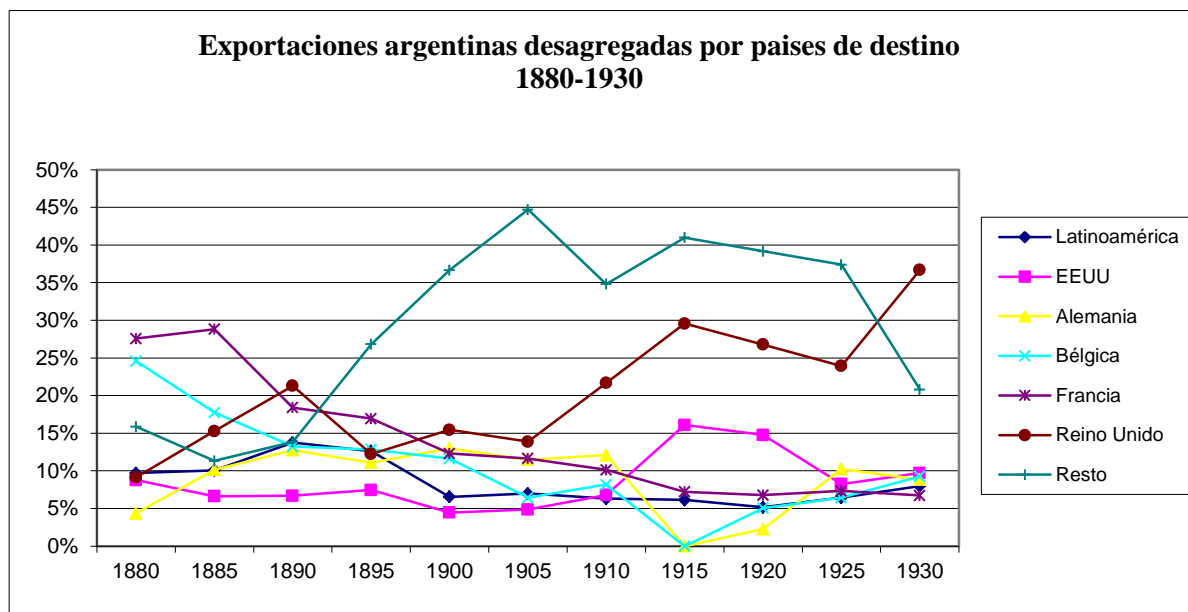
Por último, la relevancia de Latinoamérica como destino de nuestras exportaciones es importante durante el siglo XIX, incluso su importancia fue similar a la correspondiente a aquella del Reino Unido, estando entre un 10% y un 14%. Posteriormente cae y se mantiene a ese nivel más bajo (menor al 10%, incluso llega al 5% en 1920). Sin embargo, hasta la guerra, las exportaciones a América Latina fueron superiores a las realizadas a Estados Unidos, como puede observarse en el siguiente gráfico:

En conclusión, de acuerdo a estadísticas argentinas, Europa es el principal origen y destino de nuestro comercio exterior durante todo el periodo analizado¹. Dentro de Europa, Gran Bretaña es el principal

¹ Si consideráramos las exportaciones “a órdenes” la significatividad de Europa en nuestro comercio exterior se vería aún más incrementada.

origen de nuestras importaciones y, a partir del siglo XX, principalmente luego del primer decenio, es también nuestro principal cliente.

Gráfico N° 2.



Fuente: Elaboración propia en base a datos de los "Anuarios del Comercio Exterior de la República Argentina" de la Dirección General de Estadísticas de la Nación.

La importancia de EEUU en nuestras importaciones se aprecia desde la guerra, cuando dicho país se convierte en el principal origen de las mismas al verse Gran Bretaña imposibilitada de proveernos de productos con tecnología moderna. Por otra parte, nuestras exportaciones a EEUU se incrementan solo durante la guerra y posteriormente caen. Sin embargo, ni siquiera durante dicha guerra este país llega a ser más importante que Gran Bretaña como nuestro cliente debido a la política proteccionista estadounidense y a que la política de preferencia imperial británica (iniciada en 1917) se contrarresta en Argentina con tratados bilaterales desde 1918. Es decir que durante la contienda, el país del norte aumenta sus compras y sus ventas a nuestro país, pero luego las primeras se mantienen altas mientras que las segundas decaen.

América Latina tiene una relevancia superior a Estados Unidos como origen de nuestras importaciones durante los primeros años analizados, y hasta 1910 como destino de las exportaciones argentinas. Sin embargo, como origen de las importaciones argentinas su importancia nunca llegan a ser ni cercanamente similares a aquella de Gran Bretaña. No obstante, en algunos años de las últimas décadas del siglo XIX, Latinoamérica tuvo una importancia similar al Reino Unido como nuestro cliente.² Parecería ser que el comercio exterior con Latinoamérica se resiente al incrementarse nuestra relación comercial con las grandes potencias de la época.

² Hay que considerar que durante la primera década analizada las exportaciones a Brasil podrían estar sobre-estimadas debido a que se computaban como destino Brasil aquellas realizadas a San Vicente, Cabo Verde.

En síntesis, en general puede decirse que nuestro principal socio comercial durante el periodo analizado fue Europa, ocupando Gran Bretaña un lugar preponderante a pesar de que al finalizar el siglo XIX no era un buen comprador de nuestros productos. Durante el siglo XIX los países latinoamericanos tienen una importancia superior a la de Estados Unidos en nuestro comercio exterior. El citado país del norte adquiere importancia recién desde la guerra, pero principalmente como origen de nuestras importaciones, reemplazando a Gran Bretaña como nuestro principal proveedor, y decayendo como nuestro cliente después de la guerra, luego de alcanzar un pico durante la misma.

2.1.2.- En base a estadísticas europeas y estadounidenses.

Otros autores han analizado nuestro comercio exterior de la época con Europa y EEUU en base a cifras europeas y estadounidenses.

Uno de ellos, Vázquez Presedo (1971:153), sostiene que hasta 1895 las compras británicas y alemanas crecieron rápidamente mientras caía la participación francesa. Después de 1895 nuestra dependencia respecto del Reino Unido se vuelve muy importante, mientras los EEUU mantienen su tradicional impenetrabilidad para los productos argentinos, a pesar de las crecientes importaciones argentinas de productos estadounidenses.

El mismo autor (1978: 275), en un análisis realizado con cifras argentinas, señala que a partir de 1895 se acentúa nuestra dependencia del proveedor inglés. La primera guerra mundial significó una transferencia de dicha dependencia al mercado estadounidense, sin el efecto moderador del mercado alemán, imposibilitado como exportador. En efecto, antes de 1914, Inglaterra había mantenido su participación en el mercado argentino entre un 30% y un 40%, ocupando holgadamente el primer lugar entre nuestros proveedores, mientras Francia perdía completamente su posición privilegiada en los años ochenta y avanzaban rápidamente su participación Alemania y los Estados Unidos.

Por su parte, Tirre (2000) también utiliza estadísticas europeas y estadounidenses para calcular la importancia relativa de nuestros principales socios comerciales europeos y estadounidenses en el comercio exterior argentino.

Según esta autora, los ingleses fueron malos compradores de la producción argentina hasta finales del siglo XIX, y recién entonces mejoraron su posición en relación con los restantes mercados. De acuerdo a su estudio, la participación relativa del Reino Unido en el comercio de exportación argentino no es relevante hasta la década de 1890, claramente superada por Francia, Bélgica, Alemania y Estados Unidos (Tirre, 2000:123).

Las exportaciones argentinas a Gran Bretaña se incrementaron con las inversiones estadounidenses en la industria frigorífica. Es la carne lo que nos va a ligar al Reino Unido (Tirre, 2000:121). Si se realiza un análisis por productos exportados, la dependencia argentina del mercado británico era enorme en el caso de este producto y absoluta en lo que atañe a la carne enfriada, pero solo modesta en otros productos. No obstante, hay que ubicar el comercio de estos productos al comienzo del siglo XX y previo a la primera guerra o incluso en la posguerra (carne enfriada).

Sin embargo, los valores comercializados entre ambos países, si bien son importantes, no muestran la complementariedad a la cual tradicionalmente se ha aludido al hablar de las relaciones comerciales argentino-británicas. En consecuencia, no fue Gran Bretaña el gran comprador y cuando comenzó a transformarse en ello, no podía satisfacer la demanda argentina, pero ya desde hacía muchos años las exportaciones argentinas se enfrentaban a la competencia y el proteccionismo estadounidense, como se verá en otro capítulo. Fue al comprobarse, finalizada la primera guerra mundial, que era imposible penetrar en el mercado estadounidense con la producción exportable argentina, cuando la verdadera bilateralidad comercial argentino-británica comenzó a reforzarse.

Respecto a las importaciones argentinas, Tirre (2000:126) sostiene que en 1881 Gran Bretaña ocupaba el segundo lugar (después de Francia) como proveedor nuestro, y el primer lugar hasta la primera guerra. Era el comienzo de grandes construcciones ferroviarias y de aparición del frigorífico en la Argentina y ello explica el gran crecimiento de las importaciones desde Gran Bretaña. Las dos últimas décadas del siglo XIX fue el periodo más intenso de construcción de ferrocarriles. El hierro, el acero y el carbón juntamente con los textiles fueron las exportaciones más importantes de los británicos hacia la Argentina.

Gran Bretaña mantuvo un alto nivel de exportaciones hacia la Argentina hasta los primeros años del siglo XX, en que comenzó a decaer como proveedor en términos absolutos y relativos. Después de la primera guerra siguió cayendo. En efecto, en este periodo ya no alcanza a satisfacer la demanda generada en el mercado argentino, lo que obliga a buscar otros orígenes para nuestras importaciones: Estados Unidos.

Mientras Bélgica fue disminuyendo cada vez más sus ventas a la Argentina, las que llegaban de Alemania, Italia y EEUU fueron creciendo. La declinación paulatina de Francia tuvo que ver con la suya propia y el crecimiento de la de Italia está relacionada con su despegue, además de ir acompañadas a la gran inmigración desde ese país cuyos hábitos de consumo quedaron ligados a la nueva industria italiana (Tirre, 2000:127).

El crecimiento de las importaciones desde EEUU y Alemania estuvo relacionado con el gran desarrollo que ambos países experimentaron a partir de sus políticas proteccionistas. Por otra parte, en ese periodo, debido a su gran crecimiento, Argentina necesitó cantidad y calidad de productos importados que el decadente Reino Unido no pudo satisfacer.

Tirre (2000:99/100) concluye que Gran Bretaña fue proveedora de manufacturas, material ferroviario, textiles, etc., pero no fue un buen comprador de productos argentinos. Lo que tuvo verdadera importancia, como se verá más adelante, fue el capital británico en calidad de empréstitos y de inversiones, lo cual significó una importante salida de divisas y la necesidad de conseguir mercados compradores y proveedores ya que Gran Bretaña no podía abastecer satisfactoriamente al mercado argentino.

En cuanto a las exportaciones a Gran Bretaña, éstas fueron hasta mediados de la década de 1890 insignificantes. En esa época comenzó a exportarse a ese país trigo y lino pero ese era un negocio de los capitales mayoritariamente alemanes de The Big Four. En consecuencia, a excepción del ganado en pie en la última década del siglo XIX y de la carne, que comenzó a exportarse al Reino Unido y a adquirir verdadera importancia a partir de la primera guerra y después de la crisis de 1920/1923, Argentina se endeudó con un país al que solo podía pagar las enormes erogaciones que significaban los servicios del capital inglés vendiendo a otros países, y en este negocio tuvo que competir en los mismos mercados, y con los mismos productos, con los estadounidenses y con los países miembros del Imperio inglés (Tirre, 2000:100/101).

Con la decadencia de Gran Bretaña, los Estados Unidos se fueron transformando en primera potencia y en uno de los principales proveedores de la Argentina, mientras impedía que entrasen productos argentinos en su mercado.

En consecuencia, a pesar de la idea difundida de un comercio bilateral y complementario con el Reino Unido, éste demoró muchas décadas en implementarse y, cuando parecía posible comenzar realmente esa relación comercial, la importancia relativa de Gran Bretaña como centro económico mundial había declinado.

Sin bien Gran Bretaña aumentó sus exportaciones a la Argentina hasta fines de la década de 1890, una vez reducida la etapa de construcciones ferroviarias esas exportaciones descendieron en forma importante. Sin embargo, se mantuvieron en un nivel alto en comparación con otros orígenes (a excepción de Estados Unidos).

2.1.3.- Conclusiones respecto al comercio exterior.

En líneas generales, las conclusiones a las que se arriba en base a cifras argentinas, europeas y estadounidenses son similares en lo que respecta al objetivo del presente trabajo. Es decir, Europa fue nuestro principal socio comercial en la época. Dentro de Europa, Gran Bretaña ocupa un lugar preponderante (la principal discrepancia a la que se arriba en base a las diferentes estadísticas es que al finalizar el siglo XIX nuestro principal proveedor era Gran Bretaña, según cifras argentinas, o Francia,

según cifras europeas). Estados Unidos solo toma relevancia como origen de nuestras importaciones en la guerra y posguerra y luego disminuye. Por último, América Latina tiene cierta importancia en nuestro comercio exterior solo en las últimas décadas del siglo XIX (pero siempre mucho menor que Europa) y luego decrece.

2.2.- La dependencia de la Argentina respecto de su comercio exterior.

En la Tabla N° 1 puede apreciarse la relación existente entre lo producido y lo exportado, por una parte, y entre lo consumido y lo importado, por otra, en el periodo 1910-1930. Lamentablemente, como sostiene Bunge (1940:185) no se cuenta en la Argentina con estimaciones oficiales del valor de la producción de periodos anteriores. Por su parte, Beveraggi Allende (1954) manifiesta que las cifras de años anteriores no son confiables.

Tabla N° 1.

Dependencia de la Argentina de su comercio exterior: Relación entre la producción y las exportaciones y el consumo de las importaciones respectivamente 1910-1930 (en millones de pesos papel)						
Año	Producción			Consumo		
	Total	Exportada	%	Total	Importado	%
1910	2,280	880	39%	2,260	860	38%
1911	2,210	780	35%	2,350	920	39%
1912	2,600	1,140	44%	2,480	1,020	41%
1913	2,780	1,160	42%	2,730	1,130	41%
1914	2,670	920	34%	2,480	730	29%
1915	3,210	1,320	41%	2,580	690	27%
1916	3,210	1,300	40%	2,740	830	30%
1917	3,230	1,250	28%	2,840	860	30%
1918	4,500	1,820	35%	3,820	1,140	30%
1919	5,210	2,340	43%	4,360	1,490	34%
1920	5,490	2,370	58%	5,240	2,120	40%
1921	4,120	1,520	37%	4,300	1,700	40%
1922	4,080	1,540	34%	4,110	1,570	38%
1923	4,470	1,750	33%	4,690	1,970	42%
1924	5,360	2,300	44%	4,940	1,880	38%
1925	5,220	1,970	40%	5,240	1,990	38%
1926	4,870	1,800	33%	4,940	1,870	38%
1927	5,460	2,290	36%	5,120	1,950	38%
1928	6,320	2,400	38%	5,820	1,900	33%
1929	6,290	2,170	42%	6,080	1,960	32%
1930	5,210	1,400	27%	5,490	1,680	31%
Total	88,790	34,420	39%	84,610	30,260	36%

Fuente: Alejandro Bunge, *Una nueva Argentina*, Editorial Guillermo Kraft, Buenos Aires, 1940, pp. 186-191.

Se advierte que no hubo cambios importantes durante este periodo. La Argentina tenía una alta dependencia de su comercio exterior³. En promedio, el 40% de la producción de este periodo se exportaba, mientras que el 36% del consumo correspondía a productos importados.

En efecto, en la Argentina de 1914 existía un predominio del sector rural, una débil participación de la industria manufacturera y una notoria hipertrofia del sector terciario. Por lo tanto el país miraba hacia fuera, basado en el desarrollo de sus supuestamente inagotables riquezas naturales, aprovechando su mejor recurso (la fertilísima tierra de la pampa húmeda), captador de todo aquello que el exterior podía darle (capitales, mano de obra y hasta ideologías), importante proveedor de alimentos en los mercados mundiales, y comprador de cualquier bien que la estructura productiva existente y el consumo de los habitantes requerían. En otros términos, un país dependiente de las grandes potencias industrializadas, sobre todo europeas, y con una base productiva unilateral y precaria.

En conclusión se puede decir que en general el país sostuvo su tradicional dependencia del comercio exterior. Amplios excedentes de producción agrícola y ganadera eran exportados y así se obtenía el ingreso internacional necesario para pagar las importaciones de combustibles, bienes de capital y productos manufacturados en general. Las serias dificultades encontradas durante los años de la guerra, cuando Argentina se encontró imposibilitada para adquirir los artículos más esenciales en las naciones industriales, no condujeron a ninguna alteración permanente de la fisonomía económica tradicional: prevaleció un espíritu de confianza en que el sistema de comercio internacional de la pre-guerra habría de ser restaurado nuevamente y que, por lo tanto, nada obstaba que el país continuara con su extrema dependencia tradicional del comercio exterior.

3.- Las inversiones extranjeras y los préstamos en la Argentina.

Williams (1920) divide las dos primeras décadas analizadas en periodos de 5 años. Durante el primero (1881-1885) este autor hace siempre referencia al origen europeo de las inversiones y préstamos en la Argentina (Williams, 1920:39/43), y dentro de Europa solo menciona en particular algunas operaciones realizadas en el mercado inglés. Ferns (1966:397) sostiene que en Argentina las inversiones de capital por su volumen sobrepasaron en la década de 1880 a todas las demás. Estas inversiones aumentaron a una velocidad asombrosa en nuestro país, considerando el movimiento de aquella época, y fueron mayores que en cualquiera de las décadas siguientes.

³ Otro dato interesante es que, por ejemplo, entre 1880 y 1913, el servicio de la deuda externa argentina que, como ya se dijo, había contraído mayoritariamente con Gran Bretaña, llegó a representar un promedio del 30% de las exportaciones (Fred Rippy citado por Rapoport en *La inserción internacional de Argentina y Canadá: un análisis histórico comparado*, en *Globalización, integración e identidad nacional*, 1994, p. 183).

El periodo 1885-1890 marca la gran expansión mundial de las inversiones británicas. Dentro de ese marco, en 1889 Argentina absorbió entre el 40% y el 50% de todas las inversiones británicas hechas fuera del Reino Unido (Ferns, 1966:397).

En este periodo, también los capitales alemanes, belgas y franceses, empiezan a venir a la Argentina, aunque en montos insignificantes comparados con los tremendos flujos desde Gran Bretaña (Williams, 1920, 70). Los franceses, con sus abundantes inversiones de fondos y su disposición a emprender negocios arriesgados en los mercados de préstamos, se abrieron camino en el terreno de las finanzas. Sin embargo, no pudieron consolidar ni hacer progresar sus posiciones en la competencia con los hombres de negocios británicos (Ferns, 1966:431). Había solo una empresa ferroviaria francesa y, aunque barcos franceses trasportaban algo de carne congelada, los franceses no estuvieron activos en este negocio de carne ni en ningún otro de los nuevos campos que se abrieron.

Por su parte, los alemanes invirtieron en bancos. En cuanto a los Estados Unidos, poco dinero de dicho país, por no decir ninguno, fue a parar a los títulos públicos argentinos durante la década de 1880 (Ferns, 1966:432).

Las inversiones privadas extranjeras se aplicaban a cédulas, ferrocarriles y miscelánea (rubros de menor importancia por el volumen invertido en ellos en relación a los otros dos mencionados). Respecto a las cédulas, no es posible decir con precisión que parte fue a Europa. Las opiniones competentes sostienen que fue, con mucho, la mayor parte.

Respecto a los préstamos extranjeros, el ministro de finanzas en 1884 sostuvo que virtualmente el total de la deuda pública, interna y externa, estaba en Europa (Memoria de Hacienda para 1883:4).

Los años de la especulación de la tierra fueron también los años en los cuales la construcción de ferrocarriles alcanzó su máxima intensidad. Respecto a los capitales con los que se construyeron, se señala el entusiasmo de los inversores británicos por nuevas salidas para su capital. En efecto, virtualmente todo el capital invertido en ferrocarriles durante este periodo vino desde Inglaterra, con solo una importante excepción del ferrocarril francés en la Provincia de Santa Fe (Williams, 1920:85). Es importante resaltar que el monto del capital invertido en ferrocarriles fue mucho mayor que el invertido en cédulas.

El volumen del capital extranjero no invertido en cédulas, ferrocarriles ni préstamos públicos es mucho más difícil de especificar. La imposibilidad de obtener información precisa, sin embargo, es lo menos importante en virtud del hecho que estas inversiones en misceláneos fueron por mucho de menor monto que las tres ya citadas.

En 1890 la Baring Brothers sufrió un colapso, por lo cual la afluencia de capitales extranjeros se interrumpió con la crisis y luego la redujeron a un mero goteo durante casi diez años. Entre los indicadores tempranos de reactivación que pueden considerarse en el periodo 1895-1900, está la renovación de los préstamos extranjeros. Los inversores europeos volvieron a la Argentina, pero no con los flujos de la década precedente. Las nuevas inversiones iban dirigidas a una dirección distinta de la de periodos anteriores. En aquellos años, como ya se vio, los capitales europeos fueron principalmente invertidos en bonos del gobierno y ferrocarriles. En los noventa, sin embargo, no hubo ni un préstamo extranjero para el gobierno nacional, provincial o municipal. Respecto a las inversiones en ferrocarriles, ellas muestran una moderada recuperación. La nueva inversión se dirigió principalmente hacia lo que se llamó en periodos anteriores “miscelánea”.

El nuevo capital no viene preponderantemente de una misma fuente. La primacía financiera y comercial de Gran Bretaña en Argentina, a pesar de que aún era muy marcada, empieza a ser desafiada desde el continente, y especialmente por Alemania. Los alemanes invirtieron en bancos, compañías de electricidad, industrias de extracto de carne y del extracto de quebrado, etc. Menos importante pero considerable fue el capital francés y belga. Sin embargo, el capital británico muestra un incremento enorme.

Ya para 1900 la Argentina había atraído más capitales extranjeros que cualquier otro país latinoamericano. Para 1913 nuestro país absorbía más de la tercera parte del total de las inversiones extranjeras en América Latina. Las inversiones británicas en la Argentina absorbían el 42% del total invertido por el Reino Unido en América Latina y el 8,5% del total mundial de las inversiones externas de ese país. Las inversiones de Francia en la Argentina representaban el 21% de sus inversiones en América Latina. Los capitales estadounidenses en nuestro país eran todavía de una cuantía muy pequeña.

Tomando las estadísticas de FIEL (1973: 247) y de Phelps (1938: 99) respecto a inversiones y préstamos, se analizó el periodo 1900-1930. La participación en el total del capital extranjero invertido en la Argentina, desagregado por países de origen, se encuentra resumido en la Tabla N° 2:

Tabla N° 2.

Distribución por país de las inversiones extranjeras en Argentina								
	1900	1909	1913	1917	1920	1923	1927	1931
Gran Bretaña	81%	65%	59%	58%	58%	62%	58%	51%
EEUU	0%	1%	1%	3%	2%	6%	14%	20%
Alemania	0%	9%	8%	8%	8%	9%	8%	7%
Francia	0%	18%	15%	14%	13%	13%	12%	11%
Otros países	0%	7%	17%	17%	18%	10%	9%	11%
Total	100%	100%	100%	100%	100%	100%	100%	100%
Préstamos al Gobierno	32%	31%	21%	20%	s/d	18%	21%	19%
FFCC	41%	36%	33%	33%	s/d	37%	34%	39%
Resto	27%	34%	46%	48%	s/d	45%	44%	41%

Fuente: Elaboración propia en base a FIEL (1973:247) y Phelps (1938:99).

Nota: Se excluyen las inversiones realizadas en la rama petrolera.

Respecto a los “otros países” orígenes de las inversiones extranjeras señalado en la Tabla N° 2, su distribución estimada para 1924 es la siguiente:

Tabla N° 3.

Distribución de las inversiones extranjeras de otros países estimada para 1924		
	Millones \$ oro	%
Países Bajos	155.4	37%
Bélgica	139.86	33%
España	62.16	15%
Suecia y Noruega	25.9	6%
Italia	25.9	6%
Resto	15.54	4%
Total	424.76	100%

Fuente: Phelps, 1938:100.

Como puede apreciarse en las tablas anteriores, Gran Bretaña es el principal inversor en Argentina al comenzar el siglo XX. En efecto, el 81% de los capitales invertidos en el país eran británicos. Sin embargo, su importancia relativa decae durante el primer decenio del siglo y luego se mantiene casi constante⁴. A pesar de ello, más de la mitad de las inversiones y los préstamos fueron británicos durante todo el periodo 1900-1931. Si bien una parte importante fue invertida en valores públicos, la gran mayoría del resto estaba relacionada directa o indirectamente con el comercio exterior del país (ferrocarriles, puertos, frigoríficos, bancos y compañías comerciales).

Durante este periodo, la inversión de las otras naciones aumenta relativamente más que la del Reino Unido, de manera que, a pesar de su crecimiento absoluto, la participación de los capitales británicos en el total invertido declinó. Luego de 1900, capitales franceses, alemanes y de otros países europeos llegaron a constituir la tercera parte del total.

Sin embargo, en la tabla se observa que a pesar de que las inversiones francesas son importantes en el periodo, su relevancia disminuye constantemente. Por su parte, Alemania se mantiene constante durante todo el periodo.

Otra característica de las inversiones de este periodo fue el crecimiento más rápido de las inversiones en empresas privadas en comparación con las inversiones en valores públicos. Las inversiones directas que realizaban los británicos eran distintas de las que habrían de predominar en el siglo XX impulsadas por empresas estadounidenses, cuya modalidad más típica fue la instalación de sucursales de casas matrices. Las inversiones directas en la Argentina se realizaban, salvo excepciones, a través de la constitución de

⁴ El ciclo de expansión de los capitales británicos terminó hacia 1914. Luego los intereses británicos dejaron de crecer, e incluso, en términos reales, disminuyeron a causa de la depreciación y la falta de renovación de los equipos y bienes de capital.

compañías ad hoc, creadas con ese fin. Ello se debe a que, dada la flexibilidad con que se reunían capitales en el mercado de Londres, parte de la propiedad de las mismas no era británica e, incluso, había también en ellas un monto significativo de capitales argentinos. La fuerte conexión angloargentina puede explicarse en parte por esta forma particular en que se combinaban los intereses locales y el capital extranjero.

Al estallar la guerra, terminó el periodo de las grandes construcciones de los ferrocarriles en la Argentina y desde entonces ese importante rubro de las inversiones extranjeras atraerá únicamente los capitales necesarios para su mantenimiento y modernización. Al mismo tiempo, Europa dejó de ser una fuente importante de préstamos a largo plazo para el gobierno argentino. Desde entonces se tendrá que acudir a los Estados Unidos para obtener capitales nuevos.

Durante una década entera (1914-1923), hubo un estancamiento casi completo en las inversiones extranjeras en la Argentina. Esto se debía a que en ese periodo los países europeos cuya participación en la guerra les impidió continuar sus inversiones en el exterior, eran todavía casi las únicas fuentes de financiación externa de la Argentina. Por otro lado, ya en la primera guerra la Argentina inclusive otorgó créditos a plazo intermedio a algunos países europeos (Francia y el Reino Unido) para facilitar su adquisición de productos argentinos.

Como ya se mencionó, las inversiones británicas, como así también las de otros países europeos, permanecieron relativamente constantes a lo largo de todo el periodo 1913-1931, incrementándose solo las provenientes de EEUU. Dicho país eleva su participación en las inversiones en Argentina recién en los años veinte, aumentando de un porcentaje insignificante hasta el 20% en 1931. En efecto, desde 1914 hasta 1928 prácticamente todo el financiamiento externo público (incluyendo el Estado nacional, provincial y municipal) fue realizado en el mercado de Nueva York (Phelps, 1938:101). Es así que el factor más dinámico en el desarrollo de las inversiones extranjeras entre 1924 y 1931 fue constituido por capitales estadounidenses. Estos suministraron la mayor parte del aumento total de las inversiones extranjeras de ese periodo (ver Anexo Estadístico).

El crecimiento de las relaciones financieras entre EEUU y Argentina durante el periodo 1914-1930 puede dividirse en 5 periodos:

1. 1914-1917: Préstamos para el Gobierno de corto plazo. Durante los primeros años de la guerra el Gobierno Nacional argentino buscó fondos en el mercado de Nueva York para cubrir sus déficit presupuestarios.⁵
2. 1917-1920: Pagos de los préstamos de corto plazo. Para 1920 estos préstamos de corto plazo habían sido pagados completamente, debido en parte a la presión oficial por parte del Gobierno de EEUU.

⁵ En este periodo, se incurría en déficit comerciales con EEUU.

En consecuencia, durante la guerra muy poco se logró en cuanto a lograr que Argentina utilizase en forma permanente el mercado de dinero de Nueva York⁶.

3. 1920-1923: Renovación de los préstamos de corto plazo para el gobierno. Durante este periodo el Gobierno Nacional argentino entró nuevamente en el mercado de dinero de Nueva York, pero solo tuvo éxito en obtener préstamos de corto plazo a tasas de interés relativamente altas. Las altas tasas de interés demandadas, junto con las dificultades del presidente Irigoyen en obtener autorización del congreso para obtener préstamos externos (requisito solicitado por los banqueros), no permitieron la consumación de ningún préstamo de largo plazo hasta 1924.⁷
4. 1924-1928: Préstamos al Gobierno de largo plazo. Se incrementaron en forma importante tanto para el gobierno nacional, como provincial y municipal, pero cesaron luego de 1928. Durante este periodo también hubo un considerable, aunque menos espectacular, aumento en las inversiones privadas de EEUU en Argentina. Casi el total de las mismas fueron inversiones directas.
5. 1928-1930: Inversiones privadas. A la cesación de los préstamos de largo plazo para el gobierno argentino en 1928 se contraponen a la expansión de las inversiones privadas durante el periodo, las cuales continuaron expandiéndose hasta 1931.

El rápido incremento de los préstamos al gobierno en el periodo 1923-1931 se debió a la rápida expansión del préstamo externo otorgado por EEUU. En contraste, las inversiones británicas en los préstamos públicos argentinos declinaron.

En cuanto a los rubros a los que fue dirigida la inversión extranjera, con la excepción de Gran Bretaña y EEUU, la información disponible en cuanto a tipo de inversión por nacionalidad es bastante escasa (Phelps, 1938:109). El capital francés fue invertido, además de en títulos del gobierno, principalmente en bancos, ferrocarriles y desarrollo portuario. Las inversiones alemanas fueron principalmente en actividades agrícolas, y también en bancos y empresas comerciales. La mayor parte de las inversiones alemanas en conceptos públicos fueron vendidas a intereses españoles después de la guerra. El capital holandés fue invertido en bonos del gobierno, bancos, líneas de barcos y pozos petroleros. El capital belga fue invertido en bancos y tierras. Por último, el capital italiano y español se encuentra principalmente en bancos.

Respecto a los rubros en que invirtieron los estadounidenses en Argentina, los mismos cubren un amplio espectro. Muchas empresas estadounidenses hacen de Buenos Aires su centro para atender la parte sur de América del Sur. De los intereses industriales, la carne es el más importante. En efecto, esta industria fue una de las primeras en atraer el capital estadounidense. En 1927, el mercado argentino de esta industria estaba prácticamente controlado por los frigoríficos estadounidenses, que representaban el 60% del total, alcanzando los de origen británico el 30% y los nacionales el 10%. Otras importantes inversiones

⁶ Durante estos años, Argentina tenía déficit comercial con EEUU y su balance de pagos era negativo.

⁷ Durante este periodo, las ventas argentinas a EEUU se redujeron, no así nuestras compras a dicho país. En consecuencia, se producen déficits comerciales muy grandes con los estadounidenses.

industriales fueron en automóviles (plantas ensambladoras), cemento, vidrio, maquinaria agrícola e industrial, y químicos.

En la Tabla N° 4 se resume la evolución de la participación de las inversiones extranjeras por país y tipo de inversión:

Tabla N° 4.

Distribución de las inversiones extranjeras en Argentina, por tipo de inversión y país de origen						
	1910	1913	1917	1923	1927	1931
TOTAL	100%	100%	100%	100%	100%	100%
PUBLICO (total)						
	31%	21%	20%	18%	21%	18%
Gran Bretaña		70%	68%	69%	49%	38%
EEUU			4%	19%	30%	41%
Otros países		30%	28%	12%	21%	20%
FFCC (total)	36%	36%	36%	40%	38%	37%
Gran Bretaña		91%	92%	92%	90%	91%
Otros países		9%	8%	8%	10%	9%
PRIVADOS (otros, total)						
	34%	43%	45%	42%	41%	46%
Gran Bretaña		27%	27%	30%	32%	25%
EEUU		3%	4%	7%	19%	27%
Otros países		70%	69%	64%	49%	48%
GRAN BRETAÑA (total)						
		59%	58%	60%	58%	51%
Público		25%	23%	21%	18%	13%
FFCC		56%	56%	58%	59%	65%
Privado (otros)		20%	21%	21%	23%	22%
EEUU (total)						
		1%	3%	6%	14%	20%
Público			29%	55%	46%	38%
Privado		100%	71%	45%	54%	62%
OTROS PAISES (total)						
		39%	39%	32%	28%	29%
Francia		37%	35%	40%	41%	36%
Alemania		20%	21%	28%	28%	25%
Otros		43%	44%	32%	31%	39%
OTROS RUBROS (total)						
		39%	39%	32%	28%	29%
Público		16%	14%	7%	16%	13%
Privado						
FFCC		8%	8%	10%	13%	12%
Otros rubros		77%	79%	83%	70%	76%

Fuente: Elaboración propia en base a datos de Phelps (1938: 108).

También es importante señalar la importancia que tenían las inversiones en Argentina para las potencias de la época. En 1929, nuestro país ocupaba el cuarto lugar, con un 12%, en el ranking de inversiones extranjeras de Gran Bretaña. Para EEUU, Argentina era menos relevante: si bien ocupaba también el cuarto

lugar, los estadounidenses invertirían aquí solo el 5% del total invertido fuera del país y el 4% de lo invertido en inversiones directas.

En síntesis, más de la mitad de las inversiones extranjeras en Argentina eran británicas durante todo el periodo bajo análisis. Estas se redujeron en términos relativos en la primer década del siglo XX y luego se mantuvieron casi constantes. Los británicos invirtieron principalmente en ferrocarriles, mientras que sus inversiones en préstamos al gobierno fueron reduciéndose en términos relativos.

Las inversiones de Estados Unidos en Argentina recién comienzan a adquirir cierta relevancia en los años veinte. En dicha década, el principal origen de los flujos de inversiones fue el país del norte, pero nunca llega al nivel de stock del capital británico. Sus inversiones fueron principalmente en empresas privadas, pero luego van perdiendo relevancia relativa a favor de préstamos al gobierno.

Las inversiones de otros países como Alemania y Francia en Argentina también fueron muy importantes durante este periodo y se mantuvieron casi constantes en términos relativos entre 1910 y 1931.

4.- Conclusiones del Capítulo I.

Europa fue nuestro principal socio comercial e inversor en la época. Con ella se realizaban los mayores flujos comerciales y la mayor parte de las inversiones y préstamos eran europeos. En efecto, durante la mayor parte del periodo 1880-1930, más de la mitad de nuestro comercio exterior fue con Europa y el 80%, como mínimo, de las inversiones extranjeras de todo el periodo fueron europeas.

Dentro de Europa, Gran Bretaña ocupa un lugar predominante. Durante una parte importante de este periodo fue nuestro principal proveedor y, a excepción del inicio del periodo, fue, con mucho, nuestro principal cliente. Por otra parte, durante todo el periodo bajo análisis, más de la mitad de las inversiones extranjeras en Argentina eran británicas, incluso en 1900 estas inversiones participaban de un 80% del total. Sin embargo, desde antes de la guerra estas inversiones se mantuvieron casi constantes.

Estados Unidos solo toma relevancia como origen de nuestras importaciones en la guerra y posguerra, mientras que como nuestro cliente nunca alcanza, ni cercanamente, la relevancia que tenía para nosotros Gran Bretaña. En cuanto a las inversiones y préstamos, recién al finalizar el periodo bajo análisis este país alcanza cierta relevancia, ya que la mayor parte de los incrementos de las inversiones extranjeras de la época provenían de EEUU. Sin embargo, el stock acumulado no llega ni a la mitad de la correspondiente al Reino Unido.

Después de la guerra, la Argentina tuvo un excedente de exportaciones con el Reino Unido, su principal comprador, y un excedente de importaciones con los EEUU, proveedor más importante, por lo cual se encontraba más ligada a la metrópoli británica que muchas de sus colonias formales.

El triángulo de los movimientos de capital era aún más importante, puesto que, por un lado, Gran Bretaña cubría con los ingresos provenientes de dividendos, intereses y retornos por prestación de servicios de sus empresas radicadas en la Argentina una parte sustancial de su balance comercial desfavorable. Por otro, el déficit comercial argentino con EEUU se compensaba con una corriente neta de capitales de esta procedencia a través de préstamos e inversiones directas hacia el sur. El sistema funcionaba porque las entradas de capital estadounidense equilibraban el desajuste que podía producirse en el intercambio triangular y, cuando no lo hacían, se incurría en fuertes balances de pagos negativos. Los flujos de capitales estadounidenses, sobre todo a partir de 1924, mejoraron los balances de pagos argentinos, pero a partir de 1929 se produjo una fuga de capitales que se sumó a los déficit comerciales con EEUU produciendo desequilibrios negativos en el balance de pagos (Tirre, 1997:140).

De esta forma, la posición externa de la Argentina era muy vulnerable, por la necesidad de mantener su excedente comercial con Gran Bretaña y las exportaciones netas de capital de EEUU.

Los saldos totales del comercio exterior argentino entre 1919 y 1930 podían absorber los déficit comerciales que se mantuvieron con EEUU en muchos de esos años. No obstante, no resolvía el problema de la escasez de divisas, ya que la mayor parte de las exportaciones argentinas se destinaban a mercados europeos, mientras que los déficit se producían en el área del dólar (Tirre, 1997:139).

En cuanto a las relaciones económicas argentinas con América Latina, la subregión tiene cierta importancia en nuestro comercio exterior solo en las últimas décadas del siglo XIX (pero siempre mucho menor que Europa) y luego decrece.

La Argentina del periodo 1880-1930 era muy dependiente de su comercio exterior. Se orientaba en 1900 hacia la exportación de productos rurales. El stock de capital de los ferrocarriles, construidos sobre todo para facilitar las exportaciones, y del sector rural constituía cerca de la mitad del total. Además, una parte considerable del de la industria y los servicios correspondía a actividades vinculadas con la exportación. Aunque no se dispone de mucha información sobre el periodo anterior a 1900, no cabe duda de que la inversión neta determinó un rápido incremento del capital, que se concentró en el sector rural y en el capital social fijo relacionado con las actividades de exportación (ferrocarril, puertos, etc.).

En el siglo XIX, el crecimiento estaba vinculado íntimamente con los sucesivos auges en las exportaciones de mercancías tierra-intensivas, siendo muy bajo el costo de oportunidad de la tierra. A principios del siglo XX, el crecimiento de la Argentina descansaba todavía en gran parte sobre la expansión constante de las

exportaciones (aunque éstas ya no estaban tan basadas en recursos naturales). Cabe afirmar entonces, que el crecimiento anterior a 1930 fue generado por las exportaciones (Díaz Alejandro, 1983:24).

En síntesis, grandes volúmenes de comercio exterior junto con un gran volumen de préstamos externos hizo a la economía argentina particularmente susceptible a influencias económicas internacionales. En efecto, considerando la tradicional dependencia argentina de su comercio exterior, tanto el patrón de comercio argentino pero principalmente las inversiones y préstamos extranjeros explicarían que la Argentina adoptara una estrategia de vinculación internacional europeísta (y dentro de Europa, con Gran Bretaña en particular), más que una americanista o latinoamericanista.

Capítulo II

LA INFLUENCIA DE LA POLÍTICA EXTERIOR DE GRAN BRETAÑA Y EEUU EN LAS ESTRATEGIAS DE VINCULACIÓN INTERNACIONAL DE ARGENTINA.

1.- Introducción.

La variable a considerarse en este capítulo se refiere a la influencia que pudieron haber tenido los intereses, tanto políticos como económicos, del Reino Unido y los Estados Unidos sobre la estrategia de vinculación externa argentina.

En la sección correspondiente a Gran Bretaña se analizarán primeramente las políticas comerciales externas de los países desarrollados y del Tercer Mundo. Luego se estudiará cómo Gran Bretaña enfrentó los cambios económicos de fines del siglo XIX, y la importancia de su comercio exterior e inversiones extranjeras. Por último, se examinarán los intereses de Gran Bretaña en América Latina en general y en Argentina en particular, observando su forma de actuar en el subcontinente.

En la sección referente a los Estados Unidos, preliminarmente se estudiarán los intereses y convicciones fundamentales de dicho país en cuanto a la política exterior, lo que ayudará a entender el análisis posterior sobre la política exterior latinoamericana de EEUU y, por último, su política exterior hacia Argentina.

Al finalizar cada una de las secciones, se exponen las conclusiones referidas a los respectivos casos y, finalmente, las conclusiones de este capítulo.

2.- La política exterior de Gran Bretaña y su influencia sobre la estrategia de vinculación externa argentina.

2.1.- Introducción.

En las décadas que siguieron a 1815 las medidas mercantilistas que ponían el acento sobre los lazos entre la seguridad nacional y la riqueza nacional se fueron eliminando progresivamente: se abolieron los aranceles protectores⁸, se levantó la prohibición de exportar tecnología avanzada, se derogaron las Leyes de Navegación (1849), y se puso fin a las preferencias imperiales. En contraste, se mantuvieron los gastos de defensa en un mínimo.

⁸ Las Leyes de Granos se abolieron en 1846 en Gran Bretaña.

De esta forma, la influencia de Gran Bretaña en esa época no podía medirse según el criterio tradicional de la hegemonía militar. En cambio, según Kennedy (1994:254/257) era fuerte en otros sectores, considerados por los ingleses como mucho más valiosos:

1. Sector naval: ningún otro país o combinación de países amenazó seriamente el control británico de los mares en ese periodo.
2. Expansivo imperio colonial inglés.
3. Finanzas: la city de Londres era el más grande inversor, banquero, asegurador y comerciante de la economía mundial. La larga paz y la facilidad en la obtención de capital en el Reino Unido estimularon a los británicos a invertir más que nunca en el extranjero. La mayor parte de los ingresos resultantes de los intereses y los dividendos eran reinvertidos en ultramar. El rendimiento de estas inversiones redujo el desequilibrio comercial sobre artículos visibles: después de mediados del siglo XIX la economía británica absorbía enormes cantidades de materias primas y de comestibles y expelía grandes cantidades de tejidos, artículos de hierro y otros productos manufacturados; ello fue complementado por la red de líneas de navegación, convenios de seguros y lazos bancarios.

Lo anteriormente expuesto implicaba una debilidad estratégica potencial residente en la creciente dependencia de la economía británica con respecto al comercio internacional y a las finanzas internacionales. En efecto, las importaciones tanto de materias primas como de comestibles empezaban a resultar vitales desde la década de 1860, dado que Gran Bretaña estaba dejando de ser una sociedad predominantemente agrícola y se estaba convirtiendo en una sociedad predominantemente urbana e industrial.

Efectivamente, durante la revolución industrial, en Inglaterra la clase obrera generó grandes necesidades de alimentos. Cuando Estados Unidos se orientó decididamente (luego de la guerra civil) a profundizar su proceso de industrialización y su mercado interno comenzó a absorber parte de los saldos exportables agrarios, se redujeron las exportaciones estadounidenses de estos productos. En consecuencia, Gran Bretaña sustituyó a su antigua colonia acelerando la incorporación al mercado mundial de nuevos países proveedores (algunas décadas después, la Argentina sería uno de ellos). A cambio de alimentos y materias primas, Gran Bretaña producía y exportaba productos manufacturados, con lo cual se lograba una división internacional del trabajo, basada en los principios del librecambismo. Esto comienza en Argentina muy lentamente en la segunda mitad de la década de 1870⁹.

Después de 1870 el equilibrio cambiante de las fuerzas mundiales estaba erosionando la supremacía británica. La expansión de la industrialización y los cambios en las fuerzas militar y naval debilitaron la posición relativa del Imperio británico porque era la potencia que tenía más que perder en las alteraciones

⁹ Como ya se vio en el capítulo anterior, en 1880 los principales clientes para las exportaciones argentinas eran Francia y Bélgica.

del statu quo. El poder relativo de los diversos Estados competidores era mucho mayor y las amenazas parecían producirse casi simultáneamente: Gran Bretaña no podía ser fuerte en todas partes y al mismo tiempo.

En efecto, la preeminencia industrial y comercial de Gran Bretaña estaba siendo erosionada. No es que el país no estuviera creciendo, sino que sus competidores crecían mucho más rápido. Esta pérdida de supremacía industrial fue pronto sentida en la furiosa competencia en busca de clientes. Así, en las décadas que precedieron a la Primera Guerra Mundial, Gran Bretaña se había visto alcanzada industrialmente por los Estados Unidos y por Alemania, y sometida a una fuerte competencia en las esferas comercial, colonial y marítima. Además, no podía preservar su cultura política liberal (libre comercio, bajos gastos oficiales, ausencia de reclutamiento, confianza sobre todo en la Marina) si se veía obligada a dedicar más y más recursos a los armamentos y a una guerra moderna industrializada.

De aquí los intereses de los imperialistas en la reforma arancelaria, abandonando los preceptos del libre comercio para proteger las industrias británicas, y en establecer lazos más estrechos con los dominios blancos, con el fin de asegurar las contribuciones a la defensa y un mercado imperial exclusivo.

2.2. - Libre comercio vs. proteccionismo¹⁰.

a. Gran Bretaña y Europa Continental.

Existe el mito de que hubo una era dorada del libre comercio que terminó en las décadas de 1920 y 1930 cuando comenzó el proteccionismo. En realidad, históricamente, el libre comercio es la excepción y el proteccionismo la regla.

Dentro del periodo bajo análisis, entre 1879 y 1892 se experimentó un gradual retorno al proteccionismo en Europa. Esto significa que si se toma la Europa continental como un todo, una gran parte de este periodo puede todavía considerarse caracterizada por un predominio de políticas liberales de comercio (Bairoch, 1995:25).

Respecto a Gran Bretaña, bastión del libre comercio, durante la década de 1870, el valor total de las exportaciones de dicho país a Europa y los EEUU cayó debido al proteccionismo en dichos destinos, mientras aquel al resto del mundo, y en especial al imperio británico, se incrementó notablemente. Ello creó un clima de opinión favorable a cierto grado de proteccionismo y especialmente un repliegue hacia el imperio. Sin embargo, los liberales argumentaban que Gran Bretaña exportaba casi cinco veces más manufacturas que las que importaba.

¹⁰ Esta sección fue elaborada principalmente en base a Bairoch (1995).

El periodo liberal terminó realmente a partir de 1892. Efectivamente, entre 1892 y 1914, se dio un incremento del proteccionismo en la Europa continental, pero con una Gran Bretaña liberal (Bairoch, 1995:25). Es así que todos los países europeos grandes (excepto Gran Bretaña) tenían políticas de comercio muy protectoras en 1913. Como para entonces la mayoría de los países desarrollados no europeos habían optado también por políticas proteccionistas, se puede decir que la caracterización de la política comercial mundial como “un océano de proteccionismo rodeado de unas pocas islas liberales” se aplica a 1913. Dentro de este océano, Europa Continental era, en gran medida, menos protectora que los países desarrollados de ultramar, y ciertamente mucho más liberal que los EEUU.

Sin embargo, a comienzos del siglo XX un nuevo grupo de presión a favor de un cambio en la política comercial británica surgió. El ratio 5 a 1 a favor de las exportaciones británicas de manufacturas de principios de la década de 1880 había sido reemplazado por un ratio de solo 2 a 1. Incluso esta situación era esencialmente el resultado del largo superávit de manufacturas exportadas al Imperio. Sin embargo, aún si la reforma tarifaria ganó más apoyo entre 1906 y 1910, la mejoría en la economía hizo que la acción en ese sentido se dilatara. Puede decirse que ciertas ideas de la Liga de Reforma Tarifaria¹¹ empezaron a ser adoptadas desde 1916, pero estas eran medidas de guerra, y fue 1932 el año en el cual realmente ocurrió el abandono del libre comercio británico (Bairoch, 1995:28)¹².

A pesar de ello, y considerando los grandes déficit comerciales y de cuenta corriente, especialmente con EEUU, en 1917 se establece una política de preferencia con el Imperio. Dentro del mismo había libertad de comercio y hacia terceros países no existían leyes proteccionistas. Pero al realizarse todo el comercio entre Gran Bretaña y el imperio debido a las preferencias, automáticamente se limitaba el comercio con otros países. EEUU fue el país más perjudicado por esta política, ya que perdió los mercados de Canadá y Australia, además del británico (Tirre, sin editar).

e. Estados Unidos.

En el periodo 1860-1890 el contraste entre las políticas de comercio europea y estadounidense se hizo más marcada. Durante la guerra civil se incrementaron los aranceles a las importaciones y la victoria del norte trajo más proteccionismo. De hecho, EEUU es considerado como “*el país madre y bastión del proteccionismo*” (Bairoch, 1993:51).

¹¹ Esta reforma promovía tres objetivos: incrementar los ingresos (para financiar políticas sociales), dar alguna protección a la industria, y armar un sistema preferencial para beneficiar al Imperio. La doctrina de la Liga de Reforma Tarifaria implicaba una muy suave forma de proteccionismo incorporado en un sistema de preferencias recíprocas para el Imperio (Bairoch, 1995:28).

¹² Hobsbawm sostiene que el librecambio en Gran Bretaña desapareció un año antes, en 1931 (Hobsbawm, 1998:234).

La forma en que EEUU alcanzó, e incluso superó, a la industria europea hizo obsoleto el argumento de las “industrias nacientes” para los proteccionistas estadounidenses. Entonces el partido republicano basó sus argumentos para imponer la Tarifa McKinley de 1890 en la necesidad de salvaguardar el nivel de salarios de los trabajadores estadounidenses y dar a la agricultura más protección.

Durante el periodo 1890-1913 hubo una serie de modificaciones tarifarias que alternativamente redujeron e incrementaron los aranceles a las importaciones en pequeños valores, de acuerdo a los resultados de las elecciones. En 1913 ocurrió un serio, pero temporario, corte con la política previa. Este cambio de dirección fue posible gracias a la victoria del partido democrático en las elecciones de 1912 y a la política panamericana de la unión aduanera. Hubo un gran incremento en las categorías de bienes a los que se permitía la entrada libre y una substancial caída en los aranceles promedio de importación. Sin embargo, EEUU siguió teniendo uno de los aranceles más altos en el mundo¹³ al mismo tiempo que convocaba a los países latinoamericanos al libre comercio con el proyecto de unificación aduanera de las Américas.

La primera guerra no dejó que esta disminución de las tarifas tuvieran un rol importante y, por la política de preferencia imperial británica de 1917, luego del regreso al poder del partido republicano en 1921 se introdujo una nueva legislación tarifaria “de emergencia” (Ley Fordney McCumber¹⁴).

f. Dominios británicos.

El hecho que el tema de los aranceles jugara un rol importante en el rechazo estadounidense del gobierno británico fue un factor importante en la temprana decisión británica de garantizar una gran medida de independencia arancelaria a sus futuras colonias autogobernadas (Canadá, Australia, Nueva Zelanda). De esta forma, entre 1867/88 y 1913 todos estos países buscaron incentivar sus sectores industriales a través del proteccionismo.

g. Futuro Tercer Mundo.

Así como los países desarrollados eran un océano de proteccionismo, el futuro Tercer Mundo era un océano de liberalismo. Pero era un liberalismo económico forzado. Existían dos tipos: uno para las colonias reales y otro para los países nominalmente independientes (por ejemplo, las partes más importantes de Latinoamérica) a quienes se les había sugerido o impuesto ciertas regulaciones aduaneras. En este último caso, la presión occidental había impuesto tratados que implicaban una casi total eliminación de aranceles a la importación. Muchos de estos tratados fueron firmados entre 1810 y 1850, principalmente iniciados por

¹³ El arancel promedio a la importación cayó de 33% al 16% y el correspondiente a las manufacturas se redujo de 44% a 25% (Bairoch, 1993:37).

¹⁴ Esta tarifa flexible cerró el mercado estadounidense al 80% de las exportaciones argentinas que durante la guerra habían superado el 20% de las exportaciones totales (Tirre, 2005).

presión británica¹⁵. Esto llevó a numerosos tratados comerciales que abrieron los mercados de esos países a las manufacturas británicas y europeas. Por ejemplo, el reconocimiento de la independencia argentina (1824) y el tratado de comercio anglo-argentino (1825).

De esta forma, durante el periodo 1880-1930 la parte desarrollada del mundo era un océano de proteccionismo con unas pocas islas liberales (Gran Bretaña y Holanda). El Tercer Mundo, en cambio, era un océano de liberalismo sin ninguna isla de proteccionismo.

2.3.- La economía mundial y Gran Bretaña a fines del siglo XIX.

La segunda fase de industrialización, al igual que la primera, terminó en una depresión. El periodo entre 1873 y 1896 se conoce como la “gran depresión”. Precios, beneficios y porcentajes de interés cayeron o se mantuvieron bajos. Este largo descenso, que no pudo remontarse hasta mediados de la década de 1890, terminó en un mundo muy distinto. Gran Bretaña dejó de ser el “taller del mundo” y pasó a ser tan solo una de sus tres mayores potencias (junto con EEUU y Alemania); en algunos aspectos clave, la más débil de todas ellas.

El sector agrícola británico estaba amenazado por dos circunstancias poderosas: la necesidad de realizar fuertes importaciones que tenía la economía industrial británica para que sus clientes estuvieran en condiciones de poder comprar sus exportaciones, y la competencia de otros países que podían mejorar los precios de la agricultura británica.

La gran reducción de los costos del transporte de la época produjo flujos masivos de productos alimenticios baratos que convergieron en las zonas urbanas de Europa en la década de 1870. Algunos países importadores, dispuestos a proteger a sus agricultores, impusieron aranceles después de 1879. En estos países, el sector agrícola era relativamente importante: en Europa Continental, el 60% de la población total se encontraba en este sector (Bairoch, 1993:48), mientras que un 18-20% trabajaba en la industria (Bairoch, 1993:49). La agricultura británica, en cambio, era un componente relativamente menor de la economía de ese país (la población activa en la agricultura representaba solo un 22% del total en 1846, mientras que la correspondiente a la industria representaba el 37%. Bairoch, 1993:49)¹⁶ y quedó devastada por haberse

¹⁵ La independencia política de casi todos los países latinoamericanos había recibido la ayuda de la intervención británica.

¹⁶ Incluso en 1913, solo el 9% de la población activa en Inglaterra y Gales se dedicaban a la agricultura; para el Reino Unido en su conjunto la cifra se incrementa a 13% porque en Irlanda trabajaban en la agricultura el 45% de la mano de obra (Friedlaender, 1957:247). En cambio, en Francia la agricultura siguió siendo el sector decisivo de la economía: en 1913 el 43% de la población activa trabajaba en la agricultura (Friedlaender, 1957:252).

especializado en cereales que resultaron totalmente no competitivos, ya que este sector no era lo suficientemente importante como para conseguir proteccionismo¹⁷.

Es significativo que fuera un gobierno conservador el que tomara la decisión de no proteger a la agricultura británica en el periodo de turbulenta desazón agrícola a escala continental (1878-1880). Las fortunas de la economía, era cosa clara, dependían de su industria, comercio y finanzas que, según se opinaba, requerían el librecambio. Los grandes terratenientes, que controlaban la estructura política y social de Gran Bretaña, realizaron apenas una protesta nominal, ya que sus rentas estaban diversificadas. Además, no es cierto que la agricultura británica colapsara totalmente: los cereales y la lana sufrieron el impacto de la crisis, pero no la ganadería ni los productos lácteos ni el tipo de agricultura mixta realizada por los escoceses.

En cuanto a la industria, a fines del siglo XIX los mercados tendían a saturarse, pues aunque se habían incrementado no lo habían hecho con suficiente rapidez para mantenerse a la par de la múltiple expansión de producción y capacidad en productos manufacturados. A medida que declinaban los beneficios, estrujados por arriba por la competencia en la reducción de precios y por abajo por las planta mecanizadas cada vez más caras, con gastos generales inelásticos y cada vez mayores, los hombres de negocios buscaban una salida. Por su parte, las masas de las clases trabajadoras cada vez más nutridas en las economías industriales se unían a la población agraria en busca de una mejora y el cambio.

La ruptura reveló que ahora existían otros países capaces de producir para ellos mismos, incluso quizás para la exportación, cosas que hasta entonces solo había sido factible para Gran Bretaña. A diferencia de otros países, que volvieron a los aranceles proteccionistas tanto para su mercado interior agrícola como para el industrial (Francia, Alemania, EEUU, etc.), Gran Bretaña se asió firmemente al librecambio (Hobsbawm, 1998:124). También rehusó emprender una concentración económica sistemática (trusts, carteles, etc.) tan característica de Alemania y EEUU en los años 1880. Gran Bretaña estaba demasiado comprometida con la tecnología y organización comercial de la primera fase de la industrialización como para adentrarse en la senda de la nueva tecnología revolucionaria y la dirección industrial que surgieron hacia 1890.

De esta forma, permanecería aferrada al modelo arcaico de la primera fase del industrialismo. ¿Por qué se dio esta situación? La industrialización pionera implicaba métodos y técnicas que no podían seguir siendo siempre los más avanzados y eficientes, y creó un modelo de producción y de mercados que no tenía necesariamente por qué seguir siendo el más adecuado para sostener el crecimiento económico y el cambio técnico. No obstante, pasar de un modelo viejo y anticuado a otro nuevo era caro y difícil. Caro porque suponía dejar viejas inversiones aún capaces de proporcionar buenos beneficios y recurrir a nuevas inversiones de mayor coste inicial. Difícil porque este cambio requeriría prácticamente un consenso de racionalización entre un gran número de empresas o industrias individuales, ninguna de las cuales podía

¹⁷ Las Leyes de Cereales se abolieron en 1846. Como los costos fijos de la industria eran demasiado altos, había que reducir los salarios (ya de por sí demasiado bajos) u obtener alimentos más baratos.

estar segura de a donde iría a parar el beneficio de la racionalización. En consecuencia, el incentivo para realizar el cambio sería débil en tanto que se consiguieran beneficios satisfactorios con el viejo sistema.

La amenaza de catástrofe económica puede producir un gran incentivo para invertir en la modernización. Sin embargo, la “gran depresión” no fue lo suficientemente grande como para asustar a la industria británica y forzarla a realizar cambios realmente fundamentales. La primera guerra mundial rompió esta situación, dejando de ser Gran Bretaña la gran nación acreedora del mundo, y ocupando EEUU dicho puesto.

Debido a que Gran Bretaña quedó atada al modelo arcaico de la primera fase del industrialismo, solo pudo tomar un camino, aunque también ahora adoptado por las potencias competidoras: la conquista económica (y, cada vez más, política) de las zonas del mundo hasta entonces inexploradas: el imperialismo (Hobsbawm, 1998:124).

De esta forma, la época de la “gran depresión” inició la era del imperialismo, ya fuese el imperialismo formal del “reparto de África” en la década de 1880, el imperialismo semiformal de consorcios nacionales o internacionales que se encargaron de la dirección financiera de países débiles, o el imperialismo informal de la inversión en el extranjero¹⁸.

Una consecuencia más de la época de la “gran depresión” fue la fusión de la rivalidad política y económica, la fusión de la empresa privada y el apoyo gubernamental, que ya es visible en el crecimiento del proteccionismo y de la fricción imperialista.

Como se mencionó anteriormente, dada la dependencia de Gran Bretaña de las materias primas y alimentos extranjeros, esta potencia quedó también aferrada al libre comercio (Hobsbawm, 1998:124), el cual recién desapareció con el patrón oro en 1931 (Hobsbawm, 1998:234). Lo sorprendente es que no lo hubiera hecho antes. Después de 1902 la campaña de reforma de los aranceles llevada a cabo por Chamberlain sostenía que puesto que la industria británica no podía dominar ya el mundo entero, bien podría concentrarse en la cuarta parte de él, constituida por el imperio británico. Las razones contra el libre comercio eran poderosas especialmente porque la industria británica no era ya ni la más extensa ni la más eficaz del mundo, y porque el país andaba bastante escaso de industrias tipo siglo XX tecnológicamente nuevas. El clásico argumento de que debe abandonarse cualquier industria que no pueda producir más barato que cualquier otra en el mercado mundial podía implicar el sacrificio de unas pocas ocupaciones menores, o incluso de la agricultura británica, pero difícilmente de un amplio sector de las industrias de base. Además, mientras que en 1860 era razonable despreciar la contingencia de una gran guerra, no sucedía lo mismo después de la

¹⁸ Por ejemplo, los negociantes británicos tenían puestas grandes esperanzas en América Latina en la década de 1820, cuando esperaban construir un imperio informal mediante la creación de repúblicas independientes.

década de 1890. Las necesidades de la defensa nacional están por encima incluso de la libertad de comercio.

Sin embargo, tres razones sostuvieron al librecambio. La primera era que la “gran depresión” desapareció antes de que hubiera aterrorizado lo suficiente al gobierno y a los negocios. Segunda, el vasto sector de la economía británica que dependía del comercio internacional nada tenía que ganar con el proteccionismo. Los aranceles protegían al mercado nacional; poco podían hacer para proteger el mercado de exportación, y cuando redujeron las exportaciones de otros países a Gran Bretaña, con las que esos mismos países pagaban por sus compras de productos británicos, hicieron que la situación empeorara. El camino del proteccionismo no quedó libre de obstáculos hasta que las industrias de base orientadas a la exportación de fines del siglo XIX, colapsaron después de la primera guerra, y las industrias orientadas al mercado nacional se hicieron decisivamente importantes.

Por último, la razón más poderosa era que las finanzas británicas triunfaban aún con la decadencia de sus industrias. La City podía funcionar solamente en una economía mundial simple, sin trabas, o en una economía sin impedimentos para la libre circulación de capital. Los gobiernos, más próximos a la City que a la industria, lo sabían.

Con la primera guerra, el modelo de la política británica cambió, controlando cada vez más la vida de la población a través de las crecientes actividades del estado. Durante esta contienda, se nacionalizaron algunas industrias, se controlaron otras, se restringió el comercio exterior, se fijaron precios, y se realizaron otras intervenciones en la economía. Tal esquema fue desmantelado en 1918. Sin embargo, el aparato gubernamental siguió siendo más extenso y de mayor alcance que antes. La protección de las industrias clave no era ya una cuestión teórica. Se llevaron a cabo racionalizaciones y fusiones compulsivas de las industrias o incluso su nacionalización. Sin embargo, las principales intervenciones del gobierno aún iban dirigidas a lograr una mayor eficiencia de la industria privada en vez de a su sustitución. En los años de entreguerras (y especialmente en la década de 1930) Gran Bretaña dejó de ser una de las economías menos controladas para convertirse en una de las más. El gobierno también se lanzó a la regulación legal de precios y productos, especialmente en la agricultura.

Solo la city londinense resistió por un tiempo al colapso. Gran Bretaña ya no era el mayor prestamista mundial. Pero hacia mediados de la década de 1920 las inversiones ultramarinas británicas produjeron mayores beneficios que nunca y lo mismo sucedió con sus otras fuentes de ingresos invisibles.

El librecambio no desapareció hasta que la crisis de 1931 destruyó finalmente la singular red de comercio y transacciones financieras mundiales cuyos ejes eran Londres y la libra esterlina.

2.4.- Gran Bretaña y el comercio internacional: un modelo característico de relaciones internacionales.

La economía industrial británica descansaba principalmente para su expansión en el comercio internacional (Hobsbawm, 1998:130), ya que, con la excepción del carbón, sus suministros interiores de materias primas no eran muy impresionantes. Además, desde mediados del siglo XIX el país ya no podía alimentarse a sí mismo a base de su propia producción agrícola, sino que dependía del exterior¹⁹; por ello se eliminaron las leyes proteccionistas. Por otra parte, aunque la población británica crecía con rapidez, los niveles de consumo eran demasiado pequeños para sostener un aparato industrial y comercial del tamaño alcanzado, y ello tanto más cuanto que la mayor parte de esta población era demasiado pobre para proporcionar un mercado interno para otros productos que no fueran los esenciales de subsistencia²⁰. Pese a su pobreza, el mercado interior podría haberse desarrollado más eficazmente, pero, sobre todo a causa del apoyo británico al comercio ultramarino, no llegó a hacerlo, con lo que se intensificó aún más su dependencia del mercado internacional.

Ello es así porque Gran Bretaña podía desarrollar su comercio internacional en una extensión anormal a causa del monopolio de la industrialización y de las relaciones con el mundo ultramarino subdesarrollado que consiguió establecer entre 1780 y 1815. La actividad colonial británica siguió una pauta distinta a la de Europa Continental, probablemente porque los intereses económicos británicos ya estaban perfectamente establecidos en el extranjero y porque la tradición liberal de intervención mínima del estado estaba más arraigada. En efecto, la Administración Imperial británica era un modelo de economía (Foreman-Peck, 1995:141). En general, prefirió, por razones de gasto, las “esferas de influencia” a los protectorados y los protectorados a la colonización formal. Solo cambió de política en la década de 1890, cuando las anexiones de otros países pusieron aparentemente en peligro sus intereses comerciales.

De esta forma, la industria británica había encontrado un mercado muy grande, pero este mercado estaba esencialmente fuera de Europa. En 1830 las exportaciones a Europa representaron alrededor del 48% de las ventas británicas, y en 1860 no más del 34% (Bairoch, 1993:45). Entre 1870 y 1913 las exportaciones británicas a Europa y los EEUU disminuyeron en más de un 8%, mientras se incrementó en igual

¹⁹ Las importaciones de bienes de subsistencia representaban en el total de importaciones un porcentaje estable de alrededor del 40% entre 1840 y 1910 (Rapoport, 1981:15).

²⁰ En 1867, el 77% de la población de Gran Bretaña eran obreros (Hobsbawm, 1998:149). Hacia fines de siglo, el 40% de la clase obrera vivía en lo que se llamaba “pobreza” o aún en peores condiciones. Al otro extremo de la clase obrera, un máximo de 15%, probablemente menos, de la población vivía en lo que entonces se consideraba “comodidad”. La mejora general más rápida en las condiciones de vida del obrero decimonónico tuvo lugar entre los años 1880 y 1895. La causa fue el descenso del coste de vida: la “gran depresión” fue, sobre todo, un periodo de caída de los precios, principalmente a causa del nuevo mundo de productos alimenticios baratos e importados que se abría ante el pueblo británico. En efecto, entre 1870 y 1896, el consumo de carne per capita aumentó casi en un tercio. Desde el final del siglo hasta después de la primera guerra, alrededor del 40% de la carne que se consumía en Gran Bretaña procedía del extranjero (Hobsbawm, 1998:156). Sin embargo, era una clase obrera empequeñecida por un siglo de industrialismo. “*Gran Bretaña era un país poblado por la estoica masa de los destinados a vivir toda su vida a un incierto nivel de subsistencia hasta que la vejez les condenara a las migajas de la ley de pobres, subalimentados, con viviendas en malas condiciones y mal vestidos*” (Hobsbawm, 1998:159).

proporción la participación de los países periféricos; también, las importaciones de materias primas y alimentos desde EEUU y países europeos fueron reemplazadas por las de los países del Tercer Mundo (Rapoport, 1990:170)²¹. La relativa pequeña proporción de las exportaciones británicas a Europa explica los intentos de convertir a los europeos al liberalismo en la década de 1850/1860 y es explicado por el proteccionismo de Europa Continental.

Si se evalúa la importancia del colonialismo y del futuro Tercer Mundo como mercado de los países desarrollados, se puede concluir que el comercio hacia el Tercer Mundo tuvo un rol modesto. Durante el periodo 1800-1938, solo el 17% del total exportado por los países desarrollados fue hacia esta zona y de esto solo la mitad a las colonias, lo que significa que solo el 9% de las exportaciones totales europeas fueron a los imperios coloniales. Ello representa 1.3-1.7% y 0.6-0.9%, respectivamente, del volumen total de producción de los países desarrollados. En 1860, la participación de las exportaciones al Tercer Mundo en el total exportado estaba por debajo del 10% en Alemania y era solo del 14% en EEUU, a pesar de su proximidad a Latinoamérica (Bairoch, 1993:78). En cuanto a las importaciones norteamericanas, el desarrollo de los inmensos recursos de este país hizo que la economía apenas tuviera necesidad de importar productos manufacturados de Europa o productos primarios de los exportadores de las zonas templadas. De todas formas, impedía su ingreso al país mediante el proteccionismo.

La principal excepción regional fue Gran Bretaña. Las exportaciones británicas al Tercer Mundo representaron el 40% del total exportado (1800-1938) y 4-6% de su producción total (Bairoch, 1993:73), lo cual, si bien es mayor que en el caso de Europa Continental, sigue siendo muy modesto²². De acuerdo a Foreman-Peck, el comercio colonial de Gran Bretaña representaba un tercio de sus exportaciones y más de un quinto de sus importaciones en la década de 1890, según se muestra en la Tabla N° 5 (Foreman-Peck, 1995:143).

Tabla N° 5.

Comparación del comercio total con el comercio colonial (media anual) de varios países, 1892-1896				
Potencia imperial	Colonia/total		Superficie colonial (miles de millas cuadradas)	Población colonial (millones)
	Importaciones (%)	Exportaciones (%)		
Gran Bretaña	22.5	33.2	11,090	325.1
Francia	9.5	9.5	11,93	36.15
Holanda	14.5	5.0	785	34.5
Portugal	15.8	9.2	834	7.9
España	9.7	24.0	323	8.5
Dinamarca	1.1	1.6	41	0.1
Alemania	0.05	0.09	1,026	9.8

Fuente: Flux (1899), citado por Foreman-Peck (1995:144).

²¹ También se modificaron las zonas de inversión. En 1850 Europa y EEUU recibieron el 50% del total de las inversiones externas británicas, pero en 1890 entre los países del imperio y los latinoamericanos (sobre todo, Argentina) poseían el 67% de esos capitales.

²² Sin embargo, ello no significa que en ciertos periodos e industrias, el Tercer Mundo como mercado era importante para Gran Bretaña.

Foreman-Peck (1995:144) sostiene que el comercio británico con sus colonias no se incrementó realmente. En efecto, al perder el liderazgo tecnológico en este periodo, Gran Bretaña perdió inevitablemente los mercados de los países avanzados, pero eso no la llevó a emprender una nueva campaña de aumento de las ventas en sus colonias. Hay que considerar que una consecuencia aritmética de la pérdida de mercados en otros lugares fue el aumento de la proporción del comercio total correspondiente al comercio colonial. En consecuencia, los efectos del nuevo colonialismo no sugieren que estuviera justificado por el aumento del comercio que pudiera generar.

Ciertamente, las nuevas colonias europeas de finales del siglo XIX normalmente eran una cara afición que el comercio que generaban no justificaba. En todo caso, para las economías imperiales, el colonialismo no fue una necesidad económica para salir de las recesiones.

Por todo lo mencionado, el acceso a los mercados del Tercer Mundo no era más que un pequeño estímulo para las industrias de los países desarrollados. En el caso de Gran Bretaña, la contribución relativa de los mercados tercermundistas fue mucho más importante que en los otros países occidentales, sobre todo si se considera también el aspecto financiero²³.

De esta forma, la economía británica elaboró un modelo característico y peculiar de relaciones internacionales. Se apoyaba notoriamente en el comercio exterior, es decir, en general, en el intercambio de sus propios productos manufacturados y otros suministros y servicios de una economía desarrollada, por materias primas extranjeras (crudos y alimentos). El resultado ideal de este comercio hubiera sido transformar el mundo en un conjunto de economías dependientes de Gran Bretaña y complementarias de ella, en el que cada una intercambiaría las materias primas y alimentos que obtenía de su peculiar situación geográfica por los productos manufacturados de Gran Bretaña. Estas economías complementarias aparecieron en diversos periodos, principalmente sobre la base de determinados productos locales especializados para vender sobre todo a los ingleses. Por ejemplo, después de 1870, trigo y reses en Argentina (Hobsbawm, 1998:131), pero en forma más importante a partir de fines del siglo XIX.

Tal era la dependencia de Gran Bretaña en las relaciones económicas internacionales que no tuvo nunca durante el siglo XIX un excedente de exportación en productos, pese a su monopolio industrial, su marcada orientación exportadora y su modesto mercado de consumo interno. Sin embargo, los negocios “invisibles” le procuraron un gran excedente con el resto del mundo (Hobsbawm, 1998:139). Por ello la posición internacional de la economía británica dependió cada vez más de la tendencia a invertir o prestar en el extranjero sus excedentes acumulados.

²³ Aunque el gobierno inglés hacía poco abierta y directamente por regularizar la inversión exterior, su actitud y deseos dirigían hacia el extranjero la corriente de capital. Es más, existió un íntimo contacto entre las finanzas y la diplomacia (Friedlaender, 1957:375).

Las otras economías adelantadas eran clientes potencialmente más importantes para sus productos que el mundo no desarrollado, puesto que eran más ricos. Pero el comercio con países tercermundistas era mucho más vulnerable porque no estaba protegido ni por el control económico ni por el político. Los países adelantados como EEUU y Alemania recurrieron al proteccionismo para proteger sus industrias contra los británicos y así poder competir con ellos. De esta forma, a partir de mediados del siglo XIX empezó a advertirse que las exportaciones británicas al mundo avanzado, aunque notables, eran estáticas o estaban en decadencia.

Por todo lo expuesto, entre los países desarrollados solo Gran Bretaña tenía un claro interés en la total libertad de comercio. Ni los EEUU ni Alemania ni Francia necesitaban de forma substancial importaciones masivas de productos alimenticios y de materia primas. Excepto Alemania, todos eran exportadores de productos alimenticios. Tampoco sus industrias requerían exportaciones en el mismo grado que Gran Bretaña. En realidad, los EEUU se apoyaban casi por completo en su mercado interior²⁴, lo mismo que Alemania. De esta forma, barreras arancelarias y otras medidas discriminatorias se erigieron cada vez con mayor frecuencia y rigor a partir de 1880.

Respecto a los países abiertos que no eran industriales (el futuro Tercer Mundo), éstos dependían de la demanda procedente de los países industriales, a los cuales enviaron en 1913 el 85% de sus exportaciones, pero los países industriales dependían de otros países industriales para dos tercios de su demanda de exportaciones. Por lo tanto, un estancamiento o un declive en los países industriales afectaba extraordinariamente a los exportadores de productos primarios. En los años de entreguerras, los países industriales quisieron impedir un nuevo declive en su sector agrícola y adoptaron medidas para reducir sus importaciones de productos primarios. El proteccionismo agrícola fue, en parte, una respuesta a la interrupción del suministro provocada por la guerra.

2.5.- Los intereses británicos y América Latina.

Una de las dos zonas mundiales que tenían especial importancia para Gran Bretaña era América Latina. El subcontinente salvó a la industria algodonera británica en la primera mitad del siglo XIX al convertirse en el mayor mercado para sus exportaciones. De esta forma, hay buenas razones para que la política exterior británica favoreciera, en la primera mitad del siglo XIX, la independencia de Latinoamérica. Andando el siglo América Latina perdió importancia, aunque hacia fines del mismo “*la colonia informal británica de Argentina se convirtió en un mercado importante*” (Hobsbawm, 1998:141). Sin embargo, según Rapoport (1981:19) entre 1870 y 1879 la participación de América Latina en el total exportado inglés era del 11% aproximadamente (cifra que en 1911-1913 se mantenía casi en el mismo nivel).

²⁴ Los EEUU eran la única potencia económica de importancia que siguió siendo sistemáticamente proteccionista (Hobsbawm, 1998:135).

En la segunda mitad del siglo XIX fueron adquiriendo importancia las exportaciones de capital. Los dos grandes exportadores fueron Gran Bretaña y Francia. Los motivos pueden consistir en que la ausencia de oportunidades de realizar inversiones interiores en estas economías ya maduras animara invertir en el extranjero. Puede ser incluso que los mercados de capitales de estos países destinaran demasiados recursos a ultramar y no necesariamente a los proyectos más rentables.

Antes de la década de 1840, las exportaciones de capital habían consistido esencialmente primero en préstamos del gobierno, y más tarde, además, en ferrocarriles y servicios públicos. Los inversores exteriores británicos favorecieron mayormente a las regiones de reciente colonización europea, habitadas principalmente por personas que tenían tradiciones británicas, aunque Argentina es una importante excepción. Gracias al desarrollo de ésta y de otras economías dependientes, América Latina duplicó la proporción de inversiones británicas en los años de 1880 y desde entonces representó a su vez alrededor del 20%. Al estallar la primera guerra mundial, los ingleses eran dueños de los 2/3 de las inversiones extranjeras en América Latina (Rapoport, 1981:19).

La importancia de las inversiones británicas en el extranjero era tan relevante que en 1913 alrededor del 10% de la renta nacional británica procedía de la inversión exterior (Foreman-Peck, 1995:164). A pesar del impago de los intereses de la deuda exterior, los inversores obtuvieron entre 1850 y 1914 unos rendimientos por la cartera total de préstamos concedidos a los diez gobiernos más endeudados similares a los que habrían obtenido invirtiendo en títulos públicos estadounidenses o británicos. La Tabla N° 6 muestra las diez economías más endeudadas del periodo, entre las cuales se encuentran los principales países de América Latina:

Tabla N° 6.

Rendimiento de los bonos del Estado emitidos entre 1850 y 1914 o pendientes en 1850				
	Tasa interna de rendimiento del precio de la emisión y condiciones de devolución	Tipos de interés seguros en cada país	Rendimiento esperado por encima del tipo de interés seguro	Rendimiento realizado por encima del tipo de interés seguro
Argentina	5.07	2.91	2.15	1.71
Brasil	4.86	2.95	1.91	0.88
Chile	5.39	2.98	2.42	1.48
México	5.78	2.91	2.87	-2.27
Australia	4.35	3.01	1.34	1.01
Canadá	4.47	3.17	1.30	1.27
Egipto	7.18	3.11	4.07	2.92
Japón	4.36	2.90	1.47	1.25
Rusia	4.94	2.92	2.01	-1.63
Turquía	7.39	3.16	4.23	-1.56

Fuente: Lindert y Morton (1988), citado por Foreman-Peck (1995:175).

Una supuesta fuente de ganancias para el país que realiza inversiones en el extranjero consistía en hacer depender las exportaciones de la inversión. Sin embargo, las inversiones británicas en el extranjero no siempre implicaron un gran incremento de sus exportaciones de bienes. Por ejemplo, tres cuartas partes de los ferrocarriles argentinos eran de propiedad británica y, sin embargo, las compañías británicas consiguieron menos de la mitad de las importaciones de material ferroviario (Foreman-Peck, 1995:177).

Todos estos avances británicos en el mundo eran, por lo menos al principio, independientes de la política (con la excepción importante de la India). A partir de la década de 1880, el imperialismo se hizo universalmente popular entre las grandes potencias. Esto significaba para Gran Bretaña cambiar un imperio informal sobre la mayoría del mundo subdesarrollado por un imperio formal sobre la cuarta parte del mundo, aparte de las viejas economías satélites. Las economías satélites realmente valiosas estaban (excepto la India) o bien más allá del control político británico (como Argentina) o se trataba de dominios blancos con sus propios intereses económicos que no coincidían necesariamente con los de Gran Bretaña.

De esta forma, Gran Bretaña no escapó de la “gran depresión” modernizando su economía, sino explotando sus inmensas ventajas históricas acumuladas en el mundo subdesarrollado como la mayor potencia comercial y como principal fuente de capital para el préstamo internacional. Aumentó sus exportaciones a las economías atrasadas y satélites, sus “ingresos invisibles” y su situación de primer prestamista mundial saldaban el déficit comercial. Frente a las dificultades, resultaba más fácil y más barato retirarse a una parte aún no explotada de una de esas zonas favorecidas, en vez de hacer frente a la competencia. La economía británica en su conjunto tendió a retirarse de la industria y pasar al comercio y a las finanzas. “... *Gran Bretaña, en vez de ser una economía competitiva, se convirtió en una economía parásita, que vivía de los restos de su monopolio mundial, el mundo subdesarrollado, sus pasadas acumulaciones de riqueza y la prosperidad de sus rivales*” (Hobsbawm, 1998:184).

¿Como actúa Gran Bretaña en América Latina? De todas las potencias que operaban en Latinoamérica, Gran Bretaña es la que se maneja con más prudencia. Sus objetivos parecen modestos si se los compara con los propuestos por Estados Unidos (incorporar las tierras españolas hasta Panamá en Estados Unidos). El objetivo de Gran Bretaña es custodiar, con presiones discretas, intereses privados que conocen muy bien de que modo es posible asegurarse apoyos locales. Gracias a esta prudencia, la hegemonía económica británica será discutida solo muy ocasionalmente en los países bajo su influjo (Halperín Donghi, 1998, Pág. 234).

En efecto, Gran Bretaña cuenta con instrumentos que no necesitan ser blandidos amenazadoramente para asegurar la defensa de sus intereses. Por ejemplo, países endeudados que necesitan de nuevos créditos de la plaza de Londres se muestran espontáneamente sensibles a los puntos de vista de la metrópoli financiera. De esta manera, la renuncia a ambiciosos objetivos políticos era una de las razones de fuerza de la potencia hegemónica británica.

Evidentemente, la estrategia británica en estas regiones era diferente de la empleada en otras partes del mundo, políticamente más vitales para el imperio británico. Fueron las relaciones económicas las que transformaron a algunos países de América del Sur en colonias informales y las que cimentaron, como en Argentina, una alianza perdurable entre las clases dirigentes locales y los intereses británicos.

2.6.- Los intereses de Gran Bretaña en Argentina.

2.6.1.- El comercio y los capitales.

En 1880 comenzó en la Argentina una década durante la cual se experimentó una expansión económica que tuvo un ritmo muy acelerado. La victoria obtenida sobre Buenos Aires y las reformas realizadas por el presidente Roca constituyeron el estímulo de la década de 1880, e inspiró confianza a los inversores europeos el hecho de que existiera en la Argentina una acción disciplinada que podía asegurar una estabilidad a largo plazo y cierta certidumbre en el futuro. Ello atrajo al capital británico, afanoso de invertir en el extranjero.

Además, otros hechos favorables²⁵ ayudaron también a provocar en las clases inversoras británicas un entusiasmo casi fanático por la Argentina con intensidad cada vez mayor entre 1886 y 1889. Las perspectivas de los inversores en otras partes del mundo no eran halagüeñas, pero en el hemisferio sur se percibía un resplandor que no era solo un espejismo.

Efectivamente, las inversiones británicas durante esta década aumentaron a una velocidad asombrosa, considerando el movimiento de aquella época, y fueron mayores que en cualquiera de las décadas siguientes. En el año 1889 el delirio era incontrolable: Argentina absorbió entre el 40% y el 50% de todas las inversiones británicas hechas fuera del Reino Unido (Ferns, 1966:397). A fines de 1888 Argentina se había convertido en una de las maravillas del mundo. A medida que aumentaba la velocidad de expansión, aumentaba la satisfacción general.

Las inversiones hechas durante los años 1886-1889 alcanzaron una cifra de alrededor de 100 a 110 millones de libras (Ferns, 1966:425). Inversión de capital tan importante tenía que ejercer por fuerza cierto efecto sobre el comercio de Gran Bretaña y Argentina. Gran Bretaña era todavía una comunidad industrial y exportadora y también una comunidad acumuladora y exportadora de capital. Había ciertos indicadores de que las finanzas atraían más la atención y eran más apreciadas que la producción física, pero no se perdían de vista las ventajas de invertir para aprovechar las oportunidades de exportar que ofrecía la industria.

²⁵ Con la revolución en los transportes cayeron los precios de los fletes marítimos de cereales y ello se produjo en el preciso momento en que las exportaciones de cereales argentinos comenzaron a aumentar en forma acentuada. Además se crearon nuevas oportunidades para invertir, ya que la demanda de servicios ferroviarios era grande.

Cuando aumentaron las inversiones de capital británico en Argentina, aumentaron las exportaciones británicas a dicho país, pero no en la misma medida y ni siquiera en la misma velocidad. Mientras los británicos estaban invirtiendo 100/110 millones de libras en Argentina, vendían artículos estimados en algo más de 38 millones de libras. A medida que aumentaban las inversiones, aumentaba la proporción de las exportaciones de artículos manufacturados de hierro y acero. No solo creció el volumen absoluto de los artículos, sino que también aumentó la proporción de los artículos británicos sobre la totalidad de las importaciones de Argentina (Ferns, 1966:426/427).

Aún después de haber cesado en 1890 de afluir el capital, Gran Bretaña continuó ganando posiciones en la venta de mercaderías a Argentina, a medida que los créditos creados por las inversiones fueron gastándose para realizar proyectos como los de los ferrocarriles.

Los miembros de la clase trabajadora inglesa fueron algunos de los beneficiarios de la expansión argentina anterior a 1914, debido por ejemplo a las oportunidades de empleo creadas por las manufacturas con destino al mercado argentino. Muchos más se beneficiaron al consumir los alimentos baratos que se exportaban en cantidades crecientes desde Argentina. Si el inglés de aquella época era el mayor consumidor de carne en Europa, ello se debía en parte al hecho de que la Argentina era productora de la carne vacuna más barata del mundo (Ferns, 1966:488).

La posición de competidora comercial que mantuvo Gran Bretaña durante la década de 1880 se hallaba muy presente en el espíritu tanto del Gobierno británico como de su clase mercantil. Anteriormente, a comienzos del siglo XIX, el éxito británico se debía a tres factores: bajos precios en comparación con los precios de los artículos que podían suministrar los competidores del país y del extranjero; crédito abundante; y la existencia en Argentina de una comunidad británica numérica y proporcionalmente mayor que ninguna otra comunidad extranjera. Esta comunidad no solo representaba ella misma un mercado, sino que contribuía a comunicar a la población nativa gustos ingleses y conceptos ingleses de utilidad que fueron factores favorables en la venta de artículos.

Sin embargo, en la década de 1880, la comunidad británica no era en proporción tan importante como antes debido a la inmigración desde otros países, principalmente Italia y España. A su vez, artículos de consumo belgas, alemanes, franceses y estadounidenses eran ofrecidos a precios que permitían competencia. En 1888 el Encargado de Negocios británico apremiaba para que los industriales británicos hicieran un estudio más detallado y preciso del mercado argentino. Los alemanes y franceses estaban dejando atrás a los británicos en la venta de artículos de mercería; los belgas llegaron a dominar el mercado del acero para la construcción; etc.

No obstante, el volumen del comercio británico no dejó de crecer. La comunidad británica en Argentina puede haber disminuido proporcionalmente, pero ocupaban una posición cada vez más estratégica en la

economía argentina. Esto era resultado de las inversiones de capital británico y de la organización de empresas comerciales y constituía un factor importante en el aumento de las ventas de ciertos productos y prestación de servicios tales como el seguro, las operaciones bancarias y la navegación oceánica. No existía una ley que obligara a las compañías de propiedad británica a comprar bienes, carbón o repuestos británicos. No existe prueba de que los fabricantes británicos de equipos o maquinaria que se usara en Argentina ejercieran algún control sobre empresas británicas radicadas en Argentina o que de alguna manera estuvieran en condiciones de obligarlas a comprar artículos de esa procedencia. Pero estas compañías tendían a hacerlo. En los ferrocarriles del Gobierno podían verse locomotoras estadounidenses o belgas, pero no en las británicas. Sin embargo, difícilmente los fabricantes de equipos ferroviarios impartieran instrucciones a las compañías ferroviarias sobre como debían actuar²⁶.

La capacidad de competir en los precios es solo una parte de la explicación de la expansión del tráfico británico con la Argentina de esa época. Una venta es una transacción social de tipo complicada. Se realiza dentro de una urdimbre de relaciones administrativas, históricas, emocionales y algunas científicas y técnicas. Sin esa urdimbre es difícil realizar ventas y los bajos precios solos no permiten llevarlas a cabo. Los hombres de las finanzas, el comercio y la diplomacia interesados en Argentina comprendieron con claridad todo esto.

Ferns (1966:430) sostiene que la expansión de las exportaciones británicas a la Argentina durante la década de 1880 fue el resultado de una combinación de cuatro factores principales: fundamentalmente, capacidad de otorgar créditos a corto plazo y de invertir en cantidad suficiente a largo plazo; capacidad para competir en los precios y/o capacidad de suministrar artículos que se adaptaban en su aspecto técnico a las necesidades existentes; capacidad para organizar nuevas empresas y dirigir eficazmente las existentes; capacidad para evitar conflictos políticos con la Argentina y mantener una actitud imparcial respecto de las fuerzas políticas internas del país.

Los franceses, con sus abundantes inversiones de fondos y su disposición a emprender negocios arriesgados en los mercados de préstamo, se abrieron camino en el terreno de las finanzas. Sin embargo, salvo en artículos de lujo y en ciertos equipos industriales, no pudieron consolidar ni hacer progresar sus posiciones en la competencia con los hombres de negocios británicos. A Francia parece haberle faltado elementos con talento de organización y un superávit de productos de la industria pesada para crear y mantener viva una importante parte de la economía argentina.

En cambio, los alemanes revelaron un espíritu resuelto y estaban organizados. Sin embargo, se vieron inhibidos en esta fase del proceso por falta de hombres capaces de organizar empresas, por la prudencia de los inversores alemanes y por la hostilidad del Gobierno alemán contra las inversiones en el extranjero.

²⁶ Las compañías ferroviarias estaban tan concentradas en lo que consideraban sus propios intereses que no compraban materiales suficientes (británicos o extranjeros) para hacer funcionar eficientemente los trenes. Fue necesario un severo reproche del Gobierno británico para hacerles comprar más equipos (Ferns, 1966:429).

Respecto a EEUU, poco dinero estadounidense, por no decir ninguno, fue a parar a los títulos públicos argentinos durante la década de 1880. Desde el punto de vista comercial, los EEUU se hallaban en una posición débil, pues disponían de pocas salidas para sus artículos y no existían vínculos de transporte marítimo regular con Argentina. En 1890 las relaciones de Argentina con EEUU se vieron aún más debilitadas por la tarifa aduanera McKinley que elevó las barreras a la lana²⁷: ello fue, durante varios años, un serio motivo de queja para los círculos gubernamentales argentinos. Y esto es comprensible: los EEUU eran, después de Francia, el mejor mercado para la lana argentina, y lo habían sido durante muchos años.

Los acontecimientos del año 1890, la crisis de Baring, detuvieron transitoriamente la afluencia de capitales extranjeros a Argentina y la redujeron a un mero goteo durante casi diez años.

En ese mismo año, EEUU lanzó una política activa en América Latina en la Conferencia Panamericana de 1889, en la cual los delegados argentinos afirmaron su determinación de mantener la independencia soberana de Argentina y sus relaciones con Europa, que suministraba al país capitales, inmigrantes y mercados. Cuando se produjo la crisis de Baring, los estadounidenses permanecieron pasivos en Argentina. Cuando en 1892 surge un antagonismo entre EEUU y Chile, la potencia del norte intentó atraer a la Argentina a la órbita de influencia estadounidense. Los británicos sospechaban que EEUU había hecho ofrecimientos de suministrar préstamos al Gobierno argentino, pero que habían sido rechazados porque exigían que se estableciera, mediante una legislación especial, un banco de propiedad estadounidense, pero las autoridades argentinas solo aceptarían que se estableciera semejante banco si trabajaba de acuerdo con la legislación en vigor. Los estadounidenses, sin embargo, habían propuesto un acuerdo político con Argentina, en virtud de cuyos términos los EEUU apoyarían a Argentina en conflictos que pudieran suscitarse con Brasil y Chile. Los estadounidenses encargados de la negociación habían declarado que el objeto de hostigar a Chile era destruir la influencia británica en el Pacífico. Los británicos creían además que los EEUU estaban dispuestos a impedir toda intervención extranjera en el caso de que surgieran dificultades por la deuda externa argentina.

Posteriormente, se dieron por terminadas las negociaciones argentino-estadounidenses²⁸. Los periódicos de la época admitían que algunos acariciaban la idea de sustituir Europa por EEUU, pero manifestaban que los acreedores europeos de Argentina la hostigaban solo a medias y que no concordaba con los intereses de la nación alterar radicalmente el curso de la política (Ferns, 1966:466/467).

²⁷ Las barreras a la lana se habían implementado ya en 1867, lo cual fue un serio problema en las relaciones bilaterales (ver sección sobre Los intereses económicos de Estados Unidos).

²⁸ Efectivamente, el alarmante espectro de una alianza argentino-estadounidense pronto se desvaneció: antes de un mes, estadounidenses y argentinos estaban a punto de lanzarse a una guerra aduanera desencadenada por una interpretación del recargo aduanero McKinley que afectaba a los cueros argentinos.

A principios del siglo XX entre los británicos estaba disminuyendo la disposición a abarcar nuevos y arriesgados campos de empresa. Es más, en la época de la primera guerra la iniciativa estaba pasando de los británicos a los alemanes y estadounidenses. Sin embargo, entre 1910 y 1913 Argentina recibió un 10% del total de las inversiones británicas realizadas en el extranjero en ese periodo (Rapoport, 1981:23).

En esos años no hubo casi ninguna tensión política directa entre Gran Bretaña y Argentina, pero en forma indirecta Argentina miraba con recelo a Gran Bretaña. La presión que ejercieron los intereses financieros británicos para que se empleara la fuerza en la cobranza de deudas y otras demandas, presión a la que el Gobierno británico resistió durante la crisis de Baring, obtuvo éxito en 1902 en el caso de Venezuela, y Gran Bretaña se unió a Alemania e Italia en el bloqueo de los puertos venezolanos. Argentina reaccionó con toda energía contra este procedimiento: se proclamó la doctrina Drago. Por primera vez desde el breve coqueteo de 1846, EEUU y Argentina se hallaban del mismo lado político.

El ascenso de EEUU en la economía mundial comenzó a sentirse en Argentina. En el aspecto comercial, nuestro país registraba un superávit con Gran Bretaña²⁹, pero un déficit con EEUU. En cuanto a los movimientos de capital, el Reino Unido cubría la mayor parte de su déficit comercial con los “ingresos invisibles” provenientes de Argentina; en tanto una corriente neta de capitales estadounidenses financiaba las importaciones argentinas compensando en todo o en parte los déficit de nuestro país en su comercio con dichas potencias (Rapoport, 2000:157). Es decir que financieramente el triángulo no cerraba. También se verificaban corrientes de comercio y capitales compensatorias entre Gran Bretaña y EEUU. El comercio con EEUU aceleraba el flujo de capitales estadounidenses en la economía argentina, desplazando la influencia económica inglesa. Es decir que el comercio triangular estaba señalando un cambio de esferas de influencia.

El comercio triangular suponía para la Argentina supeditar parte de su estructura productiva, y sobre todo la industrial, a la entrada de manufacturas y bienes de capital estadounidenses. Esto, sumado al flujo de préstamos y capitales de corto plazo provenientes del mercado de Nueva York, debía producir en el largo plazo un desplazamiento de la influencia económica inglesa por la estadounidense.

Esta tendencia era contrarrestada, en parte, debido a que el vínculo con Inglaterra era muy fuerte y no podía disolverse con facilidad por la futura dependencia entre los dos países. Existía una fuerte dependencia del mercado británico para el sector exportador argentino³⁰. Sin embargo, desde el punto de vista comercial la relación entre Argentina y Gran Bretaña no era tan unilateral como se piensa. Respecto a las inversiones, existía también un vínculo que tenía mayor importancia que el comercial, poseía una alta tasa de

²⁹ Ello ocurría a pesar de que Argentina siguió comprando hierro, acero, carbón y textiles ingleses para inducir las compras británicas y compensar los déficit financieros con ese país.

³⁰ Hacia 1929, el mercado británico absorbía el 76% del total de las exportaciones argentinas de carnes, un tercio de las de trigo y el 10% de las de maíz. Estas exportaciones representaban el 40% del consumo británico de carnes, el 85% de lino, el 24% de trigo y el 75% de maíz (Rapoport, 2000:160).

rentabilidad, además de complementar y estimular el comercio bilateral. Por último, hay que considerar también la asociación de grupos económicos argentinos con el capital británico. Todo ello derivó en un estrechamiento y permanencia de esos vínculos.

Sin embargo, esta relación privilegiada entre ambos países se ha malinterpretado ya que su base la constituía sobre todo la dependencia de los grandes ganaderos argentinos del mercado británico de carnes³¹, a pesar de que esas exportaciones representaban en la década de 1920 solo entre un 12% y un 15% del total exportado. Pero comprarle a Gran Bretaña implicaba asegurar las exportaciones argentinas y la posibilidad de seguir negociando empréstitos³².

Lo que principalmente reforzaba esa tendencia era el proteccionismo estadounidense. Ni siquiera durante la primera guerra EEUU llega a ser más importante que Gran Bretaña como nuestro cliente debido a la política proteccionista estadounidense y a que la política de preferencia imperial británica iniciada en 1917 se contrarresta en Argentina con tratados bilaterales desde 1918. En efecto, al no poder penetrar en el mercado estadounidense, lo cual producía grandes déficit para Argentina, nuestro país recurrió a los tratados bilaterales de compensación con los países con los que no se tenían balances negativos³³.

La dificultad en acceder con la producción agropecuaria argentina al mercado estadounidense fue siempre una fuente de conflictos entre ambos países y alcanzó un punto culminante en 1927 cuando EEUU decretó un embargo sobre las carnes argentinas supuestamente afectadas por la aftosa³⁴ (pero ya mucho antes el alto nivel de protección impedía la colocación de nuestros productos en el mercado estadounidense). Este hecho, aprovechado también por los intereses ingleses, iba a derivar en la década de 1930 en un reforzamiento de los vínculos con Gran Bretaña en detrimento de las relaciones con EEUU.

Todavía en 1930 Argentina ocupaba el cuarto lugar en las inversiones extranjeras británicas, solo superada por India, Australia y Canadá (Rapoport, 2000:161). También ocupaba el cuarto lugar dentro del total de las inversiones de los EEUU en el exterior, después de Canadá, Alemania y Cuba (Rapoport, 2000:163). Pero

³¹ Los hacendados eran el grupo social y político más importante de Argentina y su influencia sobre la política económica del país les permitió defender estas relaciones, que para ellos eran vitales (Rapoport, 2000:161).

³² Representantes de los intereses británicos en Argentina comenzaron a usar el argumento de la balanza comercial desfavorable: Argentina tenía la obligación de ayudar a Gran Bretaña a revertir su gran déficit comercial con el país. Sostenían que, de esta forma, la prosperidad británica permitiría incrementar las exportaciones argentinas. Sin embargo, ello implicaba comprar más caro y además no se hacía referencia a las remesas financieras a Inglaterra. De allí surgió la consigna “Comprar a quien nos compra”. Este lema también tenía implicancias para EEUU ya que además significaba “no le compramos a los estadounidenses, ya que ellos no nos compran”, al contrario de Gran Bretaña.

³³ También se intentó lograr un tratado con cláusula de nación más favorecida con EEUU, por el cual se diera entrada libre a los productos argentinos. Tirre (1997:143) sostiene que en los Anales de la Sociedad Rural Argentina aparece mencionado este tema, caracterizando esas relaciones desde la certeza de estar penetrando en ese mercado durante la primera guerra, pasando por la protesta ante las prohibiciones en la década de 1920, a la confianza en la década de 1930 de que en algún momento se habría de alcanzar ese mercado.

³⁴ Esta prohibición minó las ilusiones de los hacendados argentinos acerca de un mercado potencial en EEUU.

para Gran Bretaña las inversiones en Argentina representaban el 12% del total invertido fuera del país, mientras que para EEUU era un 5%.

2.6.2.- ¿Imperialismo británico en Argentina?

Ferns (1966:485) sostiene que si bien Argentina nunca perteneció al Imperio británico formal, era parte del Imperio extraoficial de Gran Bretaña: Nuestro país se hallaba dentro de la esfera de influencia de dicha potencia. ¿Puede aplicarse el término “imperialismo” a las relaciones anglo-argentinas? Si se considera que el imperialismo significa la fiscalización por el uso del poder político, entonces no existió imperialismo británico en Argentina. El único intento que realizó Gran Bretaña para establecer su poder político en Argentina fracasó y de ese fracaso surgió una política que reconoció que el poder político ejercido sobre la Argentina o algún otro país de América del Sur constituía un medio ineficaz de alcanzar el objetivo británico de beneficiosas relaciones comerciales y financieras. La ecuación política anglo-argentina que reconocía a ambos países como elementos variables independientes no derivó del idealismo liberal sino de hechos materiales aprendidos en el campo de batalla y reconocibles a los que estuvieran familiarizados con el carácter del suelo y el pueblo argentinos.

De esta ecuación política derivaron todas las de la esfera económica. El Gobierno argentino siempre tuvo el poder de prohibir, fomentar o dar forma a las relaciones económicas de Argentina con otras comunidades, incluso con la británica. El Gobierno británico nunca tuvo el poder de obligar a Argentina a pagar una deuda, a pagar dividendos o a importar o exportar cualquier artículo³⁵. Todas las crisis producidas en las relaciones económicas y financieras de Gran Bretaña y Argentina se resolvieron en términos económicos y financieros y no mediante la intrusión del poder político. Desde luego que los intereses comerciales y financieros británicos ejercieron gran influencia en Argentina, pero también los intereses argentinos ejercieron gran influencia en Gran Bretaña³⁶.

Los intereses que dominaban en Argentina buscaron en primera instancia a capitalistas extranjeros; no fueron los capitalistas extranjeros los que invadieron Argentina. Al comienzo y durante muchos años después de haberse iniciado el proceso de las inversiones, los inversores europeos se resistían a suministrar a Argentina la cantidad de poder adquisitivo que necesitaba el Gobierno argentino. Que los inversores europeos invirtieran su dinero en Argentina dependía en parte de las garantías que daban las autoridades argentinas, en parte de la responsabilidad directa de pagar que asumía el Estado, y en parte de la existencia en Argentina de una comunidad comercial británica capaz de organizar con sentido práctico empresas como los ferrocarriles y las plantas congeladoras de carne. A pesar de la creencia general, el inversor británico

³⁵ Cuando poderosos intereses financieros británicos urgieron a que se empleara el poder político para influir en la política económica argentina durante 1891, el Gobierno británico repudió en privado y en público tal sugerencia.

³⁶ Entre los años 1890 y 1939, cualquier agricultor o granjero británico podía afirmar que la Argentina era un factor de su suerte, y por cierto fue un factor muy adverso. En Gran Bretaña existían campos abandonados, en parte porque los campos argentinos estaban cargados de cereales baratos.

recibía ayuda y protección del Gobierno argentino, no del Gobierno británico. Cuando el Gobierno británico se sintió obligado a prestar ayuda a los inversores británicos en Argentina, no lo hizo enviando una fuerza expedicionaria sino respaldando al Banco de Inglaterra que, a su vez, respaldó a los bancos privados y por acciones, que a su vez respaldaron a la firma Baring Brothers.

2.7.- Conclusiones de la sección Gran Bretaña.

Durante el periodo bajo estudio, mientras que el Tercer Mundo era un océano de liberalismo forzado, sin ninguna isla de proteccionismo, la parte desarrollada del mundo era un océano de proteccionismo con unas pocas islas liberales (Gran Bretaña y Holanda).

En efecto, con la “gran depresión” de fines del siglo XIX, Europa se cierra en el proteccionismo mientras que Gran Bretaña permanecía aferrada al librecambio y al modelo arcaico de la primera fase del industrialismo. Por ello, Gran Bretaña tuvo que recurrir al imperialismo, planteando en América Latina el imperialismo informal de la inversión en el extranjero.

El camino del proteccionismo en Gran Bretaña recién quedó libre luego de la primera guerra, cuando las viejas industrias de base orientadas a la exportación colapsaron y las industrias orientadas al mercado interno se hicieron importantes. Sin embargo, las finanzas británicas triunfaban aún con la decadencia de sus industrias y la City solo podía funcionar en una economía mundial sin trabas. Por ello los gobiernos, más próximos a la City que a la industria, persistieron con el librecambio. No obstante, el gobierno ya había comenzado a intervenir en la economía durante la guerra y luego continuó. El librecambio desapareció definitivamente con la crisis de 1931.

¿Por qué Gran Bretaña se aferra al librecambio en este periodo? La economía británica se apoyaba notoriamente en el comercio exterior mediante la división internacional del trabajo ya que tenía necesidades de materias primas y de alimentos que no podía cubrir internamente. Además, tenía relaciones con el mundo de ultramar subdesarrollado desde hacia un siglo. Por ello y además por el proteccionismo de otros países desarrollados (los cuales sí contaban con materias primas y alimentos en su mercado interno), el mercado tercermundista era mucho más importante para Gran Bretaña que para los otros países desarrollados, para los cuales dichos mercados eran solo un pequeño estímulo.

Estos mercados eran aún más relevantes para Gran Bretaña si también se considera el aspecto financiero: los negocios “invisibles” le procuraron un gran excedente con el resto del mundo (con el cual tenía un déficit comercial) y por ello dependía cada vez más de invertir o prestar en el extranjero. Estas relaciones le permitieron salir de la “gran depresión” sin enfrentar los altos costos de modernizar su economía. Por ello Gran Bretaña tenía un gran interés en la total libertad del comercio.

Una de las dos zonas mundiales que tenían especial importancia para Gran Bretaña era América Latina, primero como mercado para sus productos y posteriormente para sus capitales. Dentro del subcontinente, Argentina constituía una colonia informal o economía satélite de Gran Bretaña. Gracias al desarrollo de la economía argentina y de otras economías dependientes, América Latina incrementó enormemente su relevancia en las inversiones británicas de esos años.

De todos los países desarrollados que actuaron en América Latina, Gran Bretaña es la que se manejó con más prudencia. Su objetivo era custodiar, mediante presiones discretas, intereses privados que saben asegurarse apoyos locales. Por ello, su hegemonía económica casi no fue discutida en los países bajo su influjo. Así, su falta de ambiciosos objetivos políticos potenció su hegemonía.

Cuando en 1880 comenzó la gran expansión argentina, ello atrajo al capital británico, deseoso de invertir en el extranjero. Argentina llegó a absorber el 40%/50% de las inversiones británicas realizadas en el extranjero, siendo poco interesantes las perspectivas de inversiones en otras partes del mundo. El comercio también se incrementó, pero no lo hizo en la misma proporción ni en la misma velocidad. Sin embargo, cuando la corriente de inversiones británicas se aminoró por la crisis de Baring, el comercio siguió fluyendo.

La posición británica en Argentina era sólida: la comunidad británica en Argentina ocupaba una posición estratégica en la economía de nuestro país; podía competir en los precios; tenía capacidad de suministrar artículos adaptados a las necesidades existentes; otorgaba créditos a corto plazo e invertía en forma relevante a largo plazo; tenía capacidad para organizar empresas nuevas y dirigir las eficazmente; tenía capacidad para evitar conflictos políticos con Argentina y mantener una actitud imparcial respecto de las fuerzas políticas internas del país.

El ascenso de EEUU en la economía mundial y el descenso de Gran Bretaña produjeron el triángulo comercial y financiero entre Argentina y esas dos potencias. Ello debía producir en el largo plazo un desplazamiento de la influencia económica británica por la estadounidense. Pero el vínculo con Gran Bretaña era muy fuerte (principalmente el financiero y el relacionado con las carnes) y no podía disolverse por la futura dependencia entre ambos países. Además, el problema clave era la dificultad que los productos argentinos tenían para acceder a EEUU debido a las medidas proteccionistas. En efecto, el proteccionismo estadounidense y los déficit argentinos con dicho país llevaron a fortalecer el bilateralismo con Gran Bretaña desde 1918.

De esta forma, Argentina era parte de la esfera de influencia británica. Gran Bretaña, familiarizada con el carácter del suelo y el pueblo argentinos, había reconocido que el poder político ejercido sobre Argentina no era un medio eficaz para alcanzar su objetivo de beneficiosas relaciones comerciales y financieras. A

pesar de la influencia ejercida por los intereses comerciales y financieros de ambos países, todas las crisis producidas en las relaciones económicas y financieras se resolvieron en términos económicos y financieros y no mediante la intrusión del poder político.

En consecuencia, los intereses económicos de Gran Bretaña y su falta de intereses políticos reflejados en su política exterior influyeron positivamente en la vinculación de Argentina con dicha potencia.

3.- La política exterior de los Estados Unidos y su influencia sobre la estrategia de vinculación externa argentina.

3.1- Introducción.

Luego de la guerra civil (1861-1865), Estados Unidos experimentó un crecimiento extraordinario. Se transformó en el mayor productor de artículos manufacturados del mundo. Los industriales norteamericanos eran tan poderosos que aseguraban que los productos extranjeros se mantuvieran fuera del mercado interior gracias a unos aranceles cada vez más altos. También las exportaciones de productos agrícolas estaba siendo muy fomentada por la revolución del transporte. Es así que entre finales del siglo XIX y principios del XX, los Estados Unidos aumentaron sus exportaciones en más de siete veces, pero como eran tan protectores de su propio mercado, sus importaciones aumentaron solamente cinco veces (Kennedy, 1997:392).

El papel del comercio exterior en el crecimiento económico de Estados Unidos era pequeño (8% de su PBI se derivaba del comercio exterior en 1913, en comparación con el 26% de Gran Bretaña), pero su impacto económico sobre otros países, como la Argentina, era considerable.

Las consecuencias de esta transformación comenzaron a afectar las relaciones internacionales. La superproductividad de fábricas y fincas de dicho país ocasionaron un miedo muy extendido a que incluso su enorme mercado doméstico fuese pronto incapaz de absorber tantos artículos, e indujo a grupos poderosos a presionar al gobierno para mantener abiertos mercados en ultramar. Ello llevó a la idea de hacer de Estados Unidos la fuerza económica dominante en América Latina.

Por otra parte, las pretensiones de un don moral especial entre los pueblos de la Tierra, que hacía que la política exterior estadounidense fuese superior a la del Viejo Mundo, se entremezclaban con argumentos social-darwinistas y raciales y con el apremio de grupos de presión industriales y agrícolas para asegurarse los mercados de ultramar. Los Estados Unidos debían cumplir su “Destino Manifiesto”.

Por último, la Doctrina Monroe refleja la determinación estadounidense a no ser desafiados por ninguna otra gran potencia en el hemisferio occidental. Los gobiernos estadounidenses se mostraron dispuestos a intervenir, por presiones diplomáticas y medios militares, en países de América Latina cuando su comportamiento no estaba de acuerdo con las normas de los Estados Unidos, lo cual generó un fuerte sentimiento anti-estadounidense.

3.2.- La política exterior de los Estados Unidos: consideraciones generales.

En las elecciones, lo relevante han sido siempre los asuntos internos. Cuando los asuntos extranjeros recibían atención en las elecciones presidenciales, en general los votantes no podían distinguir entre la visión de los demócratas y los republicanos (Schulzinger, 1984:6). A pesar de ello y si bien existe una continuidad en la política exterior de los EEUU, en general, ciertos asuntos como la política exterior comercial o la inmigración dependieron del partido que se encontrara en el poder. Sin embargo, cada uno de los dos partidos principales tenía una red de afiliados basada no tanto sobre factores económicos cuanto sobre complejas razones históricas, étnicas, religiosas y culturales.

Es decir que si bien los dos partidos no tenían una ideología explícita y tendían a esconder su identidad, era sin embargo posible discernir diferencias de acento sobre las cuestiones políticas más generales. Así, los republicanos eran favorables a elevadas tarifas proteccionistas. Los demócratas exaltaban la economía de mercado y la reducción de las tarifas aduaneras (Jones, 2002:316). Del periodo de 50 años analizado en esta tesis, solo durante 16 años los EEUU tuvieron al partido demócrata en la presidencia (ver Anexo).

La política exterior no era asunto exclusivo del gobierno. Algunos críticos de la diplomacia estadounidense incluso sugieren que el gobierno no era realmente el principal actor en la diplomacia. En lugar de ello, se sostiene que la política exterior de los EEUU estaba dominada por hombres de negocios que deseaban mercados y que la diplomacia estadounidense del siglo XX ha sido caracterizada por un continuo intento de buscar mercados para productos que no podían venderse en el mercado interno. Los líderes de negocios y granjeros, quienes también querían exportar sus productos, persuadieron a Washington para adoptar una política de “puerta abierta” cuyo objetivo era que los mercados del resto de los países se mantuvieran abiertos a las mercaderías producidas por todas las naciones industrializadas. En realidad, los gobiernos no han sido simplemente títeres de los grandes intereses, pero no han ignorado las necesidades de éstos.

3.2.1.- Los intereses y convicciones fundamentales de los EEUU en cuanto a la política exterior.

La política exterior estadounidense ha intentado mantener a los europeos fuera del hemisferio occidental y, a su vez, competir con ellos en el mundo. Los diplomáticos de Washington han combinado un deseo de comportarse como líderes de una gran potencia, como los europeos, con una creencia de que los Estados Unidos superaban a los europeos en bondad. Estas tendencias contradictorias abarcan toda la historia diplomática estadounidense y dan a la política exterior ese aire competitivo y ligeramente superior que usa hoy en día.

Schulzinger (1984:10-11) considera que los estadounidenses creían que los asuntos externos interesan a mentes maduras, que los EEUU eran superiores a otras naciones, temían que otras naciones representaban

un peligro para ellos y compartían una fe optimista de que la fortaleza militar, la riqueza y los valores políticos de EEUU podrían aplicarse para mejorar el mundo.

La creencia en la importancia de la política exterior no ha sido siempre tan obvia como ahora. Durante el siglo XVII, los estadounidenses creían mejor separarse de una Europa constantemente envuelta en disputas y guerras³⁷. Uno de los pilares de la diplomacia estadounidense del siglo XIX, la Doctrina Monroe, se basaba en la creencia que los EEUU no debían inmiscuirse en el juego de poder de las naciones.

Schulzinger (1984:4) sostiene que la neutralidad distante que los EEUU mantuvieron hacia los pleitos en el Viejo Mundo antes de fines del siglo XIX derivaba de la preocupación de la creación de un imperio estadounidense en Norte América. Los colonos se movían hacia el oeste para subyugar, desplazar y matar a los indios nativos estadounidenses y a los mexicanos, convencidos de su “destino manifiesto”. Esta expresión reflejaba el supuesto que la Providencia había querido asignar a los EEUU el control de todo el continente norteamericano. Este asunto dio una motivación racional a la caza de “razas inferiores” como los indios y los mexicanos por parte de los pioneros que buscaban tierras durante el siglo XIX, y fue extraordinariamente similar a aquel adoptado sucesivamente para justificar el imperialismo de las grandes potencias europeas. Pero el significado del destino manifiesto era también intrínseco de romanticismo, además de idealismo, incorporando la convicción de que el modo mejor para promover la difusión de los ideales y de las instituciones democráticas consistía en ampliar el territorio estadounidense³⁸.

Estas ofensivas expansionistas proveyeron un territorio vasto y un enorme mercado interno. El triunfo de los estadounidenses y la sumisión de no-blancos, no-protestantes, dejó un legado de supremacía cultural para el siglo XX.

Sin embargo, ya en el siglo XX, pocos estadounidenses creían que su país podía ignorar al resto del mundo y una fe generalizada en la superioridad de los EEUU movía a los diplomáticos. Los historiadores han enfatizado las características moralista y misionaria de la diplomacia estadounidense. No obstante, hay que considerar el mesianismo estadounidense como una forma de la exuberancia nacionalista que tenían todas las grandes potencias al final del siglo XIX.

Cualquiera fuera el origen del sentido de misión, los estadounidenses impusieron sus puntos de vista a otros. A pesar del reconocimiento de la necesidad de cooperación, consulta y de asociarse con otros, la diplomacia estadounidense ha estado plagada por un impulso a liderar. Cuando los EEUU hablan de consenso o compromiso internacional, ellos esperan convencer a otras naciones para que vean los problemas de la misma forma que ellos.

³⁷ El propio presidente Washington, en su discurso al finalizar su periodo de la presidencia (1796), sugirió a los estadounidenses que no sostuvieran alianzas permanentes con naciones extranjeras (Jones, 2002:80).

³⁸ Ello llevó a la anexión de Texas, de Oregón y a la adquisición de California, de Nuevo México y de Utah antes de la guerra de secesión.

Los estadounidenses creían que su país estaba más allá de las disputas de otros. Este distanciamiento es moral y económico, y cualquiera sean sus orígenes sus consecuencias son claras. Los diplomáticos estadounidenses gustaban de ver a su país como el equilibrador del sistema internacional, mediando en disputas entre otras naciones.

El imperialismo estadounidense fue interrumpido por la guerra de secesión. En efecto, durante los años de la guerra y la posguerra, la característica principal de la política exterior estadounidense fue el aislacionismo.

En el último decenio del siglo XIX, el imperialismo estadounidense resugió. Éste se asemejaba en un cierto sentido a la doctrina del “destino manifiesto” anterior a la guerra civil, pero difería por sus pretensiones de respetabilidad científica y por el acento puesto en la superioridad anglosajona. Los exponentes del nuevo imperialismo justificaban su punto de vista refiriéndose a la teoría de la evolución de Darwin, sosteniendo que la selección natural y la doctrina de la supervivencia del más fuerte se podían aplicar a las naciones además de al mundo biológico. En consecuencia, en la lucha internacional por la supervivencia, la victoria sería de los estados más hábiles y más potentes.

El principal teórico de este expansionismo fue un oficial de marina, el capitán Alfred T. Mahan. Este oficial sostenía que el poder marítimo era la base de la grandeza nacional. Si los EEUU querían vencer en la lucha mundial por el dominio del comercio, debían realizar un programa de mercantilismo imperialista. Eso significaba no solo la reconstrucción de la flota mercantil y de una potente marina militar que la protegiese, sino también la adquisición de bases navales en las colonias de ultramar, sobre todo en el Caribe y el Pacífico (Jones, 2002:357).

En esta etapa intervencionista, mientras algunos estadounidenses reconocían abiertamente que eran imperialistas, a otros no les gustaba este rótulo. Estos últimos recordaban como diplomáticos anteriores habían buscado distinguir su conducta de aquella europea. Después de todo, esa premisa estaba contenida en la Doctrina Monroe: el presidente Monroe declaró en 1823 que los EEUU permanecerían distantes de las disputas europeas porque su sistema social democrático difería de las autocracias de Europa. Esa petulancia hizo parecer dominantes a los estadounidenses a los ojos europeos del siglo XIX³⁹.

Incluso T. Roosevelt, quien reconocía ser un imperialista, enfatizaba los objetivos altruistas de su política exterior. Mientras los europeos hablaban de llevar los beneficios de la civilización a las razas ignorantes del mundo, raramente perdieron de vista la naturaleza competitiva de las razas por la preeminencia. Los estadounidenses, al contrario, sostenían que se diferenciaban de los europeos en tener las mejores

³⁹ Algunos de ellos, como el primer ministro británico de la época de la guerra civil estadounidense, Lord Palmerston, se burlaban de una nación de esclavistas que alegaban ser democráticos (Schulzinger, 1984:5).

intenciones del mundo y que habían entrado en la carrera para evitar que los europeos malos conquistaran el mundo. Los EEUU, más ricos y más republicanos que ningún otro, podían hacer más para mediar en disputas entre otros países que cualquier otro estado imperial (Schulzinger, 1984:5). Esta convicción dio un sabor misionario a la diplomacia estadounidense.

Este retrato idealizado de los EEUU y su política exterior tuvieron sus efectos en la diplomacia. Los estadounidenses fueron al extranjero seguros de la armonía de su sociedad. Ofrecieron ayuda económica, guía política, y mediación diplomática a todos los que lo pidieron e incluso a varios que no lo hicieron.

De esta forma, descubrieron que a otras naciones les molestaban sus prédicas. Los estadounidenses, quienes distinguían entre ellos y otros extranjeros, podían entender las razones por las cuales los cubanos, por ejemplo, querían que *otros* extranjeros se retiraran y no se inmiscuyeran en su revolución. Pero no podían entender por qué los revolucionarios querían que los *estadounidenses* se fueran. Se habían convencido recientemente de que el resto del mundo necesitaba la atención de los EEUU para no caer en el barbarismo, y estaban asombrados al enterarse de que una parte del mundo no quería escucharlos (Schulzinger, 1984:13).

3.3.- La política exterior latinoamericana de los Estados Unidos.

El tránsito del intervencionismo europeo a la tutela estadounidense de América Latina se consuma en el conflicto venezolano. La subregión deja de ser zona reservada a la influencia británica, ha agregado a su dependencia mercantil una dependencia financiera y, debido a ello, va a ser teatro de múltiples conflictos con sus poderosos acreedores. El vínculo financiero servirá en algunos casos de punto de partida para un esbozo de dependencia política y militar que es retomado por Estados Unidos en el área del Caribe, donde pasa a ejercer durante largos periodos funciones que van desde la percepción de impuestos aduaneros y la protección militar del orden interno hasta el ejercicio del gobierno de estados que, sin embargo, retienen nominalmente su independencia.

En algunas ocasiones las intervenciones aparecieron inspiradas en el deseo de devolver a prácticas políticas más sanas a algunas naciones hispanoamericanas. Esta justificación de la intervención solía ser interpretada en América Latina como pura hipocresía. Los latinoamericanos eran incapaces de reconocer el horror estadounidense por el estilo demasiado autoindulgente practicado por los sectores dirigentes latinoamericanos en política y finanzas (Donghi, 1998:292). En cambio, los latinoamericanos advertían que estas exigencias de pureza política solo eran llevadas adelante sin desfallecimientos cuando servían de justificativo para la conquista de muy concretas ventajas para intereses estadounidenses, y que en otros casos esos intereses se imponían utilizando procedimientos que aún los menos estrictos latinoamericanos encontraban chocantes (Donghi, 1998:293).

Esa supuesta hipocresía estadounidense era el modo con que los latinoamericanos percibían ciertos rasgos de la nueva potencia dominante que iban a hacer particularmente pesada su hegemonía. En el pasado, Inglaterra había prescindido de dar a su hegemonía cualquier sentido militante, no por respeto por las peculiaridades hispanoamericanas, sino porque aún Gran Bretaña no había identificado su función imperial con la de suplir las carencias de las “razas inferiores sin ley” como los latinoamericanos. Una consecuencia benéfica de la menos exigente hegemonía mercantil británica era que las regiones sometidas a su predominio no sufrían más inconvenientes que los destinados a asegurar ventajas concretas a los intereses dominantes.

Sin embargo, sería peligroso adjudicar a esa diferencia entre la vieja y la nueva potencia causas exclusivamente histórico-culturales. Ella se da en medio de una acentuación de la dependencia latinoamericana que se vincula con transformaciones de la estructura económico-financiera mundial. En este marco, la vocación pedagógica estadounidense se transforma en un mecanismo más de dominación; se identifica con el esfuerzo por imponer una imagen de las relaciones entre los EEUU y su área de influencia americana que, elaborada por ellos, refleja sus tradiciones ideológicas, pero a la vez tiene como consecuencia que, una vez aceptada en el área dominada, la ruptura del vínculo de dominación se hace impensable.

Este interés, además de otras ambiciones aún más vastas, explica la tenacidad con que EEUU terminaron por retomar la institucionalización de sus relaciones con Latinoamérica. La gradualidad del avance, la vaguedad de los primeros compromisos explican en parte que hayan colaborado en su creación países que estaban aún lejos de sufrir el predominio norteamericano y mantenían frente a sus avances una hostilidad no disimulada. El progreso de la organización interamericana parecía ofrecer una alternativa con una base más bien legal a las formas más directas de expansión estadounidense. Los progresos de la idea panamericana entre los dirigentes de Estados Unidos se hacían más rápidos precisamente cuando las tentativas de tutela directa eran momentáneamente abandonadas.

La política latinoamericana de EEUU tenía a la vez raíces estratégicas y económicas. La estrategia impulsaba la expansión en el área del Caribe y América Central. Mientras en las organizaciones panamericanas EEUU contribuía a erigir la ficción de una comunidad de naciones libres e iguales, llevaba adelante la política del garrote. Esa política encontraba sus límites en los del poderío y los intereses estadounidenses: militarmente tenía su núcleo en el Caribe y Centroamérica; el área de intereses e inversiones estadounidense tenía también allí su centro principal. Esa concentración en un área reducida de Latinoamérica fue justificada por R. Roosevelt luego de dejar la presidencia: solo en esa área el desarrollo real de las naciones latinoamericanas era tan lento que éstas seguían necesitando tutela. Los grandes países del sur (Brasil, Argentina, Chile) estaban, en cambio, en condiciones de ejercer en los hechos su soberanía, y nada tenían que temer de los avances estadounidenses (Donghi, 1998:300).

Entre la guerra y la depresión, el avance de la influencia estadounidense iba a ser muy rápido: los países del Pacífico serían totalmente ganados por ella; Brasil, Uruguay y Argentina iban a sufrir también su impacto. El fin de la era del ferrocarril significaba la pérdida para Inglaterra de un instrumento de dominación mercantil y financiera muy valioso. EEUU se beneficiaba ahora con los triunfos del transporte automotor. Esos nuevos avances no se apoyaban en la intervención político-militar, que siguió limitada al área en que ya era tradicional. A la vez las modalidades de la expansión estadounidense crearon una resistencia que continuaba la despertada por la intromisión política de la preguerra.

Se observan tres periodos en la política exterior latinoamericana de Estados Unidos:

1. Aislacionismo: hasta fines del siglo XIX;
2. Intervencionismo: desde fines del siglo XIX hasta fines de la década del veinte (siglo XX);
3. Renuncia al intervencionismo: desde fines de la década del veinte (siglo XX).

3.3.1.- Aislacionismo.

A pesar de que los EEUU eran, incluso en las primeras décadas del siglo XIX, la potencia dominante en el Nuevo Mundo, el gobierno de Washington no hizo ningún intento en liderar o influenciar al resto de las naciones de América, sino más bien tuvo una actitud aislacionista hacia la comunidad latinoamericana hasta casi la mitad del siglo XIX.

Washington no se apresuró a dar el reconocimiento a los estados latinoamericanos durante sus luchas por la independencia y mantuvieron una política neutral en el conflicto entre España y sus colonias. Ello concordaba con una tradición bien establecida: en los inicios de su existencia independiente, la nación adoptó una política exterior bien definida cuyo principio más importante era el de la no intervención⁴⁰. Por otra parte, los dirigentes estadounidenses temían la acción conjunta contra los EEUU de las potencias monárquicas de Europa.

En consecuencia, recién en 1822, cuando la independencia de los Estados americanos españoles era un hecho, el presidente Monroe decidió reconocer a los nuevos estados. En 1823, expuso la Doctrina que lleva su nombre, la cual llegó a ser la base de la política aplicada por ese país respecto a Latinoamérica. Monroe afirmó que las potencias europeas no podían colonizar por más tiempo América, y señaló que éstas no deberían intervenir en los asuntos de las recientemente emancipadas repúblicas latinoamericanas. Previno a los estados europeos contra cualquier intento de imponer monarquías en las naciones americanas

⁴⁰ Esta política hacia la América española parecería indicar que en este periodo temprano de la diplomacia estadounidense los principios establecidos por Washington en su discurso de despedida estaban siendo aplicados tanto al Nuevo Mundo como a Europa.

independientes⁴¹, pero añadió que Estados Unidos no emprendería ninguna acción en las colonias europeas existentes ni en la propia Europa. Asimismo, exponía que únicamente Estados Unidos estaba destinado a completar la colonización de los territorios vírgenes de Norteamérica.

En el plano económico y financiero, los EEUU conocían las posibilidades ofrecidas a sus intereses comerciales por los mercados de los nuevos estados americanos. Incluso antes de 1826 hubo una creciente rivalidad entre los EEUU y Gran Bretaña por el comercio de la región latinoamericana. Esta rivalidad fue un factor en la decisión del presidente Monroe de reconocer a los nuevos estados latinoamericanos en 1822. Sin embargo, la política económica de los EEUU en Latinoamérica durante la primer parte del siglo XIX no puede describirse como agresiva. Durante ese periodo las energías de los jóvenes EEUU eran absorbidas en el desarrollo económico de su propio dominio.

Luego de la guerra de secesión los EEUU estaban listos para llegar a ser una gran potencia mundial. La población estadounidense superaba ya la de Gran Bretaña. La industria estadounidense estaba en rápida expansión. Su flota era la más potente del mundo. Sin embargo, los EEUU no ejercitaron su potencia sobre los mares, ni tuvieron un rol comparable a su fuerza. Los asuntos externos suscitaban poco interés, mientras las energías estadounidenses se concentraban todavía en la organización de las cuestiones internas. Los mercados externos no eran todavía esenciales, visto que el producto industrial era totalmente absorbido por la demanda interna. Además la distancia protegía a los EEUU y alentaba una actitud restringida (institucionalizada por la Doctrina Monroe) de pensar solo en el continente americano. Y en tal ámbito los EEUU dominaban: ningún vecino amenazaba su seguridad (Jones, 2002:353).

En síntesis, después de la guerra de secesión la característica principal de la política exterior de Estados Unidos siguió siendo el aislacionismo. Aparte de revivir la idea de la cooperación panamericana, al finalizar 1890 la política exterior estadounidense no tenía objetivos o proyectos precisos (Jones, 2002:356).

3.3.2.- Intervencionismo.

En la segunda mitad del siglo XIX comenzó a observarse un cambio. Una vez concluida la colonización del Oeste, los estadounidenses buscaron nuevos objetivos para sus energías expansionistas. Si bien las fuerzas económicas no fueron, como han sugerido algunos históricos, la causa principal del nuevo imperialismo, la importancia de los mercados externos era siempre muy apreciada por los políticos. Influyó el hecho que las principales potencias europeas estaban ocupadas dividiéndose África y Asia y conquistando bases navales en el Pacífico. Esto no significa que el imperialismo estadounidense quisiese conscientemente imitarlas. Pero, influenciados por los escritos de los imperialistas ingleses, creían que en un mundo de siempre creciente rivalidad imperial, los EEUU podrían proteger y asegurar sus intereses solo a través del expansionismo (Jones, 2002:356).

⁴¹ Consideraba su presencia en el continente americano pondría en peligro la paz y seguridad de su joven nación.

En efecto, mundialmente las últimas décadas del siglo XIX se conocen como una “era de imperialismo”. Las mayores potencias rivalizaban por la preeminencia en el mundo. Habiendo completado la conquista de Norte América, en la última década del siglo XIX los EEUU participaron en la lucha de las grandes potencias alrededor del mundo.

Es difícil seleccionar una fecha exacta en la cual la política relativamente aislacionista seguida por los EEUU hacia Latinoamérica comenzó a cambiar hacia una política de imperialismo e intervención. La Guerra Mexicana de 1848 puede haber marcado un momento decisivo en las relaciones entre EEUU y sus vecinos latinos. Incluso los países de Sudamérica se alarmaron ante el peligro que representaba para sus independencias el espíritu del destino manifiesto del “coloso del norte”. La expansión de los EEUU hacia el sur fue detenida aparentemente solo por la crisis interna sobre la esclavitud (Smith, 1953:9).

La Doctrina Monroe ha sido considerada por los países de Latinoamérica después de 1848 como una amenaza a su propia existencia, en vez de una garantía para la independencia de los países de la región. Desde entonces y durante el periodo intervencionista, los EEUU han dado interpretaciones y aplicaciones variadas a esta Doctrina.

En efecto, el pronunciamiento original del presidente Monroe tomó nuevos significados a medida que las sucesivas administraciones añadieron sus interpretaciones y corolarios. La enunciación original se dio cuando los EEUU se estaban anexando más de la mitad del territorio mexicano de acuerdo al destino manifiesto; el corolario Polk fue utilizado como excusa para la no cesión de territorio del Nuevo Mundo a potencias no americanas⁴²; la Doctrina fue usada por Buchanan, Grant y Hayes como justificación de varios actos de imperialismo por parte de los EEUU en el Caribe; y el corolario Roosevelt⁴³ tenía que ver con la falta de pago de la deuda por parte de estados latinoamericanos (Smith, 1953:11).

Después de la guerra civil había amenazas de futuras adquisiciones hacia el sur, junto con un imperialismo económico motivado por la revolución industrial. De esta forma, en la última década del siglo XIX el imperialismo estadounidense adoptó el nuevo destino manifiesto que amenazó envolver todo Norte América. Había planes para una mayor expansión territorial en el área caribeña, pero el principal objetivo era el establecimiento de una hegemonía financiera en el hemisferio occidental. En sus planes por un canal

⁴² La Doctrina Monroe no tuvo gran repercusión en Estados Unidos hasta la década de 1840, cuando el presidente Polk la aplicó para justificar la expansión territorial estadounidense. Recordó a Europa que aplicaría la Doctrina Monroe y no permitiría en el continente americano la intervención de ningún poder que no fuera el estadounidense, lo que puso en la práctica al exigir que Gran Bretaña cediera el territorio disputado en América, consiguiendo un arreglo por el cual se cedía a Estados Unidos gran parte del mismo.

⁴³ La frecuencia de las revoluciones en las repúblicas caribeñas y su incapacidad de pagar sus deudas con el exterior tendían a provocar la intervención europea. Si por un lado la doctrina Monroe impedía a las potencias europeas intervenir en el Caribe, por otro imponía a EEUU la tarea de vigilar a fin que no se vieran obligados a hacerlo a causa del comportamiento de las naciones americanas. Esa era la esencia del corolario Roosevelt de 1904, el cual justificó nuevas injerencias estadounidenses en los estados del Caribe durante los mandatos de Taft y Wilson.

ístmico, el nuevo imperialismo iba más allá de la tradición estadounidense: las políticas incluían el establecimiento de protectorados, la supervisión de las finanzas, el control de todas las rutas del canal, la adquisición de estaciones navales y la supervisión y administración de países alborotados (Smith, 1953:10). De este modo, el destino manifiesto de la expansión continental evolucionó en una imitación del imperialismo colonial europeo.

La guerra con España⁴⁴ (1898) llevó el nuevo imperialismo a su cenit, y virtualmente convirtió al área del Caribe en un protectorado de los EEUU. El escenario estaba listo para la era de la “diplomacia del dólar”⁴⁵ y de la “política del gran garrote”⁴⁶ que comenzó al inicio del siglo XX y continuó hasta la mitad de los años veinte.

El imperialismo estadounidense del periodo intervencionista estaba interesado no solo en la defensa de la estratégica zona del canal. Como ya se mencionó, intereses económicos agresivos en los EEUU, buscando nuevos mercados y campos de inversión, estaban determinados a establecer una hegemonía económica y financiera en América Latina (Smith, 1953:10).

Después de la adquisición del control de la zona del canal de Panamá en 1903, toda la región del Caribe se convirtió en práctica en un lago de EEUU. Al finalizar la primera guerra, Cuba, Haití, República Dominicana y Nicaragua fueron ocupadas por tropas estadounidenses y la penetración económica había transformado de hecho varias naciones sudamericanas en protectorados (Jones, 2002:437). En efecto, durante las primeras décadas del siglo XX, las distintas administraciones estadounidenses fueron intervencionistas en América Latina:

- La política latinoamericana de T. Roosevelt fue muy agresiva. Redujo a Cuba al status de un protectorado. Adquirió el Canal de Panamá gracias a fomentar indirectamente la secesión de

⁴⁴ Esta guerra concluyó con la emancipación de Cuba, Puerto Rico y Filipinas respecto del dominio español. Las ambiciones económicas e imperialistas de Estados Unidos, centradas en el intento de controlar la ruta comercial del mar Caribe y la producción azucarera de la isla, veían con buenos ojos el fin de la presencia española en Cuba, lo que haría más factible su control de la isla y reafirmaría la Doctrina Monroe de rechazar cualquier presencia europea en América. Más importante que las adquisiciones territoriales específicas, la guerra permitió a los EEUU competir por igual con los europeos en la carrera por la preeminencia en la política mundial (Schulzinger, 1984:16).

⁴⁵ La diplomacia del dólar consistía en la ayuda que daba el gobierno estadounidense a sus empresas privadas para abrirse mercados y oportunidades de inversión en el extranjero. Los EEUU ejercitaron una cierta presión sobre las repúblicas caribeñas para que sustituyeran el capital europeo con aquel estadounidense y así, además de disminuir los riesgos de intervención europea, aumentar la ganancia de los banqueros estadounidenses (Jones, 2002:367).

⁴⁶ Roosevelt ejerció una política exterior activa e intervencionista que fue denominada Big Stick (política del ‘gran garrote’). Apoyó la revolución de 1903 en Panamá que permitió a Estados Unidos adquirir el territorio del canal, y proclamó el Corolario Roosevelt a la Doctrina Monroe sosteniendo que Estados Unidos deberían ejercer un “poder policial” sobre Latinoamérica, lo cual llevaría a la práctica en 1905 y 1906, interviniendo militarmente en la República Dominicana y Cuba, respectivamente, para controlar las economías de ambas, con el fin de favorecer los intereses estadounidenses. Wilson quería terminar con la política del gran garrote de Roosevelt y la diplomacia del dólar de Taft, pero intervino más fuertemente en América Latina que Roosevelt y Taft juntos. Wilson unía una actitud de superioridad moral a la determinación de defender a cualquier costo los intereses estadounidenses. Una vez en la presidencia, se dio cuenta de que el canal de Panamá era tan vital para la seguridad de su país que la inestabilidad política en la zona del Caribe no podía ser tolerada. Pero también creía tener el deber de liberar de la dictadura y de la pobreza a América Latina y de ayudar a los pueblos a alcanzar un gobierno democrático estable sobre el modelo de aquel estadounidense (Jones, 2002:367-368).

Panamá de Colombia⁴⁷. Tomó a cargo de los EEUU a la aduana de la República Dominicana mediante coerción militar y sujetó sus finanzas a un control riguroso.

- Taft retuvo los tres protectorados, continuó denegando el derecho a la revolución en las cinco repúblicas de América Central, forzó un protectorado de facto en Nicaragua e intentó mediante la diplomacia del dólar obtener el control de las aduanas de otras repúblicas del Caribe.
- La política latinoamericana de W. Wilson, a pesar de que en cierto sentido tenía un tono y motivación diferentes, en general fue escasamente menos agresiva que la de sus predecesores. Estableció por medio de fuerzas armadas un control más drástico sobre la República Dominicana, sometió Haití y casi arrasó su soberanía, y bajo la doctrina del constitucionalismo denegó el derecho de revolución a toda Latinoamérica.
- La política latinoamericana de Harding y una gran parte de la de Coolidge fue equivalente al imperialismo.

Todos estos actos no hicieron más que reforzar el resentimiento y la sospecha hacia los EEUU que eran ya difusos en toda América Latina. Por ello, la comunidad latinoamericana se unió en condenar todas las formas del intervencionismo estadounidense en el hemisferio occidental. Entre los oponentes al imperialismo estadounidense se destacaron los argentinos, a pesar de que la República Argentina no lo experimentó directamente.

Los dirigentes latinoamericanos podían hacer sentir sus voces contra el imperialismo estadounidense en las periódicas Conferencias Internacionales de los Estados Americanos. El panamericanismo, esponsorado por los EEUU, estaba motivado por el deseo estadounidense de expandir su comercio en América Latina. En consecuencia, las delegaciones estadounidenses enviadas a las conferencias enfatizaron la necesidad de la cooperación económica inter-americana, e intentaron evitar cualquier discusión de asuntos políticos embarazosos relacionados con el imperialismo estadounidense en el Caribe. Sin embargo, los delegados latinoamericanos rehusaron ignorar el asunto de la intervención en las reuniones panamericanas. Los delegados argentinos se convirtieron en los líderes tradicionales de la oposición al programa de desarrollo del panamericanismo de los EEUU.

El clímax del resentimiento latinoamericano contra la intervención de EEUU en el Caribe se alcanzó en la quinta Conferencia realizada en Santiago en 1923. Los delegados latinoamericanos forzaron la consideración de las cuestiones políticas controversiales como la definición de la Doctrina Monroe. La delegación estadounidense declaró que la aplicación unilateral de dicha Doctrina no sería alterada haciéndola un tratado inter-americano. Declararon que los EEUU se reservaban para sí mismos el derecho a

⁴⁷ En la zona del Caribe, la ambición principal de los EEUU era construir y controlar un canal interoceánico y proteger su acceso. Al rechazar los colombianos la oferta estadounidense para poder construir el canal en Panamá, Roosevelt tomó en consideración la idea de ocupar la zona por la fuerza (Jones, 366). Pero no fue necesario porque en 1903 hubo una revolución en Panamá. Roosevelt no fomentó de hecho la insurrección, pero hizo saber que si los panameños tenían necesidad de un amigo, él estaría disponible. Sin embargo, a largo plazo esto afectó la credibilidad de los EEUU: ningún evento desde la guerra con México había dañado tanto la imagen de EEUU en América Latina.

definir, interpretar y aplicar la Doctrina. Esto produjo una oleada anti-estadounidense en toda Latinoamérica.

En 1926 los EEUU enviaron tropas nuevamente a Nicaragua, y la reacción latinoamericana contra esta nueva aplicación de la política del garrote dio un fondo sórdido para las sesiones de la Sexta Conferencia realizada en La Habana en 1928. Una vez más la delegación estadounidense fue instruida para prevenir la discusión de temas políticos. El resentimiento latinoamericano hacia los EEUU creció después de esta conferencia, y el sentimiento a favor del panamericanismo alcanzó su nivel mínimo.

El quid de la cuestión estaba indudablemente en el intervencionismo estadounidense. A los países latinoamericanos les molestaba el hecho de que el “coloso del norte” se autodesignara árbitro exclusivo de las disputas hemisféricas. Podían aceptar la Doctrina Monroe solo si era “continentalizada” a fin de dar a todos los estados americanos voz en su interpretación y aplicación.

Al finalizar los años veinte, los estados latinoamericanos exigían la finalización de la intervención estadounidense en sus asuntos internos y externos como precio para la continuación del sistema panamericano (Smith, 1953:16). Afortunadamente para el futuro de las relaciones inter-americanas, el gobierno en Washington comenzó a responder a estas demandas⁴⁸ antes de que la causa por la unidad hemisférica estuviera completamente perdida. De esta forma, si bien las inversiones de los EEUU y el control económico continuaron aumentando, fueron limitando progresivamente la intervención de las fuerzas armadas. La diplomacia estadounidense deseaba disipar la hostilidad que la política del garrote había suscitado en toda la América Latina⁴⁹.

3.3.3.- Renuncia al intervencionismo.

Una nueva política hacia Latinoamérica fue introduciéndose y desarrollándose hasta la llegada de la administración de F. Roosevelt (1933). Las fuerzas militares estadounidenses fueron evacuadas de la República Dominicana en 1924, pero solo después de que se hubiese restaurado el orden público. La ocupación de Nicaragua en 1923 fue llevada a cabo habiendo consultado a las naciones líderes de América Latina.

Hay más base en la teoría que sostiene que la política latinoamericana de EEUU comenzó a cambiar con Hoover y se redujo el intervencionismo de otras épocas. En 1930, el mismo Hoover, a pesar de no renunciar al principio de la intervención, repudió el corolario Roosevelt y la necesidad de una política de control

⁴⁸ Hay que destacar que la derrota de Alemania había alejado toda amenaza al canal de Panamá.

⁴⁹ Así, en 1921 por el rol tenido por los EEUU en la revolución panameña el senado concedió una indemnización a Colombia. A pesar de que el gobierno seguía sosteniendo la legalidad de la intervención en América Latina, retiró las tropas estadounidenses de Cuba en 1922 y de la República Dominicana en 1924, de Nicaragua en 1925, pero retornaron al año siguiente cuando una revolución amenazó la vida y la prosperidad de los ciudadanos estadounidenses en aquel país.

policial en todo el continente americano por parte de los EEUU. En contraste con lo que habían hecho Roosevelt, Taft y Wilson, Hoover no intervino cuando los movimientos revolucionarios trastocaron el equilibrio político en ciertos países de Latinoamérica en 1930-31.

En consecuencia, los EEUU continuaron manteniendo un control sobre la economía de estos países. Sin embargo, la política de acercamiento a América Latina, definida como la “política del buen vecino”, representó una ruptura significativa respecto a los esquemas del pasado. Con esta política, al comienzo de la administración de F. Roosevelt se tomaron los pasos decisivos para terminar el periodo del intervencionismo de EEUU en América Latina.

3.4.- Política exterior de los Estados Unidos hacia la Argentina.

La política exterior de los Estados Unidos hacia la Argentina tuvo un alto grado de continuidad ya que su principal expresión, la Doctrina Monroe de 1823, todavía estaba en vigor en la década de 1930. Sin embargo, como ya se mencionó, la interpretación de esta doctrina varió mucho con el tiempo.

El país del sur estaba en gran parte fuera del alcance de lo que se consideraba comúnmente la típica política latinoamericana de los EEUU. La diplomacia del dólar de la administración Taft llegó a la Argentina solo en la forma limitada de la “diplomacia del acorazado”. La Argentina nunca sintió el “gran garrote” de Roosevelt. Es el panamericanismo la cuestión que proporciona una de las claves para explicar el desarrollo de las relaciones entre la Argentina y los EEUU.

En el plano económico, hasta el siglo XX, los EEUU no encontraron un interés económico en la Argentina que compensase su situación alejada: al inicio tenían economías no complementarias, luego cuando la Argentina siguió a los EEUU en el desarrollo de la agricultura comercializada y la exportación en gran escala de carnes y cereales para Europa, se hicieron competidoras. Sin embargo, solo los EEUU producían manufacturas y poseían capital de inversión en gran escala.

3.4.1.- Las relaciones entre la Argentina y los Estados Unidos.

La relación argentino-estadounidense fue influenciada por ciertos factores antes de 1880, los cuales también afectaron periodos posteriores:

1. Las barreras de la separación geográfica y la carencia de un transporte regular y directo.
2. Había poca afinidad natural entre los pueblos. Los argentinos dirigían sus ojos hacia Europa occidental para su comercio e inspiración política y cultural. Muy pocos estadounidenses, si los hubo, creían que la Argentina podía hacer una contribución a la vida estadounidense.

3. Las potencias europeas tenían y buscaban intereses en los países lejanos. La actitud estadounidense ante dicho interés en Latinoamérica varió desde el temor al predominio británico y el deseo de impedir la intervención europea, hasta el desinterés por los problemas argentinos.
4. La topografía de la zona del Plata. El Río de la Plata y sus afluentes proporcionaban una salida a una vasta zona continental rica. En consecuencia, el control del estuario era muy importante.
5. Las rivalidades entre los Estados limítrofes en Sudamérica, las cuales a menudo iban en contra de los intereses de los Estados Unidos.
6. Ambos países tenían climas templados y grandes recursos agrícolas. Esta similitud retardaba el crecimiento del comercio.
7. Los exportadores estadounidenses estaban más interesados en los mercados de Cuba, México y Brasil y prestaban menos atención al desarrollo del mercado argentino. En su relación con Argentina, y con América Latina en general, los Estados Unidos usualmente solo insistían en los principios políticos cuando estaban comprometidos los intereses económicos de sus ciudadanos.
8. En general, los representantes de EEUU en Argentina fueron agentes incapaces. Ello evidencia la falta de interés que suscitaba la región. En cambio, los representantes argentinos en Washington, cuando se los enviaba, eran casi siempre buenos diplomáticos.
9. Hubo una continuidad en las políticas exteriores de ambos países.

Argentina sostuvo cuatro puntos básicos, los cuales excluían la intimidad con EEUU: aspiraba a extender el control militar y político, luego económico y cultural, hasta los límites del antiguo virreinato. Resistía la intervención en sus asuntos, tanto latinoamericana, estadounidense o europea. Por razones de proximidad y de orígenes comunes, afirmaba sus vínculos especiales con el resto de Latinoamérica. Se negaba a participar en acuerdos multilaterales para la protección de su propia seguridad.

Por su parte, los Estados Unidos tenían políticas tradicionales: la doctrina Monroe, la expansión del comercio, el destino manifiesto y la promoción de arreglos pacíficos. En general, la Argentina quedaba fuera del alcance de estos objetivos⁵⁰.

Por lo expuesto, las relaciones entre ambos países fueron por lo normal escasas hasta alrededor de 1900⁵¹. El crecimiento del antagonismo en el siglo XX coincidió con su creciente importancia mutua, a pesar de que hasta la década del 30 sus políticas exteriores eran en algunos aspectos muy semejantes y coincidían en más puntos entre sí que con la política exterior de cualquier otro estado americano.

⁵⁰ La doctrina Monroe no se invocó a favor de Argentina, ni por los EEUU ni por pedido de nuestro país. Los estadounidenses demostraron escaso interés económico en la Argentina. La expansión territorial norteamericana nunca amenazó los intereses nacionales argentinos. Sin embargo, los puntos de vista norteamericano y argentino coincidieron al promover el arreglo pacífico.

⁵¹ Incluso hasta la misma víspera de la llegada de Perón al poder, se prestó una atención poco continua a la Argentina en los Estados Unidos. A esa época se había desarrollado en ambos países un arraigado resentimiento ante la política latinoamericana del otro. Sin embargo, de ambos lados el antagonismo se había originado recientemente, ya que hasta fines del siglo XIX sus actitudes recíprocas habían sido por lo general indiferentes, a veces amistosas y rara vez hostiles (Whitaker, 1956:102-103).

3.4.2. - Los intereses políticos de Estados Unidos. Colaboración y conflictos con Argentina.

Frecuentemente la Argentina y los Estados Unidos rivalizaron en sus intereses fundamentales como naciones. Por una parte, tenían doctrinas en conflicto. Por otra, Argentina era escéptica respecto a las intenciones estadounidenses del panamericanismo y obstruyó sus proyectos. En este tema, ambas naciones fueron rivales. Sin embargo, en aspectos como el mantenimiento de la paz en el hemisferio occidental hubo una mutua colaboración.

a) Colaboración entre Argentina y EEUU.

Los dos países se asociaron frecuentemente para promover arreglos pacíficos y colaboraron, entre ambas y con otros países, para extender los buenos oficios a terceras partes en el continente. Cada país aceptó la mediación del otro en las disputas internacionales. Cada uno aceptó al otro como árbitro cuando fue cuestión de intereses nacionales primordiales.

Si bien la colaboración entre ambas naciones para resolver conflictos entre los países del continente no siempre fue exitosa, se evitaron estallidos de hostilidades que pudieron haber afectado a naciones vecinas. Además, la falta de éxito no minimiza la importancia del espíritu de colaboración entre ambos países.

Los agentes estadounidenses utilizaron los buenos oficios de EEUU cuando se produjo la ruptura entre Argentina y Bolivia en 1909-1910.

Dos veces en 1910 ambos países extendieron sus buenos oficios para contribuir al arreglo de las perennes disputas de límites entre Ecuador y Perú, y entre Perú y Chile. En el primero de los casos, los países interesados solicitaron la intervención estadounidense. La Argentina, con un comercio exterior en veloz crecimiento, estaba interesada en ejercer una mayor influencia en los asuntos internacionales y colaboró en esta cuestión. Además, estando ya en desacuerdo con Bolivia y Brasil, los dirigentes argentinos buscaban amigos. Es así que no solo aprobó la política estadounidense en esta cuestión sino que proclamó su decisión de seguir el liderazgo de dicho país en todos los asuntos referentes a los problemas sudamericanos.

Cuando en la disputa entre Perú y Chile los dirigentes peruanos solicitaron la ayuda de Brasil y Río Branco, sin comunicar su proyecto a los otros países interesados, propuso que sometieran la controversia a la Argentina, Brasil y los Estados Unidos, los dirigentes argentinos se disgustaron porque lo hicieron sin antes pedir el consentimiento exprese de nuestro país. La actitud de la Argentina hacia el proyecto brasileño estaba de acuerdo con la política general adoptada desde 1908: una estrecha colaboración con los EEUU. Igual que en el caso de la disputa entre Perú y Ecuador, se adheriría a las directivas estadounidenses a cada paso, con Brasil o sin él. No participaría unilateralmente con el Brasil.

En 1914, fue la Argentina la que inició la colaboración latinoamericana para salvar a los EEUU de su embrollo con México. El presidente Wilson había llevado al país al borde de una guerra que no se deseaba. La iniciativa argentina y la mediación del ABC (Argentina, Brasil y Chile) ofrecieron una alternativa. Si bien la mediación de los tres países no fue lo que resolvió la cuestión, sino la renuncia de Huerta, los latinoamericanos demostraron a los dirigentes estadounidenses la intensidad de su fe en la igualdad soberana de todos los Estados.

El resultado más importante de la mediación se hizo sentir un año después, cuando México se sumió más profundamente en el caos y Wilson se sintió una vez más llamado a actuar. Pero esta vez no utilizó la fuerza unilateral, sino la consulta panamericana: solicitó la opinión de seis diplomáticos latinoamericanos.

Este fue el final de la asociación amistosa encaminada a lograr arreglos pacíficos. Posteriormente ambos países continuaron promoviendo la paz y la seguridad hemisféricas, pero normalmente dentro del movimiento panamericano, dentro del cual fueron con más frecuencia rivales que socios.

b) - Conflictos entre Argentina y Estados Unidos.

- **Doctrinas en conflicto.**

A comienzos del siglo XX, estadistas de ambos países concibieron doctrinas destinadas a proteger a los pequeños países americanos de la intervención beligerante de las potencias europeas. Por un lado, los EEUU afirmaron la Doctrina Monroe. Para ello no solicitaron la ayuda argentina, y la Argentina nunca ofreció formalmente su apoyo. Por otro, con el objetivo de salvaguardar el control nacional de sus economías y a sus gobiernos asediados por las revoluciones de la invasión del capital europeo, los países latinoamericanos se escudaron en la doctrina de la soberana inmunidad frente a la intervención del exterior. Debido a los problemas económicos, la turbulencia política y las aspiraciones nacionales de la Argentina a un liderazgo latinoamericano, este país lideró la defensa del concepto de la igualdad de los Estados americanos.

Esta posición latinoamericana de no intervención y la doctrina Monroe se vieron desafiadas por el bloqueo anglo-germano de Venezuela en 1902, cuyo objetivo era exigir la cobranza de las deudas pendientes a particulares europeos. Luis María Drago, ministro de Relaciones Exteriores argentino, manifestó sus temores de que esa acción por parte de los europeos pudiera ocultar un serio intento de adquirir territorios, consciente de lo atractivos que resultaban las riquezas sudamericanas a los ávidos expansionistas europeos. El cobro militar de los empréstitos suponía la ocupación territorial para hacerlo efectivo y ésta significaba la supresión o subordinación de los gobiernos locales. Ello contrariaba la doctrina de Monroe⁵².

⁵² Drago sostenía que la deuda pública en forma de bonos debida por un Estado americano soberano a súbditos de un Estado europeo, no debía ser reclamada mediante la intervención armada en territorio americano del Estado europeo

Los Estados Unidos, atentos a la posible necesidad futura de intervenir en los inestables países caribeños, no deseaban admitir una modificación de la política unilateral de Monroe. Se preocuparon más por el posible resentimiento europeo y la protección de los intereses privados estadounidenses. De esta forma, dejaron de lado cuidadosamente toda aprobación o desaprobación de la iniciativa de Drago.

La propuesta de Drago de una condena panamericana contra cualquier intervención armada europea que busque el cobro compulsivo de la deuda pública hubiera mejorado las relaciones argentino-estadounidenses. Sin embargo, bajo la dirección de Roosevelt los EEUU se habían embarcado en su nuevo Destino Manifiesto que involucraba una economía en expansión, una búsqueda de nuevos mercados y oportunidades para inversiones y seguridad en el poder naval. Es así que, como en el caso de las controversias sobre los límites venezolanos y la independencia cubana, ahora en los casos de la deuda venezolana, la independencia de Panamá y la insolvencia dominicana, los EEUU decidieron actuar sin consultar a los países latinoamericanos. La respuesta los Estados Unidos a una propuesta argentina que podría haber llevado a una genuina panamericanización de la doctrina de Monroe fue su corolario unilateral (Corolario Roosevelt de 1904), persistiendo en su actitud de fijar por pronunciamientos unilaterales las bases del orden internacional americano.

Sin embargo, a pesar de esta revocación del regionalismo americano de Drago, hasta la primera guerra las relaciones con los EEUU no sufrieron la menor perturbación y, en cierta medida, mejoraron. El “nuevo imperialismo” estadounidense operaba principalmente en el Caribe y se mantenía alejado de la Argentina (Whitaker, 1956:115).

- **El Panamericanismo y la lucha por la supremacía en América Latina.**

Otro tema de conflicto entre Argentina y los Estados Unidos se dio en el movimiento panamericano. En efecto, en sus intentos de organizar el continente o unificarlo frente a Europa, en general hubo roces cuya causa fundamental era un desacuerdo esencial sobre el concepto de hemisferio occidental y la conveniencia de crear instrumentos regionales para protegerlo. Los dirigentes de ambos países nunca vieron del mismo modo la aplicación de una ideología hemisférica, ya fuera panamericana, latinoamericana o hispanoamericana. En consecuencia, pocas veces fue posible ponerse de acuerdo sobre procedimientos o respecto del mecanismo internacional que habría de aplicar la idea.

afectado. La Doctrina Drago fue propuesta en la segunda Conferencia de La Haya (1907), donde fue aceptada con ciertas modificaciones. Los países participantes acordaron que el gobierno de un país no debía utilizar la fuerza armada para recuperar deudas contraídas por el gobierno de otro Estado hasta que el caso no fuera sometido a un arbitraje internacional y la nación deudora hubiera dificultado la formulación de un compromiso o se hubiera negado a cumplir una decisión no favorable.

Tradicionalmente, la Argentina había rechazado las invitaciones a las conferencias hispanoamericanas. Por su parte, los EEUU no aprobaban una organización que hubiera podido limitar la libertad de acción estadounidense o arrebatarle el liderazgo. La Conferencia de Washington de 1889 fue la primera a la cual asistieron representantes de ambos países. Sin embargo, durante toda la conferencia la iniciativa estadounidense y la agresividad argentina redujeron las sesiones de la conferencia a un duelo entre dos resueltos antagonistas⁵³. Fue entonces cuando la Argentina comenzó a afirmar su liderazgo de la oposición latinoamericana a cualesquier procedimiento o proyecto que pudieran llevar a la intervención extranjera y la pérdida de la soberanía nacional.

La discrepancia entre ambos países fue más marcada en las cuestiones sobre arbitraje y sobre una unión aduanera. Los argentinos dirigieron la batalla contra cada una de las propuestas, sobrepasaron a los estadounidenses en cada etapa y lograron aproximadamente los objetivos que buscaban.

En cuanto a la cuestión de la unión aduanera, los estadounidenses propusieron que se utilizaran tratados bilaterales y multilaterales de reciprocidad para desarrollar una zona de libre comercio. Querían favorecer el comercio hemisférico y los argentinos, atentos a proteger sus mercados europeos, estaban decididos a poner demoras, exaltaron la posición comercial de su país y la intimidad de sus relaciones con Europa y atacaron la política comercial de EEUU, especialmente los aranceles protectores. Acusaron a los estadounidenses de tener la intención de convertir en vasallos económicos a Estados soberanos. Fue aquí donde Sáenz Peña, delegado argentino, pronunció la tan conocida frase “¡Sea la América para la humanidad!” (Peterson, 1970:316).

Luego de una década de tensión y mutua desconfianza, las relaciones oficiales entre las dos repúblicas fueron más propicias al crecimiento de la idea panamericana. Fue la actitud amistosa de los diplomáticos residentes en las dos capitales (Martín García Merou y William L. Buchanan) lo que contribuyó principalmente a disminuir la rivalidad entre los dos países. Sin embargo, ambos países reiteraron su rivalidad por el liderazgo hemisférico en la Segunda Conferencia celebrada en México en 1901-1902. Aquí se invirtieron las posiciones en cuanto al arbitraje y a la misma idea panamericana. La Argentina, tradicionalmente cautelosa ante cualquier compromiso internacional, llegó a ser ahora el exponente de la diplomacia multilateral interamericana.

En esos años, la armonía argentino-estadounidense y la unidad panamericana no tardaron en empañarse con el surgimiento de una carrera de armamentos navales entre Argentina y Brasil. Los brasileños temían que la Argentina fuera a restablecer la soberanía sobre antiguos territorios del virreinato. Las continuas

⁵³ Los textos de las actas dan la impresión de que el objetivo de los delegados argentinos era hacer naufragar la conferencia (Peterson, 1970:313). Pero se tiene más bien la impresión de que concurrieron a fin de afirmar la pretensión argentina de ejercer la dirección en el hemisferio, por lo menos en América Latina. Quizás también esperaban obstruir cualquier decisión susceptible de limitar su propia libertad de acción o comprometer al hemisferio a tomar medidas multilaterales de seguridad que no eran de su agrado.

demonstraciones públicas de amistad entre los EEUU y Brasil contribuían a la nerviosidad argentina y había rumores de una alianza militar y del apoyo estadounidense al rearme brasileño.

El gobierno de Taft aprovechó esta carrera armamentista naval para tratar de atraer a la Argentina y sus vecinos a los EEUU mediante la “diplomacia del acorazado”. De esta forma, su gobierno ejerció presiones sobre el gobierno argentino para que adjudicara la construcción de los barcos de guerra a empresas estadounidenses. Al conceder contratos navales a constructores estadounidenses, la Argentina negaba cualquier intención que hubiera tenido de unirse con Brasil y Chile para neutralizar la influencia estadounidense en el continente⁵⁴. Además, la solidaridad panamericana mal podía florecer a la sombra de una carrera de armamentos navales alentada por los Estados Unidos.

Después de haber concedido los contratos para los barcos de guerra, Argentina y EEUU colaboraron más íntimamente que en ningún otro momento de su historia común, actuando en conjunto para solucionar varios conflictos limítrofes en el continente. De esta forma, la Cuarta Conferencia Panamericana de Buenos Aires de 1910 se realizó en una atmósfera de cordialidad excepcional en los asuntos interamericanos. Lamentablemente, el temario no se ocupaba de problemas de profundo significado. Es más, Argentina no ratificaría ninguno de los convenios que firmó.

Entre 1914 y 1917 la Argentina reveló un sorprendente afán de actuar juntamente con EEUU y con las restantes repúblicas americanas. En muchas situaciones cruciales los dirigentes argentinos buscaron la orientación estadounidense, sugirieron acción conjunta o indujeron a la consideración panamericana de los problemas comunes. Sin embargo, el liderazgo que el presidente Wilson ejerció sobre los países neutrales podría haber sido aceptado con más prontitud si él hubiera optado por consultar más estrechamente con los países neutrales, o si no se hubiera mantenido la sospecha de que los EEUU podrían ingresar un día en la guerra, dejándolos abandonados a sus propios recursos.

El ingreso de los Estados Unidos a la guerra marcó el punto de separación con la Argentina. Yrigoyen haría valer la determinación argentina a la independencia de acción, a pesar de que EEUU invitó a los países neutrales a imitar el proceder estadounidense⁵⁵. Reconocía la justicia de la causa estadounidense⁵⁶, pero sostenía que no había un agravio concreto contra Argentina para inducirla a entrar en guerra. Los alemanes habían cedido en todas las reivindicaciones argentinas sobre los hundimientos de barcos argentinos, con lo cual no dieron motivos para el rompimiento diplomático⁵⁷.

⁵⁴ Esta carrera armamentista también hizo zozobrar un prometedor movimiento pacífico (convenio de limitaciones navales) que la Argentina y Chile habían comenzado en 1902.

⁵⁵ Ha habido una violenta polémica sobre la resuelta adhesión de Yrigoyen a la neutralidad después que los EEUU y la mitad de los estados latinoamericanos entraran en guerra contra Alemania, y otros estados latinoamericanos rompieran relaciones diplomáticas con aquélla. Los tres puntos principales de la polémica son: la política yrigoyenista fue impopular en la Argentina; fue pro germánica y hostil a los EEUU; fue aislacionista.

⁵⁶ Alemania hundió varios barcos estadounidenses, en los que murieron ciudadanos de dicho origen.

⁵⁷ A fin de hacer que la Argentina entrara en la guerra, EEUU llegó incluso a revelar el contenido de ciertos telegramas enviados por el embajador alemán en Buenos Aires que agravaban al gobierno argentino. Al recibir las

Durante los años de la Primera Guerra, la amenaza a la seguridad del hemisferio, en vez de estimular la acción colectiva entre las repúblicas sirvió, en cambio, para restar vitalidad a una tendencia a la solidaridad. La rivalidad entre la Argentina y los Estados Unidos por el liderazgo sobre los restantes países persistió a lo largo de este periodo. Diversas tentativas argentinas dirigidas a lograr una acción unificada respecto a la guerra no contaron con la aprobación de Washington. Por su parte, Wilson alentó un Pacto Panamericano de Paz que nunca se consumó⁵⁸.

Cuando los EEUU se sumaron a la contienda, Yrigoyen formuló invitaciones para una conferencia de naciones neutrales primero y para una asamblea de estados latinoamericanos después, pero no convocó a ninguna de las dos. Esto provocó desconfianza en el gobierno de Wilson, el cual se opuso a que se celebrara una conferencia que excluyera a los EEUU. Es así que los actos de Yrigoyen, en un periodo en que los EEUU estaban muy seriamente comprometidos en otras regiones, desafiaron su supremacía sobre los estados americanos y ensancharon la brecha entre dos rivales que contendían por la hegemonía en el hemisferio.

Además, durante este periodo, una serie de contradicciones en los actos de Wilson militó en contra de la promoción del panamericanismo. A pesar de hallarse en medio de las negociaciones de un tratado de no agresión, Wilson envió fuerzas militares a México, ocupó Haití y perpetuó el intervencionismo en otras repúblicas del Caribe.

Luego de la Primera Guerra, la rivalidad por el liderazgo de las repúblicas americanas continuó. Ello no permitió que funcionara el tipo de asociación que antes había conducido al arreglo de disputas de frontera o al relajamiento de tensiones, tanto para ellos como para las demás repúblicas.

A pesar de que se podrían poner de acuerdo en cuanto a fines dignos de desear (la negociación de un pacto antibélico, la mediación en la Guerra del Chaco), disentían en cuanto a la forma de lograrlos. Cuestiones como la Doctrina Monroe, la reciprocidad comercial⁵⁹ y el derecho de intervención obstaculizaron una mayor armonía. Así, durante la década del veinte, sus relaciones continuaron presentando el conocido

excusas del gobierno germano, Yrigoyen razonó que el agravio había sido cometido por el enviado diplomático y no por su gobierno. El ministro alemán fue expulsado. Sus frases, si bien fueron dañinas y ofensivas, no causaron pérdidas de vidas argentinas. En comparación, recién después de dos años de haber hundido el Lusitania, en el cual perdieron la vida muchos estadounidenses, EEUU rompió relaciones con Alemania. Esta maniobra estadounidense no solo no logró hacer entrar a Argentina en la guerra, sino que provocó un profundo resentimiento contra los EEUU por haber dado a publicidad los despachos sin el consentimiento de la Argentina. Ya era injuriosa la insolencia alemana para que una potencia amiga la ventilara. La táctica desplegada por EEUU tal vez había hecho que se frustrara la misma decisión argentina que se proponía estimular.

⁵⁸ Argentina tuvo siempre buena disposición a firmarlo, al menos hasta que Yrigoyen asumió la presidencia. Sin embargo, este proyecto perdió importancia debido a que Wilson fue absorbido por la campaña presidencial y por el encadenamiento de sucesos que condujo a la guerra. Chile fue el país que puso reparos al proyecto.

⁵⁹ Con sus balances adversos de pagos y de comercio, Argentina empezaba a sentir la penetración económica estadounidense.

cuadro de políticas similares y de intereses en conflicto. Ambos siguieron la política de un aislacionismo modificado⁶⁰. A causa de sus intereses en conflicto, la aplicación de sus políticas similares no produjo a menudo acuerdos, y la mayoría de los acontecimientos de la década del veinte aumentó los puntos de discordia (Whitaker, 1956:120).

En esa época, dos peligros principales amenazaban el panamericanismo. El primero era la clasificación de las naciones, efectuada por la conferencia de la Paz, en grandes potencias y pequeñas potencias. La complicidad de los EEUU con semejante concepción debilitó la condición básica de la solidaridad interamericana: la soberana igualdad de todos los estados.

El segundo peligro era la promoción del latinoamericanismo como contrapeso del panamericanismo. En efecto, existía un profundo antagonismo ideológico entre el panamericanismo de los Estados Unidos y el latinoamericanismo de la Argentina. El renacimiento del latinoamericanismo fue fomentado por los actos de EEUU, los cuales proporcionaron a sus críticos abundantes ocasiones para causar conmoción. Dirigentes políticos como Molinari y Zeballos, intelectuales como José Ingenieros y publicistas como Manuel Ugarte renovaron en 1921-1923 los ataques verbales o literarios que habían mantenido en silencio desde antes de la guerra.

Estos desacuerdos ocultaron puntos de vista esencialmente similares sobre política extranjera fundamental. Mientras los EEUU manifestaban su esperanza de resucitar el movimiento panamericanista, al igual que la Argentina rehuían toda forma de unión continental que implicara compromisos políticos o militares. Si bien la Argentina, a diferencia de EEUU, adhirió a la Sociedad de las Naciones, su falta de actividad como miembro le hizo perder influencia en los consejos mundiales. Vueltos a su semiaislacionismo, los gobiernos republicanos de Washington y los gobiernos radicales de Buenos Aires trataron repetidamente de impedir decisiones multilaterales que habrían limitado su libertad de acción dentro del hemisferio.

La guerra y los contradictorios proyectos de Wilson e Yrigoyen habían interrumpido lo que podría haber logrado el crecimiento natural del movimiento. La posibilidad de hacer revivir los encuentros regulares en una conferencia general dependió largamente, pues, del estado de las relaciones argentino-estadounidense.

Diversos acontecimientos hicieron nacer la esperanza de que se renovara un espíritu de cooperación en las cuestiones del hemisferio. En 1920 el derrocamiento del gobierno en Bolivia brindó la oportunidad. EEUU buscó la opinión argentina y sugirió la posibilidad de un reconocimiento conjunto del nuevo gobierno.

⁶⁰ Sus posiciones respecto a la Liga de las Naciones fueron similares: los EEUU no participaban en la Liga; la Argentina era un miembro inactivo; cuando al final de la década los EEUU comenzaron a cooperar con la Liga, la Argentina reanudó su participación activa en ella. De la misma manera, sus actitudes hacia el movimiento panamericano eran parecidas: ambos deseaban que continuara siendo un movimiento estrechamente circunscrito, nada militar y casi completamente apolítico. Ninguno de los dos países trató de convertirlo en un sistema de seguridad regional.

Asimismo, en 1920-1921 EEUU accedió al pedido argentino de que los cónsules estadounidenses representaran sus intereses comerciales en Kobe, Japón, Singapur y Colombo.

Sin embargo, estos ejemplos aislados de cooperación recibieron mucha menos atención en Buenos Aires que la vulnerable posición estadounidense sobre tarifas aduaneras protectoras, la Sociedad de las Naciones, la Doctrina Monroe y el derecho de intervención. Además, EEUU cometió un gran error táctico. Sin advertir previamente a los argentinos, envió una misión naval a Río de Janeiro para que cooperara en la organización e instrucción de la marina brasileña. Para Washington, ello no era más que una aplicación de rutina de una ley que autorizaba tal cooperación con cualquier gobierno sudamericano. No contenía intenciones políticas. Para los argentinos, sensibles al creciente poderío económico y militar del Brasil, era una afrenta.

EEUU esperaba que la Quinta Conferencia realizada en Santiago en 1923 pudiera apaciguar la acumulada desconfianza recaída en ellos desde la guerra. Su gobierno previno a sus delegados contra toda discusión sobre la Doctrina Monroe y les prohibía que respaldaran todo arreglo que de algún modo pudiera restringir su puesta en práctica por parte de los EEUU. En cuanto a Argentina, esta conferencia no la aproximó a la corriente central del movimiento panamericano. Había participado, como antes, para salvaguardar en primer lugar su libertad de acción, y para impedir medidas multilaterales no deseadas.

El estado de las relaciones argentino-estadounidenses en la media década que transcurrió entre la Quinta y la Sexta Conferencia continuó impidiendo el resurgimiento del espíritu panamericanista. En efecto, el tipo de cuestiones que antes había dado lugar a la acción cooperativa entre la Argentina y los EEUU ahora no podía engendrar ni siquiera una transitoria armonía. Es así que el resurgimiento de antiguos problemas de límites entre países sudamericanos no aportó ninguna sugerencia de acción conjunta⁶¹.

En vísperas de la Sexta Conferencia Panamericana celebrada en La Habana en 1928 existían varios problemas que enturbiaban su perspectiva. La no intervención y las barreras económicas fueron los dos principales motivos de agravio argentinos contra los EEUU. Las electrizantes colisiones argentino-estadounidenses en La Habana hicieron que se transparentara más que nunca la rivalidad entre las dos repúblicas por el liderazgo de la organización americana.

Previo a esta Conferencia llegaban a Washington rumores desde algunas capitales latinoamericanas según las cuales los representantes se preparaban para lanzar desafíos frontales a la política estadounidense, en

⁶¹ Argentina permaneció apartada dejando que los EEUU lucharan solos hasta la división final de Tacna (Perú) y Arica (Chile) en 1929. Por otra parte, al poner en obra sus buenos oficios para resolver las diferencias existentes entre Bolivia y Paraguay desde 1924, ni Alvear ni Yrigoyen sugirieron la colaboración de los EEUU.

particular el derecho de intervención. Los esfuerzos tendientes a incorporar el principio de no intervención al derecho público internacional precipitaron el choque más discordante entre ambos rivales⁶².

Otro problema durante esta Conferencia fueron las trabas comerciales. Discutiendo el preámbulo al convenio propuesto sobre la naturaleza de la Unión Panamericana, el representante argentino propuso incluir una declaración que favoreciera la reducción de barreras económicas. Su discurso fue un ataque apenas velado contra las barreras aduaneras estadounidenses y los embargos sanitarios⁶³.

Los desacuerdos de La Habana dieron lugar a una frialdad sin paralelo desde el asunto de las islas Malvinas. El aislacionismo inherente del anciano Yrigoyen, reelecto en 1928, tendía a reducir al mínimo todos los contactos diplomáticos de la Argentina con el mundo. De esta forma, Yrigoyen dejó de lado repetidas oportunidades para renovar la cordialidad con EEUU⁶⁴.

3.4.3.- Los intereses económicos de Estados Unidos.

Hasta mediados de la década de 1890, el crecimiento del comercio entre Argentina y los EEUU fue lento. El total del intercambio estadounidense con nuestro país estaba muy por debajo de la cifra con el Brasil, a veces en la proporción de 1 a 8 (Peterson, 1970:250). Los mejores clientes de la Argentina seguían siendo europeos.

Existían varias barreras que impedían el crecimiento del comercio argentino-estadounidense. La principal era la falta de complementariedad entre sus respectivas economías debida a la similitud de las tierras de pastoreo y cultivos. A fin de fomentar la producción agrícola e industrial, los estadounidenses recurrieron al proteccionismo. Un problema primordial que dio el tono a la diplomacia económica argentino-estadounidense durante una generación o más fue la imposición por parte de EEUU de un arancel a las importaciones de lana (1867). Las exportaciones de este producto eran indispensables para la prosperidad

⁶² Ante la aseveración del representante salvadoreño de que ningún Estado puede intervenir en los negocios internos de otro Estado, EEUU sostuvo que una nación tenía derecho a interponerse en otra para proteger la vida y propiedades de sus ciudadanos. Manifestó que la estabilidad política es esencial para la independencia política, si bien la interposición que asegure la estabilidad no debe nunca transformarse en permanente. La Argentina acudió con toda su fuerza en apoyo de El Salvador y de las delegaciones contrarias a la intervención. El representante argentino sostuvo que *“La soberanía de los Estados consiste en el derecho absoluto a la entera autonomía interior y a la completa independencia externa. Ese derecho esta garantizado en las naciones fuertes por su fuerza, y en las débiles por el respeto de las fuertes. Si ese derecho no se consagra y no se practica en forma absoluta, la armonía jurídica internacional no existe. La intervención diplomática o armada permanente o temporaria atenta contra la independencia de los Estados ...”* (citado por Peterson, 1970:424).

⁶³ Desde 1927 EEUU excluyó a la Argentina como proveedor de carne, alegando que en ese país existía aftosa. Esta medida de higiene, que también era proteccionista en el sentido económico, ofendió el orgullo de la nación argentina en general y perjudicó los bolsillos de los potentados de la carne de ese país (Whitaker, 1956:122).

⁶⁴ Pese a que Alvear había designado delegados a la Conferencia de Washington sobre Conciliación y Arbitraje en respuesta a la invitación que habían formulado los EEUU, Yrigoyen prefirió no enviarlos. Tampoco dio paso alguno para alentar la aprobación de los acuerdos de La Habana y negó su respaldo a las tentativas de la Unión Panamericana para arreglar la disputa del Chaco.

argentina⁶⁵ y, por lo tanto, la tarifa estadounidense se convirtió en un constante motivo de queja de la Argentina. Sin embargo, no se logró vencer la barrera erigida por los dominantes intereses estadounidenses.

De esta forma, mientras el gobierno argentino admitía los productos estadounidenses libres de impuestos o a un arancel muy bajo, los EEUU excluían virtualmente el artículo que representaba más de la mitad de las exportaciones argentinas de la época (Peterson, 1970:252). Por ello, al finalizar la década de 1880, el impuesto a la lana fue una de las rocas contra las cuales se estrellaron las esperanzas estadounidenses para fundar una unión aduanera americana.

En 1890, con la cláusula de reciprocidad de la ley de tarifas aduaneras McKinley, los EEUU buscaban corregir su balanza de comercio no favorable con América Latina desarrollando mercados para sus productos manufacturados. Autorizaba imponer aranceles a productos importados de países cuyo tratamiento a las mercaderías estadounidenses fuera desigual e irrazonable. Colocó ciertos productos, entre ellos los cueros, en la lista libre, pero no permitía concesiones en el asunto de la lana. Como la principal fuente de ingresos de la Argentina eran las tarifas aduaneras y, además, el gobierno se encontraba virtualmente en bancarrota, el país no estaba en posición de conceder libre entrada a las importaciones en gran escala. Además, según creía el propio ministro estadounidense en Buenos Aires, la Argentina no podía adoptar una política que ofendiera los intereses comerciales y bancarios europeos (Peterson, 1970:254). Por último, la Argentina sostuvo que los aranceles impuestos a los productos estadounidenses no eran irrazonables considerando los aranceles estadounidenses a la lana. Sin embargo, se insinuó durante las negociaciones que si los EEUU removieran el arancel a la lana, la Argentina otorgaría concesiones generosas a favor de productos estadounidenses (Phelps, 1938:212). No obstante, no se llegó a un acuerdo.

Pocos años después, con la ley de tarifas aduaneras Wilson-Gorman (1894), EEUU levantó la barrera a las lanas argentinas. Sin embargo, esta ley fue aprobada antes de pedir concesiones en Buenos Aires y luego, cuando se solicitaron, el gobierno argentino consideró que no tenía obligación de reciprocidad ya que sostenía que la ley estadounidense había sido motivada solamente por cuestiones de política interna, y no por una intención de beneficiar a la Argentina.

Tampoco sirvió la ley Dingley de 1897⁶⁶. En 1898 se negoció un acuerdo recíproco bajo una cláusula de conveniencia mutua. Argentina concedía derechos reducidos a algunos productos estadounidenses a cambio de una disminución de las tarifas sobre el azúcar, los cueros y la lana argentinos. Sin embargo, los laneros estadounidenses persistentemente obstruyeron la aprobación y el acuerdo nunca se ratificó.

⁶⁵ Los EEUU eran, después de Francia, el mejor mercado para la lana de la Argentina, y lo habían sido durante muchos años (Ferns, 1966:432).

⁶⁶ Esta ley fue sancionada para proteger los intereses de los ganaderos de EEUU, anuló el status libre del que gozaba el cuero importado, rubro exportable que llegó a ser más valioso en las exportaciones argentinas hacia el mercado estadounidense.

Posteriormente, los EEUU no realizaron más intentos para lograr un acuerdo de reciprocidad con Argentina hasta 1933 (Phelps, 1938:216).

Además de la sucesión de controversias sobre los aranceles, existían otros obstáculos para mejorar el comercio. A fin de solucionarlos, el gobierno estadounidense señaló que se necesitaban comunicaciones marítimas regulares y directas; aumento y mejoras en el servicio consular; establecimiento de sucursales mercantiles; un conocimiento mayor de las necesidades del pueblo; un sistema de conexiones bancarias; y créditos más liberales para los comerciantes exportadores.

Sin embargo, ningún intento o recomendación por parte de los gobiernos atrajo al capital privado para establecer líneas marítimas directas. La dependencia de la navegación extranjera y los bajos precios de las mercaderías de la competencia dejaron los negocios potenciales estadounidenses en manos de los comerciantes europeos.

Los negocios por telégrafo tampoco eran una alternativa. Las firmas británicas tenían el monopolio del sistema telegráfico en Brasil, Uruguay y Argentina. De esta forma imponían recargas discriminatorias a los mensajes de los exportadores estadounidenses y, más importante, podían interceptar una valiosa información comercial. Se logró un cierto alivio en 1892 cuando una compañía estadounidense tuvo acceso directo a Buenos Aires a través de Valparaíso, pero la primera línea de cable atlántico entre EEUU y Argentina recién se abrió en 1919.

Otro obstáculo era la falta de personal en las oficinas consulares para suministrar los datos esenciales sobre las necesidades locales a los fabricantes y comerciantes estadounidenses. Por otra parte, las casas comerciales estadounidenses en general solicitaban negocios únicamente por medio de cartas al consulado. Al contrario de los ingleses, no habían establecido sucursales o representantes. Al contrario de los alemanes, no habían estudiado las necesidades del pueblo y tenían escaso interés en abastecer los gustos locales. Al revés de la mayoría de los comerciantes europeos, los estadounidenses rehusaban dar términos liberales de crédito. Incluso poco dinero estadounidense, por no decir ninguno, fue a parar a los títulos públicos argentinos durante la década de 1880 (Ferns, 1966:432). Es más, hasta 1914 una ley estadounidense prohibía el establecimiento de sucursales bancarias en el exterior.

En conclusión, el contacto con un país como los EEUU resultaba indispensable para Argentina en este periodo. Si este país no se sentía atraído por el nuestro, entonces la nación debía dirigir su mirada hacia Europa occidental, donde estaban los capitales que necesitaba para el desarrollo de sus recursos agrícolas y las bocas que podía alimentar.

El gran desarrollo industrial estadounidense y la expansión de la explotación del suelo argentino redujeron el carácter no complementario de sus economías durante el siglo XX. En EEUU los productos de la

agricultura, a excepción del algodón, se reservaban principalmente para el consumo doméstico. De esta forma, hacia 1900 este país había madurado hasta el punto de que sus industrias necesitaban la lana, los cueros, el lino y el quebracho argentinos, y su población industrial podía absorber algunos de los vastos excedentes alimentarios de la pampa.

En el periodo anterior a la guerra, la población estadounidense tuvo un incremento superior al del suministro de carne vacuna. En la Argentina sucedió lo contrario. Es así que las exportaciones estadounidenses de este producto se redujeron visiblemente. La Argentina estaba preparada para llenar este vacío, convirtiéndose en el primer exportador mundial de carne vacuna después de 1905 (Vázquez Presedo, 1971:182). De esta forma, la carne congelada argentina reemplazó a las exportaciones estadounidenses en los mercados ingleses y del resto de Europa. Ello refleja la competencia argentino-estadounidense en los mercados internacionales.

En efecto, el problema con EEUU era que su oferta internacional de productos competía con la Argentina en las mismas mercaderías, materias primas de clima templado, a diferencia de lo que ocurre con los demás países latinoamericanos. Ello, juntamente con el proteccionismo estadounidense (barreras arancelarias y no arancelarias) provocó los desplantes diplomáticos argentinos de la época⁶⁷. Efectivamente, éstos no se deberían a la arrogancia argentina ni a un nacionalismo exagerado, ni a los intereses de sectores ligados con Gran Bretaña, sino a una clara competencia por los mismos mercados.

Hasta 1913 la política de aranceles aduaneros entre las dos naciones permaneció sin cambios significativos, aunque no ocurrieron controversias diplomáticas como las de las décadas del 80 y el 90: en general, los dirigentes argentinos parecieron aceptar lo inevitable, aunque sin perdonarlo. Hubo un revuelo diplomático en 1911, pronto sofocado, sobre la competencia argentino-estadounidense por el comercio de harina con Brasil⁶⁸.

En síntesis, en el siglo XIX los dos países buscaron sin éxito una base común para el intercambio comercial. A pesar del crecimiento de la población, la estabilidad interna y las rentas nacionales, a finales de siglo las economías siguieron siendo esencialmente competitivas y el comercio recíproco improductivo. Sin embargo, a principios del siglo XX las respectivas economías estaban más cerca de ser complementarias. El mayor obstáculo para la expansión comercial era la similitud del medio. El mayor

⁶⁷ El problema fue agudizado desde 1922 por la tarifa Fordney Mc Cumber. Esta tarifa elevó los derechos de importación a los niveles más altos de la historia estadounidense hasta esa fecha (Vázquez Presedo, 1978:218).

⁶⁸ Argentina producía harina de trigo para Brasil. Sin embargo, EEUU hizo difícil desarrollar, y aún mantener, este mercado. En su carácter de gran comprador de café, EEUU presionó para que Brasil diera tratamiento preferencial a su harina. En 1904 una intervención diplomática redujo en 20% los derechos sobre la harina del Norte, a cambio de facilidades para la introducción de café. Esta reducción se elevó a 30% en 1910. Entonces, el gobierno argentino amenazó con elevar los derechos a productos estadounidenses. EEUU declaró que no se habían buscado otras concesiones y que daría a la Argentina un preaviso de seis meses para cualquier negociación futura. La expansión de este mercado fue frenada finalmente por el desarrollo de la propia industria brasileña, adecuadamente protegida (Vázquez Presedo, 1971:174).

estímulo fue la evolución de las diferencias nacionales en las habilidades manufactureras y en los estadios del desarrollo industrial.

Durante los años de la guerra y la recuperación se observó un crecimiento importante en las relaciones económicas bilaterales. Las causas del desarrollo del comercio fueron varias:

1. La guerra. La extensión y duración de la Primera Guerra ocasionaron grandes demandas a los graneros y depósitos del mundo. Cuando los EEUU entraron en ella, aumentaron su dependencia, así como la de las restantes naciones aliadas, de las riquezas agrícolas y pastoriles de la neutral Argentina. Por otra parte, el eclipse de Alemania como mercado y al mismo tiempo como fuente de artículos manufacturados, obligó a la Argentina a recurrir cada vez más a EEUU. Esta tendencia fue acelerada por la impotencia de Inglaterra para abastecer el mercado argentino, tanto durante la guerra como posteriormente. Esto redujo el natural rechazo de economías no complementarias.
2. Mejor información. Se realizaron estudios completos de la economía argentina por parte del gobierno estadounidense. La expansión de los servicios de prensa estadounidenses en América Latina aseguró una difusión mayor de las noticias, tanto para los argentinos como para los estadounidenses⁶⁹.
3. Reducción de barreras no arancelarias. Se produjo una remoción gradual de las barreras que por décadas habían interferido en el intercambio comercial. El principal estímulo fue el mejoramiento de las facilidades otorgadas a los embarques. Se eliminaron las salidas irregulares y la doble travesía vía Europa. En 1919 se inauguró el primer servicio de comunicación cablegráfica directa entre EEUU y Buenos Aires. El uso más amplio de los giros bancarios, autorizados por una ley estadounidense, junto con la expansión de los servicios de las nuevas filiales de bancos estadounidenses en Buenos Aires facilitaron los envíos en ambas direcciones y permitieron a los manufactureros estadounidenses competir con las empresas europeas en el otorgamiento de créditos. Establecimientos estadounidenses abrieron filiales en Buenos Aires o firmaron contratos con agencias para que dirigieran sus ventas.
4. Inversiones estadounidenses en la Argentina. Durante la guerra, los frigoríficos estadounidenses habían expandido y consolidado su posición en el comercio de carnes. La primera corriente sustancial de capitales estadounidenses se operó en los años 20.
5. Argentina obtiene préstamos en EEUU. Rechazados en Londres, fuente de recursos tradicional, los agentes fiscales se volvieron hacia los EEUU. Este tema se profundiza en otro capítulo.

Sin embargo, seguían existiendo ciertos obstáculos al desarrollo del comercio bilateral:

1. Tarifas aduaneras y embargos. Tal como lo habían hecho en repetidas ocasiones desde 1867, los gobiernos republicanos del siglo XX volvieron a levantar barreras protectoras para sus productos agrícolas y ganaderos. A veces se valieron de embargos sanitarios, pero siempre usaron la tarifa.

⁶⁹ No obstante, se consideraba que tenía que haber una revolución o un terremoto para que la mayoría de los estadounidenses concentrara su interés en Sudamérica (Peterson, 1970:386).

- a. Los aranceles de 1921 y 1922 establecieron tasas prohibitivas sobre el trigo, el maíz, las carnes, la lana, los cueros, el lino⁷⁰ y el azúcar. De los veinte productos que comprendían el 80% de las exportaciones argentinas a EEUU, quince habían figurado en la lista de artículos exentos de derechos; ahora solo dos permanecían. Las nuevas cargas afectaron mercaderías que habían representado el 16% de las exportaciones globales de Argentina en 1920 (Peterson, 1970:394). Los estadounidenses habían invertido fuertemente en frigoríficos en Argentina. La lana y el lino eran esenciales para importantes industrias del norte. Sin embargo, el Congreso estadounidense estaba comprometido a proteger al granjero y, por lo tanto, aprobó la ley Fordney-McCumber en 1922. En 1930, con la crisis mundial, se aprobó la Ley de Aduanas Smoot-Hawley, la cual eliminó los cueros de la lista de artículos exentos de impuestos y aumentó los gravámenes que pesaban sobre la carne, la semilla de lino, el maíz y la lana.
 - b. Por cuestiones sanitarias empezó a exigir la coloración de toda la semilla importada de alfalfa y trébol morado; a raíz del descubrimiento de un envío de uva blanca infectada por la mosca mediterránea prohibió subsiguientes importaciones; prohibió la importación de carne fresca o congelada procedente de zonas afectadas del mundo por la fiebre aftosa como Argentina. Los progresos de la ciencia sanitaria dieron lugar a esta avanzada reglamentación legislativa en los EEUU. En Argentina, donde la nueva ciencia no se había dado a conocer con tanta amplitud, la reglamentación pareció discriminatoria. La raíz del resentimiento en Argentina eran sus carnes vacunas: ningún argentino podía ser inducido a creer que el embargo estadounidense fuera otra cosa que una pantalla legal destinada a proteger su carne vacuna de calidad inferior y de precio más caro. Además, la compra del 28% de las exportaciones argentinas de carne solo importaría el 5% del consumo estadounidense (Peterson, 1970:396). Sin embargo, se aseguró a la Argentina que la disposición se aplicaría únicamente a las carnes procedentes de zonas infectadas y no a la totalidad del país⁷¹. Ante esta situación, los argentinos exigieron medidas de represalia. En 1927 el presidente Alvear sugirió la posibilidad de una legislación aduanera basada en la regla de “¡Comprar a quien nos compra!”⁷². El nuevo slogan, utilizado por los defensores de los intereses ingleses, obtuvo amplia resonancia.
2. La competencia anglo-estadounidense. La incapacidad que había demostrado Inglaterra durante la Primera Guerra para proveer a la Argentina con capitales, préstamos y bienes había abierto las puertas a la iniciativa estadounidense, a la que había aventajado por un siglo. Al finalizar la guerra, los estadounidenses abrieron brechas en el monopolio del servicio cablegráfico, en manos de los ingleses, absorbieron parte de su actividad marítima y empezaron a competir con ellos en busca de

⁷⁰ Incluso a pesar de que Argentina era el principal proveedor de lino del mercado estadounidense.

⁷¹ En contraste con la brusquedad estadounidense y con su falta de disposición para allanar el camino, Inglaterra eludió la crítica hostil dando a los estancieros y a su gobierno la oportunidad de poner en marcha controles más eficientes.

⁷² Se dice que fue el embajador británico en Buenos Aires, sir Malcolm Robertson, quien acuñó esta expresión. Él fue la punta de lanza de los esfuerzos ingleses para obtener ventajas del creciente antinorteamericanismo de la Argentina.

concesiones petroleras. A partir de 1923, el capital estadounidense dejó muy atrás a las nuevas inversiones inglesas. Así como la Argentina se esforzaba por igualar el poderío militar del Brasil, la rivalidad anglo-estadounidense se mantuvo latente en las licitaciones para la compra de aviones, equipos para el ejército, etc. En estos años, los exportadores estadounidenses vendieron constantemente más que sus rivales en los mercados argentinos. Sin embargo, fueron los ingleses quienes, año tras año, compraron la mayor parte de las exportaciones argentinas. La campaña de Londres contra el comercio estadounidense incluyó el envío de una poderosa misión encargada de considerar relaciones económicas de amplio interés. Sin embargo, no tuvo logros demasiado importantes.

No obstante, ni siquiera la modificación de muchos antiguos impedimentos había posibilitado el intercambio comercial estable entre los dos países. Esta incompatibilidad económica dificultó la búsqueda de bases políticas para la seguridad del hemisferio por parte de los estadistas panamericanos.

3.5.- Conclusiones de la sección Estados Unidos.

El objetivo de la política exterior de los Estados Unidos ha sido mantener a los europeos fuera del continente americano y competir con ellos en el mundo. Para el primer objetivo, los estadounidenses afirmaron la Doctrina Monroe. Para el segundo, tenían su “destino manifiesto”. Además, los estadounidenses se diferenciaban a sí mismos de los europeos: creían que eran superiores a aquéllos en bondad y estaban convencidos de que eran los valores políticos estadounidenses los que podrían aplicarse para mejorar el mundo. Por ello, sostenían que habían entrado en la carrera para evitar que los europeos malos conquistaran el mundo, ya que solo los Estados Unidos, más ricos y republicanos que ningún otro, podían hacer más que cualquier otro estado imperial para mediar en disputas entre otros países.

De esta forma, la diplomacia estadounidense tenía características moralistas y misionarias. Con este sentido de misión, los estadounidenses buscaron imponer sus puntos de vista a otros. Ofrecieron ayuda económica, guía política y mediación diplomática a todos los que lo pidieron e incluso a varios que no lo hicieron, y no podían entender por qué algunos países los trataban como al resto de los extranjeros.

El objetivo de la política exterior estadounidense trajo aparejado su imperialismo. Además del sentido de misión, si bien las fuerzas económicas no fueron la causa principal del imperialismo, la importancia de los mercados externos era siempre muy apreciada por los políticos. Otra intención perseguida con el imperialismo estadounidense era afirmar su seguridad. De esta forma, los estadounidenses creían que en un mundo de siempre creciente rivalidad imperial, ellos podrían proteger y asegurar sus intereses solo a través del expansionismo.

Sin embargo, a los inicios de su existencia independiente, los Estados Unidos adoptaron una política exterior bien definida cuyo principio más importante era el de la no intervención. En efecto, durante parte del siglo XIX esta nación tuvo una actitud aislacionista hacia la comunidad latinoamericana. Recién en la década del veinte reconoció a los nuevos estados y afirmó la Doctrina Monroe. En el plano económico, sus energías eran absorbidas por el desarrollo económico de su propio dominio.

Una vez concluida la colonización del Oeste, los estadounidenses buscaron nuevos objetivos para sus energías expansionistas. Utilizaron la Doctrina Monroe, con nuevas y distintas interpretaciones, para añadirse territorio. Además de la defensa de la estratégica zona del canal ístmico, el imperialismo estadounidense del periodo intervencionista tenía otros propósitos. Intereses económicos agresivos en los Estados Unidos, buscando nuevos mercados y campos de inversión, estaban determinados a establecer una hegemonía económica y financiera en América Latina. De esta forma, América Latina pasa de ser una zona reservada a la influencia británica a la tutela estadounidense.

Después de la adquisición del canal, la región del Caribe se convirtió en práctica en un lago de los Estados Unidos, los cuales intervinieron en varios países de la zona. Fue la época de la “diplomacia del dólar” y de la “política del gran garrote”. Estos actos reforzaron el resentimiento hacia este país, ya difuso en toda América Latina. La justificación de los EEUU de estas intervenciones, supuestamente inspiradas en el deseo de devolver a algunas naciones latinoamericanas a prácticas políticas más sanas, eran interpretadas por Latinoamérica como pura hipocresía: según los latinoamericanos, estas exigencias de pureza política solo eran llevadas adelante sin desfallecimientos cuando servían de justificativo para la conquista de muy concretas ventajas para intereses estadounidenses.

La menos exigente hegemonía mercantil británica había prescindido de dar a dicha hegemonía cualquier sentido militante. EEUU, en cambio, utilizó su vocación pedagógica como un mecanismo más de dominación: la imagen de las relaciones entre EEUU y su área de influencia americana, elaborada por ellos y que refleja su ideología, una vez aceptada en el área dominada hace impensable la ruptura del vínculo de dominación.

Entre los oponentes al imperialismo estadounidense se destacó la Argentina, a pesar de que no lo experimentó directamente. Los Estados latinoamericanos hicieron sentir sus protestas en las distintas Conferencias Panamericanas, y los delegados argentinos fueron los líderes de la oposición al programa de desarrollo del panamericanismo de los Estados Unidos.

En estas Conferencias los EEUU declararon que se reservaban para sí mismos el derecho a definir, interpretar y aplicar la doctrina Monroe, queriendo persistir de esta forma en su actitud de fijar por pronunciamientos unilaterales las bases del orden internacional americano. Ello produjo una oleada anti estadounidense en toda Latinoamérica. Así, al finalizar los años veinte los estados latinoamericanos exigían

la finalización de la intervención estadounidense en sus asuntos como precio para la continuación del sistema panamericano. En esa época si bien las inversiones estadounidenses y el control económico continuaron aumentando, los Estados Unidos fueron limitando la intervención de las fuerzas armadas. De esta forma, una nueva política hacia Latinoamérica fue introduciéndose y desarrollándose. Era el prelude de la “política del buen vecino”.

Respecto a la política de los Estados Unidos hacia la Argentina, ésta tuvo un alto grado de continuidad ya que su expresión principal, la Doctrina Monroe, estaba aún en vigencia en la década de 1930. Nuestro país estaba en gran parte fuera del alcance de la típica política latinoamericana estadounidense: la diplomacia del dólar llegó solo en la forma limitada de la “diplomacia del acorazado”; la Argentina nunca sintió el “gran garrote”.

En el plano político, tres temas marcaron la relación argentino-estadounidense. Por una parte, tenían doctrinas en conflicto. Por otra, Argentina era escéptica respecto a las intenciones estadounidenses del panamericanismo y lo obstruyó. En estos temas, ambas naciones fueron rivales. Sin embargo, en aspectos como el mantenimiento de la paz en el hemisferio occidental hubo una mutua colaboración.

De estos tres temas, es el panamericanismo la cuestión que marca el desarrollo de estas relaciones. Si bien hubo periodos en los que las relaciones entre los dos países fueron más propicias al crecimiento de la idea panamericana, fue en este movimiento en el que se dio la lucha por la supremacía en América Latina. Además, mal podía la Argentina formar una unión aduanera con el resto de América cuando los mercados de sus exportaciones, los capitales y la inmigración eran europeos. En ese sentido, la imposibilidad argentina de penetrar en el mercado estadounidense debido a su proteccionismo era una roca sobre la que chocó el movimiento panamericano.

El ingreso de los Estados Unidos a la guerra marcó el punto de separación con la Argentina. Nuestro país hizo valer su determinación a la independencia de acción. Durante la guerra y la posguerra la rivalidad entre estas dos naciones por el liderazgo de las repúblicas americanas se perpetuó y expandió. Varias cuestiones obstaculizaron una mayor armonía. Los Estados Unidos no entendían a la doctrina Monroe como un acuerdo regional, sino que sostenían que su uso cabía exclusivamente a ellos; esta insistencia en el carácter unilateral de la doctrina, reforzada por sus perpetuas intervenciones en el Caribe, parecía una denegación de la igualdad soberana de los Estados para los argentinos.

Ello fue acentuado por la clasificación de las naciones en grandes y pequeñas potencias y la complicidad de los Estados Unidos con semejante concepción, lo cual debilitó la condición básica de la solidaridad interamericana: la soberana igualdad de todos los estados. Por otra parte, el renacimiento del latinoamericanismo (como contrapeso del panamericanismo) fue fomentado por las actitudes

estadounidenses. Además, el proteccionismo estadounidense perjudicaba los balances de la Argentina, la cual comenzaba a sentir su penetración económica.

Las electrizantes colisiones argentino-estadounidenses en la Conferencia de La Habana en 1928 hicieron que se transparentara más que nunca la rivalidad entre los dos países por el liderazgo de la organización americana. Los esfuerzos tendientes a incorporar el principio de no intervención al derecho público internacional precipitaron el choque más discordante entre ambos rivales. En esta Conferencia también surgió la cuestión de las barreras aduaneras estadounidenses y los embargos sanitarios. Estos desacuerdos dieron lugar a una frialdad sin paralelo en las relaciones entre estos dos países.

En cuanto al plano económico, existían varias barreras que impedían el crecimiento del comercio argentino-estadounidense. La principal era la falta de complementariedad entre sus economías debida a la similitud de las tierras de pastoreo y cultivo. El proteccionismo estadounidense fue un problema primordial que dio el tono a la diplomacia económica entre ambos. La tarifa sobre la importación de lana se convertiría en el punto clave para cualquier acuerdo de mutuo intercambio.

Además, las barreras de separación geográficas; la carencia de transportes regulares y directos: la poca afinidad de los pueblos; la falta de líneas de telégrafos estadounidenses (la primera línea recién se abrió en 1919), de personal en el servicio consular estadounidense (lo cual demostraba la falta de interés en la región); etc.; fueron algunos de los factores por los cuales las relaciones entre ambos países fueron por lo normal escasas hasta alrededor de 1900.

Cuando la Argentina desarrolló su agricultura y comenzó a exportar en gran escala carnes y cereales estas economías se hicieron competidoras. Efectivamente, el problema con los Estados Unidos era que su oferta internacional de productos competía con la Argentina en las mismas mercaderías y en los mismos mercados. No obstante, solo los Estados Unidos producían manufacturas y poseían capital de inversión en gran escala.

Durante los años de la guerra y la posguerra, existió un crecimiento importante en las relaciones económicas bilaterales debido a la guerra, a la disponibilidad de mejor información sobre la economía argentina por parte del gobierno estadounidense, a la reducción de barreras no arancelarias (mejores facilidades para los embarques, telégrafos, líneas marítimas directas, etc.), al incremento de las inversiones extranjeras en la Argentina, y al otorgamiento de préstamos a nuestro país. Sin embargo, seguían existiendo ciertos obstáculos al desarrollo del comercio bilateral: tarifas aduaneras y embargos sanitarios; la competencia anglo-estadounidense por el mercado argentino.

No obstante, ni siquiera la modificación de muchos antiguos impedimentos posibilitó el intercambio comercial estable entre los dos países. Esta incompatibilidad económica dificultó la búsqueda de bases políticas para la seguridad del hemisferio.

En síntesis, en el plano político, Argentina estaba fuera del alcance de la típica política latinoamericana de los EEUU. El sentido de misión de la diplomacia estadounidense no tenía objetivos en Argentina, salvo el panamericanismo. La Argentina no amenazaba la seguridad de EEUU y su gran desarrollo hacía innecesaria la tutela estadounidense. Sus relaciones estuvieron marcadas por políticas similares e intereses en conflicto. Ciertas cuestiones obstaculizaron una mayor armonía: el uso e interpretación unilateral de la doctrina Monroe, la falta de reconocimiento de los Estados Unidos de la soberana igualdad de todos los estados, el derecho de intervención y el proteccionismo estadounidense eran cuestiones que exaltaban a los argentinos. Ello se evidenció principalmente en el movimiento panamericano y en la lucha por el liderazgo en América Latina.

En el plano económico, las relaciones también fueron escasas hasta fines del siglo XIX. Esto es consecuencia de la falta de complementariedad de estas economías, y ello trae aparejada la falta de interés de EEUU en nuestro país. Con el ingreso de la Argentina en el comercio mundial a gran escala, estos países se hicieron competidores en las mismas mercaderías y en los mismos mercados. Durante la guerra y la posguerra, se evidenció un crecimiento en las relaciones económicas entre ambos. Sin embargo, el proteccionismo practicado por los EEUU fue un problema primordial en las relaciones bilaterales durante todo el periodo bajo análisis.

En consecuencia, los intereses políticos y económicos de los EEUU (o la falta de ellos) reflejados en su política exterior influyeron negativamente en una posible vinculación de la Argentina con el resto del continente bajo la forma del panamericanismo.

4.- Conclusiones del Capítulo II.

Durante el periodo 1880-1930, el país más liberal en el mundo desarrollado era Gran Bretaña, mientras que los Estados Unidos eran los más proteccionistas. Esto afectó la estrategia de vinculación de Argentina respecto a estas potencias.

Por un lado, nuestro país, gran exportador de alimentos y materias primas, necesitaba mercados, uno de los cuales, el principal de ellos durante la mayor parte del periodo mencionado, resultó ser Gran Bretaña. En efecto, con un extenso imperio, economías satélites y necesidades de alimentos y materias primas que no podían ser cubiertas internamente, el Reino Unido se apoyaba notoriamente en el comercio exterior mediante la división internacional del trabajo.

Por el contrario, Estados Unidos, con una producción propia similar a la argentina, tenía una economía no solo no complementaria de la de nuestro país sino también competidora. Este carácter no complementario se redujo debido al gran desarrollo industrial estadounidense y a la expansión de la explotación del suelo argentino. Sin embargo, el proteccionismo practicado por los Estados Unidos fue un problema primordial en las relaciones bilaterales durante todo el periodo bajo análisis.

El vínculo entre Gran Bretaña y Argentina se refuerza principalmente considerando el aspecto financiero. Los ingresos “invisibles” procuraban a dicha potencia un excedente con el resto del mundo, con el cual tenía un déficit comercial. Por ello el Reino Unido dependía cada vez más de invertir o prestar en el extranjero. Por su parte, Argentina, un país en pleno desarrollo, tenía necesidad de recibir esos capitales. Si bien a finales del periodo el stock de capitales británicos en Argentina se mantuvo casi constante mientras se incrementaban las inversiones estadounidenses en nuestro país, el total invertido por los ingleses fue muy superior durante el periodo bajo análisis.

Con el ascenso de EEUU en la economía mundial y el descenso de Gran Bretaña, se produjo el triángulo comercial y financiero entre dichos países y Argentina, pudiéndose esperar en el largo plazo un desplazamiento de la influencia de la vieja potencia por la nueva. Sin embargo, el vínculo entre Argentina y Gran Bretaña era muy fuerte y, fundamentalmente, los productos argentinos siguieron sin poder penetrar el proteccionismo estadounidense.

En el plano político, si bien al comienzo del periodo las actitudes recíprocas entre Argentina y Estados Unidos fueron por lo general indiferentes, a veces amistosas y rara vez hostiles, posteriormente surgió un gran antagonismo entre ambos países, marcado por políticas similares e intereses en conflicto. La prepotencia con la que se conducían los EEUU en sus relaciones con el resto de los países americanos enardecía a los argentinos.

De esta forma, de las dos potencias analizadas en este capítulo, Gran Bretaña es la que se manejó con más prudencia. Su falta de ambiciosos objetivos políticos en América Latina potenció su hegemonía. Su objetivo era proteger intereses privados, que saben como lograr apoyos locales, mediante presiones discretas. La comunidad británica en Argentina ocupaba una posición estratégica en la economía de nuestro país y tenía la capacidad de evitar conflictos políticos con Argentina, manteniendo una actitud imparcial respecto de las fuerzas políticas internas del país. Es así que a pesar de la presión ejercida por los intereses económicos de ambos países, todos los problemas surgidos en las relaciones comerciales y financieras fueron resueltos en términos económicos y no mediante la intromisión del poder político.

Por todo lo expuesto, los intereses políticos y económicos de Gran Bretaña y Estados Unidos, o su falta de ellos, influyeron en la estrategia de vinculación internacional de Argentina, relacionando a nuestro país más con la vieja potencia que con la nueva.

Capítulo III

LA IDEOLOGIA DE LA ELITE GOBERNANTE.

1.- Introducción.

La variable a considerarse en este capítulo será el marco ideológico de la elite gobernante y su influencia sobre la estrategia de vinculación externa argentina. Esta ideología, en las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del siglo XX, era de signo liberal, siendo la que consolidó el modelo agroexportador del país y, por ende, afectó las vinculaciones internacionales de la Argentina.

La estrecha relación de la economía argentina con la coyuntura internacional se vio reflejada también durante los gobiernos radicales ya que, a pesar del cambio político que esos gobiernos representaron, las líneas esenciales del modelo agroexportador no se alteraron (apertura de la economía, endeudamiento externo, comercio exterior basado en el intercambio de materias primas y alimentos por productos manufacturados).

Primeramente se estudiará la ideología de la generación del 80 y su liberalismo conservador. Posteriormente, se analizará el tema de la ideología dentro del periodo radical. Luego, se considerará la relación especial que tuvo la Argentina liberal con Gran Bretaña, haciendo mención también a las relaciones con EEUU. Finalmente, se examinará la orientación de la política exterior de la elite gobernante respecto a Gran Bretaña, EEUU y América Latina. Por último, se expondrán las conclusiones del capítulo.

2.- La generación del 80.

Al inicio del periodo analizado, en la política, en la dirección de la vida económica, en las letras y en otras muchas actividades, una nueva generación se ponía en evidencia. Esta generación imprimió sus ideas a las distintas actividades de la vida nacional con ese aplomo que da la certidumbre de poseer, si no la verdad misma, al menos, esa verdad relativa que resulta del consenso general.

En la época de estudiantes se crearon los vínculos temperamentales e ideológicos que funcionarían durante toda la vida. Casi todos leyeron las mismas revistas (francesas en su mayoría) y frecuentaron los mismos autores, todos tenían saturado su espíritu de liberalismo. De esta forma, en los negocios, en la política, en las letras o en la vida mundana, se constituyó una generación que asumió la dirección de la vida argentina, aplicando criterios homogéneos y de sólidos fundamentos. Con la presidencia de Roca su hegemonía se hizo indiscutida. Pocas veces fue tan firme un sistema de convicciones en el seno de una elite, y pocas logró influir tan profundamente sobre la realidad.

Pero en la generación del 80 se observaba también un cierto conformismo. La obra emprendida y llevada a cabo por sus padres había comenzado a dar sus frutos: la prosperidad. Sin embargo, esta prosperidad debía incitar a la reflexión, a la crítica, al examen. En lugar de eso, suscitó un fácil sentimiento de conformismo que cegó las posibilidades de descubrir las inevitables mutaciones que se preparaban en el seno de esa realidad. La nueva oligarquía se dejó mecer indolentemente por la vida y dio por sentado que el proceso que sus padres habían desencadenado correspondía a la naturaleza de las cosas y no necesitaba la constante corrección del rumbo. De esta forma, la despreocupación caracterizó su manera de ser.

Dieron rienda suelta a ciertos sentimientos de casta. Herederos de padres ilustres, creyeron merecer no solo el prestigio que rápidamente conquistaron, sino también la dirección política del país y sobre todo una parte que parecía corresponderles por derecho natural sobre las ganancias que el país obtenía de su esfuerzo, obra del conglomerado criollo-inmigratorio⁷³. El amor a la riqueza y el orgullo de casta tentó a los aristócratas de la modesta Buenos Aires con las infinitas vanidades que movían a las burguesías ricas de Londres y París.

Así, el país comenzó su desarrollo. Enriquecerse fue una obligación social, porque quien se enriquecía y creaba riqueza servía los planes de engrandecimiento del país, contribuía a su crecimiento y facilitaba su rápido ascenso hacia el acariciado ideal de país civilizado de tipo europeo.

De este modo, en la generación del 80 hace de centro de gravedad una minoría ilustrada que actúa como clase política, dirigencia o elite encargada, no solo de ejercer el poder sino, fundamentalmente, de llevar a cabo la promoción, el crecimiento y el progreso de la república. Las formas criollas de vida son consideradas anacrónicas y reacias a aquel progreso; por eso, se propone suprimirlas y sustituirlas por las que, en la óptica de los prohombres ilustrados, se reputan representativas de la civilización.

La elite es, a la vez, la clase de mayor riqueza y la más poderosa, tanto por militar en ella muchos hombres de la clase propietaria, hacendada o adinerada, cuanto por el status, la jerarquía y la influencia sociales que como grupo detenta. La llamada oligarquía no tenía el carácter de una clase social en sentido estricto, ni tampoco una connotación exclusivamente económica. Por un lado, no era solo un grupo de terratenientes, porque, por ejemplo, a ella adherían por igual sectores de la burguesía comercial urbana. En efecto, la clase superior no fue, en rigor, una clase cerrada, ni estuvo constituida por un tipo exclusivo o predominante de hombres; hubo en ella profesionales, hombres intelectuales y cultos, estancieros, ganaderos, militares, comerciantes y políticos⁷⁴. Por otro lado, era más bien una forma política de la dirigencia que burlaba la participación popular.

⁷³ Con el aluvión inmigratorio incorporado a la sociedad criolla, la realidad social argentina adquirió caracteres de conglomerado, es decir, de masa informe, no definida en las relaciones entre sus partes ni en los caracteres del conjunto (Romero, 2004: 179).

⁷⁴ Las clases dirigentes no fueron hostiles a la entrada en escena de la clase media, ni impidieron el acceso a la riqueza de los nuevos protagonistas surgidos de la inmigración y del cambio social.

La generación del 80 admite un paralelo político con la doctrina dieciochesca del despotismo ilustrado. La minoría liberal que encumbra a la ideología en boga, que se encapsula en la dirigencia y que desdeña lo popular y lo autóctono, busca la “ilustración” (e incluso la postula en su difusión popular, por lo menos a nivel de la enseñanza primaria abierta a todos), pero no se preocupa por la participación popular ni por el consentimiento popular. El asociar la sabiduría al poder tiene, como en los monarcas ilustrados del despotismo europeo del siglo XVIII, el propósito de desarrollar una política que beneficie al pueblo, pero sin la colaboración del pueblo. Civilizar al pueblo no significa, en esa época, estimular lo popular, ni abrigar la intención de madurar su capacidad política para descongelar la dirigencia, sino despojar al pueblo de los hábitos criollos para infundirle un estilo que, adoptado de Europa, se considera como el ápice del progreso. Los celadores liberales iban así a desplegar su programa de tutores del pueblo, con indiferencia por el pueblo.

De alguna manera, la generación del 80 prolonga los grandes rasgos del antagonismo tradicional de unitarios y federales: el partido unitario era antipático por sus arranques soberbios de exclusivismos y supremacía, y el federal se apoyaba en las masas populares y expresaba sus instintos. La minoría ilustrada que ahora detenta el poder a espaldas del pueblo hereda el ímpetu de cultura europeizada del primero, con desdén por el conglomerado de una clase media sin ideologías coherentes y de una clase proletaria o plebeya que todavía no exige su papel político.

De esta forma, en este periodo el poder corresponde naturalmente al viejo patriciado compuesto por familias tradicionales, dueñas de la tierra y de la cultura, porque los únicos elementos aptos para el gobierno eran los representantes del patriciado, pues entre ellos y los gauchos mestizos y analfabetos no había entonces clases ni grupos intermedios. Con la llegada del aluvión inmigratorio, la oligarquía estaba convencida de que no tenía frente a ella una oposición organizada, sino más bien una masa heterogénea.

2.1.- El liberalismo conservador.

Hacia 1880 se advierte que el país ha sufrido una transformación profunda. En el campo político social se evidencia un nuevo divorcio entre las masas y las minorías. Las masas han cambiado su estructura y fisonomía, producto de la oleada inmigratoria; las minorías han cambiado de significación y de actitud frente a ellas y a los problemas del país.

El conglomerado criollo-inmigratorio, dotado de impulsos económicos y sociales más vigorosos que los de la antigua masa criolla, se acomodaba poco a poco en el seno de la sociedad creando un proletariado y una clase media. Ello repercutió en la posición de la elite. Hasta entonces sus miembros constituían una aristocracia republicana; poseían la tierra pero no obtenían de ella sino limitadas ganancias que bastaban para mantener su posición en una sociedad de bajo nivel de vida. Ahora la situación cambiaba: el trabajo

del conglomerado criollo-inmigratorio comenzó a beneficiarla en gran medida, ya que la elite era la poseedora del capital que esas fuerzas productoras necesitaban para vivir y desarrollar sus aspiraciones.

De esta forma, el mismo proceso que conformaba una clase media y un proletariado con el conglomerado criollo-inmigratorio, transformaba a la antigua y austera elite republicana en oligarquía⁷⁵ capitalista.

Más homogénea, la elite definió pronto su posición. Como ya se mencionó, un sentido de aristocracia, de superioridad social, comenzó a aflorar en los hombres de la generación directora de 1880; la conciencia del abismo que los separaba de ese conjunto heterogéneo que estaba por debajo de ellos robusteció su certidumbre de que eran de distinta condición, hijos auténticos del país y amos del suelo. Pero, al mismo tiempo, se robusteció en ellos cada vez más la convicción de que tenían un derecho incuestionable a beneficiarse, como clase patricia, con la riqueza que el conglomerado criollo-inmigratorio creaba, multiplicando las posibilidades de sus propios bienes, antes improductivos. La riqueza fue la nueva ambición. Los hábitos austeros de un Mitre o un Sarmiento comenzaron a parecer inapropiados para la grandeza material que alcanzaba el país, y la fiebre del lujo, de la ostentación y del poderío económico comenzó.

En lo económico las clases dirigentes mantuvieron con firmeza sus convicciones liberales, en las que veían el signo de la civilización a la europea; mientras que en lo político, los miembros de la nueva oligarquía tendieron a cerrar su círculo y a defender sus privilegios. El liberalismo fue para ellos un sistema de conveniencia deseable, pero pareció compatible con una actitud conservadora. La oligarquía consideró que el poder público le correspondía por derecho y que, más aun, era patriótico no abandonarlo en manos de los hombres que surgían del conglomerado criollo-inmigratorio. De esta forma, adoptaron una política de liberalismo conservador, de la cual se benefició el país, pero mucho más lo hizo la oligarquía.

2.2.- Los principios del liberalismo conservador.

La evolución de la elite republicana hacia una organización cada vez más oligárquica fue acelerada. El apoyo prestado por Sarmiento a Avellaneda y el que otorgara Avellaneda a Roca respondían a la creencia

⁷⁵ Oligarquía es una forma de gobierno impura o degenerada, que corresponde a la corrupción de la aristocracia. La clasificación de Aristóteles en formas puras e impuras (clasificación para la cual utiliza a la vez un criterio cuantitativo según el número de los gobernantes, y otro cualitativo según que quienes gobiernan lo hagan para el bien común o para un bien parcial o particular) distingue la aristocracia: el gobierno de los mejores, de la oligarquía: gobierno de un grupo en beneficio de los ricos. Bidart Campos (1977:48) opina que el periodo argentino rotulado como oligárquico habría sido, más bien, aristocrático, por lo menos en cuanto la clase gobernante se suponía como la mejor dotada o capacitada para gobernar. No habría sido, en cambio, oligárquica, porque, según este autor, su proyecto no iba intencionalmente dirigido a promover exclusivamente el bien de la clase poseedora de riqueza, sino el progreso general, sin excluir deliberadamente a los trabajadores y sin impedir el ascenso de la clase media. Sin embargo, Romero sostiene que con esa política “*Ganó el país; pero mucho, muchísimo más ganaron los usufructuarios del poder*” (Romero, 2004:190), y ese mayor beneficio no fue casual.

de que con ellos se continuaba una misma tradición política. En parte, era cierto: la tradición liberal se perpetuaba en algunas de sus formas. Pero se introducían profundas variaciones.

Formados en el culto de las doctrinas que habían servido de base a la organización del país, los hombres de 1880 habían saturado su espíritu de liberalismo. Con el tiempo, sin embargo, esta tendencia liberal tomó otro camino. Había que transformar al país, pero desde arriba, sin tolerar que el alud inmigratorio arrancara de las manos patricias el poder. Y esta actitud suscitó una contradicción entre los ideales liberales y los ideales democráticos. Ante el empuje de la Argentina aluvial, el liberalismo adoptaba una actitud conservadora.

Así, sin renunciar a sus ideales progresistas, la oligarquía pretendió sustraerse al proceso de renovación social que se estaba operando en el país. Su propósito fue deslindar lo político de lo económico, acentuando en este último campo el espíritu renovador en tanto que contenía, en el primero, todo intento de evolución. De esta forma, recorrió un doble camino: liberal hasta sus últimas consecuencias en el plano económico y estatal, y estrechamente conservadora en el plano político. Es decir que solo en lo político fue donde los viejos ideales del liberalismo cayeron vencidos por los intereses de clase, ya que la oligarquía aprendió que si lograba retener el poder, podía esperar ventajas importantes y prometedores privilegios. Esta actitud política fue abonada por la justificación del patriotismo.

La doctrina conservadora en lo económico tuvo tres características: librecambismo, sujeción a los intereses del mercado internacional que absorbía nuestra producción agropecuaria, y defensa del crédito.

Los principios del liberalismo no podían subsistir en sus formas tradicionales. A los ojos de la naciente oligarquía era necesario colocar al país en la corriente del progreso económico que caracterizaba por entonces a Europa (Romero, 2004:192). En ese sentido, los hombres de la generación del 80 siguieron los principios de la política civilizadora cuyo más brillante paladín había sido Sarmiento. Para seguir impulsándola al ritmo de los tiempos era inevitable entrar en el torbellino que se formaba en el mundo occidental al compás del desarrollo industrial y capitalista. Europa y los EEUU se habían lanzado a la carrera del desenvolvimiento técnico, y civilizar quería decir ahora imponer la civilización técnica. La vieja fórmula sarmientina fue traducida ahora con amplia libertad y según los términos contemporáneos, abriendo las puertas de la nación al capital extranjero, introduciendo el país en el mercado internacional, poblando los campos y las ciudades con hombres venidos de todas partes del mundo. Y el país comenzó a tornarse cosmopolita por obra del liberalismo ilustrado de su nueva oligarquía, y con olvido o desprecio de la masa popular.

Es así que, imposibilitado de adquirir de inmediato la capacidad industrial necesaria como para alcanzar por sí el grado de progreso material que cada generación pretendía, el país tenía que apresurarse (según los espíritus renovadores) a entrar en relación con las potencias que podían proveernos de los elementos

necesarios para promover nuestro desarrollo y abastecernos de productos manufacturados. Ello sería el resultado de una integración económica en cuyo juego Argentina debía ingresar como proveedora de materias primas de algunas de las grandes potencias industriales.

Con ello, Argentina ingresaría en la órbita del mercado mundial. Eran tales las ventajas de ese paso, que fue dado resueltamente por las minorías dirigentes. De esta forma, Argentina entró de lleno en el área económica de Inglaterra. Para el intercambio, adoptó una política resueltamente librecambista, a pesar de la opinión y de las demandas de los pequeños grupos industriales⁷⁶.

Los ajustes que se debieron realizar en la estructura productiva para adecuarse a las demandas del mercado no significaron para el sector agropecuario una modificación de las pautas habituales de inversión. La posibilidad de agregar tierras y trabajo a bajo costo⁷⁷ explica la relativa facilidad con que se realizaron esas modificaciones, y también porque esos mismos cambios pudo hacerlos el mismo grupo tradicional. Como no se modificaron los patrones de inversión el fenómeno no implicó la necesidad de un cambio en la mentalidad de la elite que dirigió el proceso ni eventualmente un cambio del mismo grupo.

Estas minorías, al tiempo que se enorgullecían del acelerado progreso que alcanzaba el país, se enriquecían con la valorización de sus tierras y con la exportación de sus productos. La gran riqueza de la oligarquía era la tierra, de la que sus miembros poseían vastísimas extensiones. La labor que realizó desde el gobierno, con el fin de modernizar el país e incorporar a él los adelantos técnicos, estuvo estimulada y dirigida por el designio de procurar la valorización de esas extensiones. Así, se comenzó a estimular la inmigración⁷⁸ y se empezaron a construir numerosas obras públicas, procurando que los beneficios de tales medidas recayeran sobre aquellas tierras (Romero, 2004:198).

Para lograr los resultados que buscaba la elite se prescindió de un plan sistemático y no hubo vacilación alguna en conceder a los capitales extranjeros ventajas inmoderadas que comprometían el patrimonio nacional⁷⁹. En los hombres de 1880 primaba un esencial optimismo acerca del destino nacional y entonces

⁷⁶ En las actividades industriales argentinas se chocaba con la competencia de la manufactura importada y el disfavor general de la sociedad. La falta de protección aduanera condujo a que, en su mayor parte, la manufactura local no pudiera pasar de niveles muy bajos de protección. La protección aduanera hubiera significado un desplazamiento de la renta del sector agropecuario, que detentaba el poder político, al industrial, al obligar al primero a comprar al segundo a un precio más elevado que el de las manufacturas importadas.

⁷⁷ El agregar tierra y trabajo a bajo costo fue posible porque existió una estructura de poder que permitió un tipo de distribución de tierras que favoreció discriminadamente a los antiguos propietarios; una política discriminatoria que alejó a los nuevos pobladores de la posibilidad de adquirir tierras; el uso del crédito público que significó verdaderas subvenciones para los sectores favorecidos.

⁷⁸ La política inmigratoria consistió en introducir cuanto antes el mayor número posible de inmigrantes. Los innumerables problemas que hubiera suscitado un plan de radicación de inmigrantes que supusiera además una selección de las actividades económicas preferibles y una distribución geográfica adecuada, fueron omitidos ante la presión de la avalancha y, de alguna manera, por el apremio de ciertos grupos económicos por poseer mano de obra barata (Romero, 1998:54).

⁷⁹ Aun así, pareció admirable la generosidad de los capitalistas que aventuraban su dinero. En 1887, Roca decía que el estado de progreso y prosperidad en que se encontraba el país se debía en gran parte, al capital inglés, “*que no tiene miedo a las distancias y ha afluído allí en cantidades considerables*” (Romero, 2004:198/199).

nada los atemorizaba, ni siquiera el asegurar altos rendimientos y ofrecer garantías algo excesivas a fin de atraer dicho capital. En efecto, la política inversora estuvo presidida por la certidumbre de que el país produciría alguna vez riquezas suficientes como para rembolsar cualquier inversión productiva sin calcular su monto. Esa confianza ilimitada en el porvenir económico del país y en la perduración de la demanda de sus materias primas, movió a acelerar las inversiones para provocar el progreso técnico del país con un ritmo que no podía ser el de las rentas que las inversiones produjeran.

Fue la oligarquía argentina quien buscó en primera instancia a capitalistas extranjeros; no fueron los capitalistas extranjeros los que invadieron Argentina. Durante muchos años, al comienzo y después de haberse iniciado el proceso de las inversiones, los inversores europeos se resistían a suministrar a Argentina los capitales que necesitaba el Gobierno argentino. Que los inversores europeos invirtieran su dinero en Argentina dependía en parte de las garantías que daban las autoridades argentinas, en parte de la responsabilidad directa de pagar que asumía el Estado, y en parte de la existencia en Argentina de una comunidad comercial británica capaz de organizar empresas como los ferrocarriles y las plantas congeladora de carne. En consecuencia, a pesar de la creencia general, el inversor británico recibía ayuda y protección del Gobierno argentino⁸⁰, no del Gobierno británico (Ferns, 1966:487).

Además, ese sector de los intereses argentinos no estaba convencido de que la comunidad argentina pudiera realizar por sí misma lo que estaban realizando los capitales extranjeros. Hay que tener presente que la opinión local decisiva era la de la clase comercial y rural, que se beneficiaba con el aumento de precio de las tierras⁸¹ y el aumento del tráfico de bienes en los mercados internacionales. Esa clase pudo haber tenido los recursos para financiar ferrocarriles y comprar bonos del Gobierno, pero ni los ferrocarriles ni los títulos públicos arrojaban suficientes beneficios para atraer la atención de esos hombres en cuyas manos estaba el capital y el poder político de la Argentina (Ferns, 1966:405).

En síntesis, de acuerdo a los ideales de progreso económico, la oligarquía descubrió que convenía a los intereses de la nación y a sus propios intereses de clase dominante el ofrecer al capital extranjero las posibilidades de realizar inversiones productivas en el país. Efectivamente, la oligarquía trabajaba por el progreso material del país, pero orientaba su acción hacia la satisfacción de sus propios intereses⁸². Sin

⁸⁰ Acaso esa ayuda resultó en algunos casos un tanto excesiva. Por ejemplo, en el caso de los ferrocarriles, no es posible sostener que a la larga se haya invertido demasiado en ellos, pues la Argentina hizo un buen uso de ellos. Pero en relación con las necesidades existentes, con la mano de obra disponible, con la productividad de las estancias y con el monto total de producción del país en aquella época, demasiadas millas de ferrocarril se construyeron en respuesta al estímulo del Gobierno (Ferns, 1966:410).

⁸¹ Para ilustrar este punto, Ferns (1966:409) sostiene que Roca y Celman eran los representantes y agentes de los intereses rurales. Sus más entusiastas sostenedores eran los que más resueltos estaban a usar el crédito y los recursos del Estado para construir ferrocarriles en el interior. Una política que, bajo la dirección de Mitre y Sarmiento y hasta de Roca, se había concebido con buen criterio como medida para unir políticamente la comunidad argentina y propender a su desarrollo económico, se convirtió durante el gobierno de Juárez Celman en una excusa para autorizar la construcción de ferrocarriles donde los amigos de la administración deseaban que se construyera.

⁸² Juan B. Justo decía en 1908 que las tierras de los grandes terratenientes se habían revalorizado muchísimo, habiendo sido compradas a precios irrisorios. “*Ha hecho propaganda inmigratoria pagando agentes en Europa con el dinero del pueblo para atraer obreros que cultivaran sus campos y rebajar sus salarios ...*” (Romero, 2004:201).

embargo, sin el auxilio del capital foráneo y de la inmigración, posiblemente el salto hacia el desarrollo no se hubiera dado, o por lo menos no hubiera tenido el brío y el ímpetu que colocó a Argentina en un buen nivel de competencia internacional (Bidart Campos, 1977:48). Pero a la oligarquía le faltó austeridad para orientar sus pasos en la dirección única del interés general del país (Romero, 2004:197). De este modo, no vaciló en desvirtuar sus antiguos ideales en beneficio de sus nacientes privilegios.

2.3.- La crisis de la oligarquía.

El divorcio entre los principios liberales y los principios democráticos condujo a la oligarquía a la crisis. Su actitud frente al conglomerado criollo-inmigratorio debilitaba poco a poco sus cimientos. Así, volvió a florecer en el seno de la oligarquía el pensamiento liberal, saturado de comprensión democrática. Para muchos comenzó a ser insostenible el divorcio entre el progreso y la democracia.

De esta forma, se debilitó la conciencia de clase y se abrió una brecha en la estructura ideológica que la sustentaba. El clamor exigía la sanción de una ley que perfeccionara el sistema electoral y Roque Sáenz Peña se dispuso a satisfacer esa exigencia. En cuanto entró en funcionamiento el nuevo instrumento electoral, la oligarquía perdió posiciones y en 1916 llegaba a la presidencia el candidato radical, Hipólito Yrigoyen. Pero la tradición liberal no se perdió completamente, ya que estaba incluida en ciertos aspectos del programa del radicalismo.

3.- El gobierno radical.

En 1916 el liberalismo político del radicalismo adquirirá color propio con el nacionalismo de Yrigoyen; con la defensa del catolicismo; con la intervención estatal en la economía; con la neutralidad internacional, etc. Pero a la vez retendrá marcados rasgos del régimen inaugurado por Roca: personalismo, caudillismo, fuerte influencia del presidente, fidelidad de los notables del gobierno, sugestión centralizada.

Dentro del nuevo gobierno quedaron descartados los grupos oligárquicos tradicionales y ocuparon los puestos de comando hombres nuevos que, en general y salvo excepciones, estaban desligados de los intereses conservadores. Sin embargo, la oligarquía ni estaba vencida ni quedó totalmente fuera del control del Estado. En las filas de la UCR formaban muchos hombres vinculados a la riqueza agropecuaria del país, representantes de los intereses de su clase y que, inevitablemente, debían entibiar la acción económica y social del nuevo gobierno.

Si bien Yrigoyen llevaba al gobierno la antigua hostilidad del radicalismo contra la oligarquía, él mismo y cierta parte de su partido pertenecían a la vieja oligarquía, participaban, en principio, de las ideas generales

del liberalismo y carecían de una política económica y social renovadora como la que confusamente parecían esperar ciertos sectores del radicalismo. Sin embargo, frente a la ofensiva que había desencadenado el imperialismo extranjero en el país, Yrigoyen afirmó los principios del nacionalismo económico y la necesidad urgente de defender el patrimonio nacional. Este pensamiento lo llevó a procurar un régimen de seguridad para la explotación de los yacimientos petrolíferos, régimen por el cual debía conferírsele al Estado el monopolio de su explotación y comercialización. Esta actitud estaba guiada, en parte, por cierta prevención contra la política económica de los EEUU, prevención que efectivamente tenía Yrigoyen y muchos hombres prominentes del radicalismo. Estaba movida, además, por una arraigada convicción acerca de la necesidad e acrecentar la ingerencia del Estado en la vida económica.

Marcelo T. de Alvear no tardó en distanciarse de Yrigoyen una vez que se hizo cargo del poder en 1922. No estaba dispuesto a tolerar que, por sobre su autoridad constitucional, se hiciera sentir la del jefe del partido (Yrigoyen), y le repugnaban los métodos seguidos por su antecesor para dominar todas las ramas del poder⁸³. Pero Alvear era, por sus convicciones y por su formación, un heredero del liberalismo conservador.

En la segunda presidencia de Yrigoyen las líneas de su política fueron, en general, las mismas que las de su primer gobierno, acentuadas quizás en algunos aspectos, como por ejemplo en su nacionalismo económico, puesto de manifiesto en las enérgicas palabras que dirigió al presidente de los EEUU, Herbert Hoover, acerca del intervencionismo.

4.- Argentina-Gran Bretaña-EEUU y los intereses de la elite.

La Argentina liberal vive de cara a Europa. Dos impactos principales provenientes de dicho continente inciden fuertemente en nuestro medio: la recepción de la cultura europea, expresada ideológicamente en el liberalismo, y la inmigración. En la elite dominante y dirigente, se ha llegado a hablar de una alineación cultural, provocada por la imitación del liberalismo positivista de cuño pragmático y laicista. Ningún pueblo de habla española se despojó como el nuestro en forma tan intensa de su carácter ingénito con el pretexto de europeizarse.

Esta oligarquía imbuida de la atmósfera europea no entraba todavía en el polo de atracción que empezaba a configurarse en torno de la gravitación de los EEUU en el continente americano. La devoción por Europa tiene, como contrapartida, el nacimiento de los primeros brotes anti-estadounidenses. Argentina no esta

⁸³ Yrigoyen exigió de sus partidarios que ocupaban funciones públicas una fidelidad rayana en la obsecuencia: así se llegó a un sistema de gobierno cada vez más centralizado, un gobierno fuertemente “personal”. Por otra parte, no faltaron ocasiones para que se repitieran las maniobras políticas, destinadas a llevar al poder a los hombres del partido que obedecían a la inspiración del presidente, acaso movido por el afán de eliminar a los representantes de la oligarquía de cuantas posiciones conservaban.

dispuesta a arriesgar sus relaciones amistosas con las potencias del viejo mundo, especialmente con Gran Bretaña, para congraciarse con los EEUU (Bidart Campos, 1977:42).

¿Por qué esta relación especial con Gran Bretaña? Como ya se ha dicho en otros capítulos, Gran Bretaña ocupaba un lugar destacado para Argentina. Cuando se convirtió en el mejor cliente de nuestro país, dicha posición se debía principalmente a las grandes compras de carne, trigo y maíz. Pero mientras solo el 10% del maíz y el 34% del trigo exportados por Argentina iban a Gran Bretaña, el 76% de todas las exportaciones de carne argentina se vendían a dicha potencia y, más específicamente, el 54% de la carne bovina congelada y casi la totalidad de la enfriada eran exportadas a Gran Bretaña (Fodor y O'Connell, 1973:11).

De esta forma, la dependencia argentina del mercado británico era solo modesta respecto a otros productos, pero era muy significativa en el caso de la carne, y era absoluta en lo referente a la carne enfriada.

Es importante considerar que nuestro país obtenía de las exportaciones de la carne enfriada menos del 10% del total de sus entradas de divisas. En consecuencia, esa dependencia absoluta del mercado británico no implicaba en principio un elemento de gran debilidad en sus relaciones con Gran Bretaña. No obstante, de esa industria y, por lo tanto, de su prosperidad, dependían poderosas empresas⁸⁴ y, principalmente, un grupo social clave en Argentina. EEUU, en cambio, nunca pudo poner bajo su esfera de influencia a ningún grupo social significativo, consecuencia de los altos gravámenes a la importación de carne y otros productos agropecuarios, a lo cual en el caso de la carne refrigerada, se añadió el embargo. Ello fue un elemento de debilidad en la posición estadounidense en Argentina.

La carne enfriada era un producto que, debido a su precio y a su gusto, tenía mercado solo en Gran Bretaña. En consecuencia, tanto los frigoríficos como los productores de ganado compartían un interés común supremo: la preservación del mercado británico, del cual dependía toda su prosperidad. Pero la Argentina en su conjunto dependía solo en una mínima parte del mercado británico de carne enfriada. Solo el formidable poder político de la clase terrateniente pudo hacer posible que gobiernos sucesivos, de tendencias diferentes, interpretaran la dependencia de dicho sector social respecto del mercado de carnes británico como la dependencia de la Nación Argentina de la suerte económica de Gran Bretaña (Fodor y O'Connell, 1973:13), como así también que incluso después de haber dejado de ser un camino para la expansión del país, el comercio de carne enfriada hubiese sido identificado con el interés nacional.

En cuanto a la dependencia de Gran Bretaña del abastecimiento argentino, nuestras exportaciones de carne constituían el 40% de su consumo de dicho producto (Fodor y O'Connell, 1973:11).

⁸⁴ El procesamiento y el transporte de la carne estaban controlados por un grupo de firmas navieras y de frigoríficos principalmente extranjeros, agrupados en un "pool" para distribuirse entre ellos las cuotas del mercado británico de carne vacuna refrigerada.

Otro aspecto de la relación especial entre Gran Bretaña y la Argentina lo constituye la inversión de capital inglés en préstamos públicos, ferrocarriles y otros servicios públicos. Como ya se mencionó en capítulos anteriores, existía una importante corriente de intereses, beneficios y amortizaciones producto de esas grandes inversiones británicas en nuestro país.

En síntesis, desde el punto de vista argentino, la relación especial entre Argentina y Gran Bretaña se circunscribía fundamentalmente a la cuestión de la carne enfiada y a los intereses de las firmas a ella vinculadas y de la oligarquía terrateniente. Desde la perspectiva británica, se trataba principalmente de los ferrocarriles y de su significado como fuente de poder financiero.

Esa tendencia se seguirá incluso cuando la oligarquía ya no detentaba directamente el poder político. Yrigoyen, nacionalista y antioligárquico, era también considerado antibritánico. Sin embargo, sus partidarios en el Congreso presentaron un proyecto que hubiera concedido tratamiento preferencial a Gran Bretaña y, además, a fines de 1928 el propio Yrigoyen informó a los británicos que una misión económica sería bienvenida al país. En realidad, era el temor al dominio estadounidense lo que lo había llevado a esta nueva posición. La crítica al intervencionismo estadounidense en América Latina había sido una constante de su política exterior. Y cuando las empresas estadounidenses estaban apoderándose de grandes firmas británicas en la Argentina, Yrigoyen temía que también el país pudiera sufrir el imperialismo del dólar. De esta forma, la oligarquía (afectada por el proteccionismo estadounidense y temerosa de la instauración de la preferencia imperial) y el populismo nacionalista (temeroso del poder del dólar) habían terminado concordando en una posición común en la política comercial.

La tendencia hacia un desplazamiento de la influencia económica inglesa por la estadounidense era en parte contrarrestada debido a que el vínculo comercial con Inglaterra era muy fuerte⁸⁵ y no podía disolverse con facilidad por la futura dependencia entre los dos países. Además, a la Argentina le resultaba muy difícil acceder con su producción agropecuaria al mercado estadounidense. Teniendo en cuenta la estructura del poder económico interno, hegemonizado por los estancieros de la pampa húmeda, esta situación fue siempre una fuente de conflictos.

Se puede deplorar las consecuencias que tuvo para Argentina y también para Gran Bretaña el tipo de relaciones que desarrollaron los intereses comerciales y rurales argentinos en conjunción con los intereses financieros, industriales y comerciales de Gran Bretaña. Si, durante un largo periodo del pasado, Argentina tuvo una estructura industrial débil y de estrecha base, ello se debió a la concentración de los esfuerzos de Argentina en la empresa agrícola y ganadera y en la producción agrícola-ganadera. El poder político y la influencia decisiva sobre la política argentina correspondió a los intereses que más tenían que ganar con tal concentración.

⁸⁵ Hacia 1929, el mercado británico absorbía el 76% del total de las exportaciones argentinas de carnes, un tercio de las de trigo y el 10% de las de maíz. Estas exportaciones representaban el 40% del consumo británico de carnes y porcentajes igualmente relevantes del consumo de varios productos agrícolas (Rapoport, 1994:188).

5.- La orientación de la política exterior de la elite gobernante respecto a Gran Bretaña, EEUU y América Latina.

Dentro de las constantes que habían regido por décadas las decisiones en el campo diplomático figuran el enfrentamiento con EEUU, aislamiento respecto de América Latina y el europeísmo o afiliación a la esfera de influencia británica (Paradiso, 1996:15).

Quienes formaron parte de la elite que condujo los destinos de la Argentina durante los primeros años bajo estudio coincidían en cuanto a los resortes fundamentales del progreso material, pero en el plano externo existían diferencias que giraban en torno de la ecuación europeo-americana. Se le dio la espalda al continente en beneficio de las relaciones con Europa. En efecto, a principios del siglo XX, Pellegrini, reiterando enfáticamente la prioridad de la opción atlántico-europea, sostenía que *“nuestros intereses políticos y económicos no están en el Pacífico. Todo nuestro porvenir, todos nuestros intereses morales y materiales, todo nuestro engrandecimiento y progreso se relacionan solo con los pueblos que baña el Atlántico”* (Paradiso, 1996:16).

Pero mientras los mercados marcaban los perfiles de una relación privilegiada y cada vez más excluyente con Europa, la agenda diplomática se mantuvo principalmente en el ámbito territorial inmediato debido a un conjunto de litigios limítrofes que más de una vez llevaron al borde de la guerra y alentaron carreras armamentistas que interferían en la evolución económica.

De esta forma surgieron las dos grandes corrientes en que se dividía la dirigencia respecto de los temas de la política exterior, y los intereses internos se alineaban detrás de una u otra posición. Por un lado, aquellos cuyos negocios dependían del mantenimiento del orden y la tranquilidad pública; del otro, los que podían beneficiarse de los suculentos contratos impulsados por las carreras armamentistas. En virtud de los resultados de la expansión económica, predominaron los enfoques de quienes privilegiaban el resguardo celoso de las condiciones más propicias para el desarrollo material, muchos de los cuales, al igual que Alberti, identificaban política exterior con política comercial.

Dentro de estos criterios, no resulta extraño que existieran prevenciones respecto de las posiciones de Washington y el antagonismo hacia los proyectos destinados a conformar una unión aduanera continental impulsados por EEUU. Cuando se realizó la primera conferencia panamericana, La Prensa reflejaba el pensamiento de la mayoría de los hombres de Buenos Aires: *“No sabemos a qué título ni con qué motivo habríamos de constituirnos en tributarios de la gran República para renunciar al crédito, a la inmigración y a los capitales que vienen de Europa a servir al desarrollo de la riqueza del país. No puede concebirse el plan que propone Estados Unidos a naciones que han vivido casi sin relaciones comerciales”* (Paradiso, 1996:21).

Por su parte, durante la conferencia, Roque Sáenz Peña sostuvo que *“El comercio lo impone el interés y lo mantienen los provechos ... no basta pues que nosotros nos saludemos como amigos y nos estrechemos como hermanos para desviar o comunicar corrientes que no están en nuestras manos dirigir”* (Paradiso, 1994:21).

El problema comercial no era el único punto. La mayoría de la dirigencia porteña no ocultaba su recelo frente a las actitudes políticas de EEUU y la implicancia unilateral y hegemónica de la Doctrina Monroe.

En cuanto a la actitud de la política exterior argentina en relación al resto del subcontinente, el aislacionismo respecto de América Latina era, más que una característica local, el patrón de relaciones adoptado por todos los países de la región en una época de vinculaciones radiales con los mercados centrales e inserción en la división internacional del trabajo. Dicho patrón se modificaría a medida que se alteraran las condiciones imperantes en la economía mundial.

Sin embargo, a fines del siglo XIX existía por parte de la diplomacia argentina un creciente interés por los países latinoamericanos, interés que comenzaba a superar las tradicionales prevenciones contra los proyectos continentales. No obstante, Mitre comentaba en 1880 respecto a una eventual reconstitución del Virreinato del Río de la Plata que si alguna vez ello sucedía sería por gravitación propia, como se habían unificado Alemania e Italia por sus afinidades, y no por combinaciones artificiales ni por la acción violenta. Pero no podía anticiparse lo que solo podía ser obra del tiempo y de la mutua atracción.

La política exterior del periodo de gobierno radical se caracterizó por la neutralidad argentina durante la primera guerra, a pesar de las presiones ejercidas por las potencias extranjeras. En la posguerra, para la composición de la Liga de las Naciones, Yrigoyen planteó eliminar todo tipo de distinción entre naciones beligerantes y neutrales; conformar una liga sobre la base de que todas las naciones debían estar en pie de igualdad; que la Asamblea fuera integrada por cada nación un voto, con el mismo peso para cada nación.

Otro aspecto de la política exterior del gobierno de Yrigoyen fue la relación bilateral existente entre EEUU y Argentina. En base a documentos secretos del Departamento de Estado estadounidense, o del Foreign Office de Gran Bretaña, Storani (1996:35) sostiene que existía un extraordinario respeto hacia la política de Yrigoyen respecto a la neutralidad durante la primera guerra, a pesar de que sin duda las potencias hubieran preferido una alianza incondicional de la Argentina. El embajador estadounidense en Buenos Aires, en información enviada a su país se manifestó con un permanente respeto hacia la actitud del gobierno argentino y recomendó no tener políticas agresivas porque no sabía cual podía ser la reacción del gobierno argentino. Storani concluye que no existió un prejuicio antiargentino desde el punto de vista comercial por el hecho de su neutralidad durante la primera guerra (Storani, 1996:36).

De esta forma, no fue la política de neutralidad argentina el motivo del deterioro de las relaciones entre Argentina y EEUU, sino la política proteccionista estadounidense, que causó un enorme perjuicio a los intereses argentinos.

6.- Conclusiones del Capítulo III.

La elite que imprimió sus ideas en los distintos ámbitos de la vida nacional, era muy homogénea en cuanto a su ideología, saturada de liberalismo. Era la clase más rica y poderosa, tanto por la riqueza en sí que detentan como por su status e influencia sociales. Perteneían a ella los terratenientes o hacendados, la burguesía comercial urbana, políticos, profesionales, hombres intelectuales y cultos. Así, no fue una clase constituida por un tipo exclusivo de hombres.

Hijos de padres ilustres, creyeron que merecían la dirección política del país por derecho e, incluso, que era patriótico no abandonarlo en manos de los hombres que surgían del conglomerado criollo-inmigratorio. También consideraban que les correspondía por derecho natural una parte de las ganancias que el país obtenía gracias al esfuerzo de dicho conglomerado. En efecto, poco a poco este conglomerado va creando un proletariado y una clase media, beneficiando en gran medida a la antigua y austera elite republicana que era la poseedora de vastas extensiones de tierra, y la va transformando en una oligarquía capitalista. Un sentimiento de superioridad social comenzó a aflorar en la elite, consciente del abismo que los separaba de ese conjunto heterogéneo que estaba por debajo de ellos. De esta forma, la riqueza fue su nueva ambición.

Así ejercieron no solo el poder político sino también llevaron a cabo la promoción y el crecimiento del país. La prosperidad que comenzaba en el país suscitó un cierto conformismo que no les permitió descubrir los cambios que se avecinaban. En su lugar, dieron por sentado que el progreso no necesitaba una constante corrección del rumbo.

Se trataba de una forma política de dirigencia que burlaba la participación popular. En efecto, al igual que la doctrina dieciochesca del despotismo ilustrado, la elite busca la ilustración, pero no se preocupa por la participación ni el consentimiento popular. Asociaban la sabiduría al poder con el propósito de desarrollar una política que beneficie al pueblo, pero sin la colaboración del pueblo. Civilizar al pueblo implicaba despojarlo de los hábitos criollos para infundirle un estilo que, adoptado de Europa, se consideraba el ápice del progreso. Las formas criollas de vida eran consideradas anacrónicas y reacias a aquel progreso y, por eso, se propusieron sustituirlas por las que ellos, hombres ilustrados, consideraban representativas de la civilización. Pero el poder político correspondía a las familias tradicionales, los únicos aptos para el gobierno, ya que entre ellos y los gauchos analfabetos no había entonces grupos intermedios, y los componentes inmigratorios eran una masa heterogénea que no representaba una oposición organizada.

En consecuencia, la elite mantuvo sus convicciones liberales en lo económico, consideradas por ellos como el signo de la civilización a la europea. En lo político, en cambio, tendieron a cerrar su círculo y a defender sus privilegios. De esta forma, adoptaron una actitud de liberalismo conservador de la cual se benefició el país, pero muchísimo más se beneficiaron los miembros de la oligarquía.

De acuerdo a la nueva oligarquía, para transformar el país era necesario colocarlo en la corriente del progreso económico que caracterizaba por entonces a Europa. En consecuencia, se introdujo al país en el mercado internacional, se abrieron las puertas de la nación al capital extranjero y a la inmigración. Según la elite, el país debía entrar en relación con las potencias que podían proveernos de todo lo necesario para promover nuestro desarrollo. Para ello, Argentina debía actuar como proveedora de materias primas de las grandes potencias industriales. Así, nuestro país entró de lleno en el área económica de Gran Bretaña adoptando una política librecambista a pesar de las demandas de los pequeños grupos industriales.

Mientras el país progresaba, la elite se enriquecía con la valorización de sus vastas extensiones de tierra (que la estructura de poder existente permitió que acumularan) y la exportación de sus productos. La labor que realizó desde el gobierno, con el fin de modernizar el país, estuvo estimulada y dirigida por el designio de procurar dicha valorización. De esta forma, se estimuló la inmigración y se construyeron obras públicas, procurando que los beneficios de esas medidas recayeran sobre aquellas tierras.

Para alcanzar sus objetivos, los miembros de la elite no vacilaron en conceder a los capitales extranjeros ventajas inmoderadas. La elite tenía una confianza ilimitada en el futuro económico del país y en la perduración de la demanda de sus materias primas, y no los atemorizaba el asegurar altos rendimientos y ofrecer garantías algo excesivas a fin de acelerar las inversiones. Así, el inversor británico recibía ayuda y protección del Gobierno argentino, no del Gobierno británico, ya que la elite no creía que la comunidad argentina pudiera realizar lo que estaban haciendo los capitales extranjeros.

En consecuencia, la oligarquía trabajaba por el progreso material del país, pero orientaba su acción hacia la satisfacción de sus propios intereses. Sin embargo, sin el capital extranjero y la inmigración, quizás el progreso no hubiera ocurrido o no hubiera tenido el ímpetu que tuvo. No obstante, a la oligarquía le faltó austeridad para orientar sus pasos en la dirección única del interés general del país y no vaciló en desvirtuar sus antiguos ideales en beneficio de sus nacientes privilegios.

Incluso durante el periodo radical la tradición liberal no se perdió totalmente. Si bien dentro del nuevo gobierno quedaron descartados los grupos oligárquicos tradicionales, en la UCR formaban muchos hombres vinculados a la riqueza agropecuaria que entibiaban la acción económica y social del nuevo gobierno. Yrigoyen mismo y cierta parte de su partido pertenecían a la vieja oligarquía y participaban, en principio, de las ideas generales del liberalismo, además de carecer de una política económica y social renovadora.

Sin embargo, ante la ofensiva imperialista extranjera en el país, Yrigoyen afirmó los principios del nacionalismo económico y la necesidad de defender el patrimonio nacional. Esta actitud estaba guiada, en parte, por cierta prevención contra la política económica y el intervencionismo de los EEUU.

Debido a todas estas circunstancias, la Argentina liberal vive de cara a Europa, recibiendo el impacto de su cultura, expresada ideológicamente en el liberalismo, y la inmigración, y no entraba todavía en el polo de atracción que empezaba a configurarse en torno de la gravitación de los EEUU en el continente americano. Argentina no está dispuesta a arriesgar sus relaciones amistosas con Gran Bretaña para congraciarse con los EEUU.

Esta relación especial de nuestro país con la potencia europea estaba marcada por nuestras exportaciones de carne hacia dicho destino, especialmente de la carne enfriada, ya que la totalidad de dichas exportaciones iban al mercado inglés. Sin embargo, las entradas de divisas por dichas exportaciones no eran tan significativas. En consecuencia, esa dependencia absoluta del mercado británico no implicaba en principio un elemento de gran debilidad en sus relaciones con Gran Bretaña. No obstante, de esa industria dependían poderosas empresas y, principalmente, un grupo social clave en Argentina. Los Estados Unidos, en cambio, nunca pusieron bajo su esfera de influencia a ningún grupo social significativo en Argentina, consecuencia del proteccionismo que practicó respecto de la carne y otros productos agropecuarios. Ello fue un elemento de debilidad en la posición estadounidense en Argentina.

En consecuencia, tanto los frigoríficos como los productores de ganado compartían un interés común supremo: la preservación del mercado británico. Pero la Argentina en su conjunto dependía solo en una mínima parte del mercado británico de carne enfriada. Gracias al formidable poder político de la clase terrateniente, los distintos gobiernos interpretaron la dependencia de dicho sector social respecto del mercado de carnes británico como la dependencia de la Nación Argentina de la suerte económica de Gran Bretaña. Esa tendencia se seguirá incluso durante los gobiernos radicales. Fue el temor al imperialismo económico estadounidense lo que llevó a los radicales a coincidir con la oligarquía en la política comercial.

Después de la primera guerra, la tendencia hacia un desplazamiento de la influencia económica inglesa por la estadounidense era en parte contrarrestada debido al fuerte vínculo comercial con Inglaterra que no podía disolverse con facilidad. Pero principalmente a la Argentina le resultaba muy difícil acceder con su producción agropecuaria al mercado estadounidense. Considerando los intereses de la elite gobernante, esta situación fue siempre una fuente de conflictos.

En política exterior, la elite gobernante se mantuvo dentro de las constantes que habían regido por décadas las decisiones en el campo diplomático: enfrentamiento con EEUU, aislamiento respecto de América Latina y europeísmo o afiliación a la esfera de influencia británica. Efectivamente, la elite gobernante le dio la espalda al continente en beneficio de las relaciones con Europa. De allí venía la inmigración que poblaba el

desierto argentino, los capitales que invertían y modernizaban el país, incluso las ideas y la cultura. Mientras tanto, los litigios limítrofes marcaban la agenda diplomática.

Dentro de estos criterios, es natural que existiera un antagonismo hacia los proyectos destinados a conformar una unión aduanera continental impulsados por EEUU. Además, la mayoría de la elite gobernante era recelosa frente a las actitudes políticas de EEUU y la implicancia unilateral y hegemónica de la Doctrina Monroe.

En cuanto a América Latina, el aislacionismo respecto del subcontinente no era una característica argentina sino el patrón de relaciones adoptado por todos los países de la región en una época de vinculaciones radiales con los mercados centrales e inserción en la división internacional del trabajo.

La política exterior del radicalismo se caracterizó por la neutralidad argentina durante la primera guerra y el planteo de que todas las naciones debían estar en pie de igualdad. No existió un prejuicio antiargentino desde el punto de vista comercial por esa actitud. De esta forma, no fue la política de neutralidad argentina el motivo del deterioro de las relaciones entre Argentina y EEUU, sino la política proteccionista estadounidense, que causó un enorme perjuicio a los intereses argentinos.

Por todo lo expuesto, más que su ideología en sí, parecería que fueron los intereses de la elite, sustentados en una ideología conveniente a ellos (y de la cual tomaron solo la parte que les resultaba beneficiosa), lo que afectó las estrategias de vinculación externa del país.

Conclusiones.

En este trabajo se buscó explicar las estrategias de vinculación internacional de Argentina entre los años 1880 y 1930. Para ello se consideraron tres factores: las relaciones económicas internacionales argentinas, los intereses políticos y económicos de Gran Bretaña y Estados Unidos, y la ideología de la élite gobernante.

En el periodo bajo estudio, Europa era nuestro principal socio comercial e inversor. Dentro de Europa, Gran Bretaña ocupaba un lugar predominante. Estados Unidos solo tomó relevancia como nuestro proveedor en la guerra y posguerra, mientras que como nuestro cliente nunca alcanzó la relevancia que tenía Gran Bretaña para Argentina. En cuanto a las inversiones y préstamos, recién al finalizar el periodo bajo análisis este país alcanzó cierta relevancia. Por último, América Latina tuvo cierta importancia en el comercio exterior argentino, pero solo a fines del siglo XIX y luego decreció.

De esta forma, las relaciones económicas internacionales de Argentina (su patrón de comercio, pero principalmente las inversiones y préstamos extranjeros) serían una de las razones por las cuales Argentina adoptaría una estrategia de vinculación internacional europeísta (y dentro de Europa, con Gran Bretaña en particular), más que una americanista o latinoamericanista.

Asimismo hay que considerar que en este periodo Argentina era muy dependiente de su comercio exterior. Es más, los capitales invertidos en ferrocarriles, el sector rural, gran parte de la industria y los servicios correspondían a actividades vinculadas con la exportación. De hecho, el crecimiento anterior a 1930 fue generado por las exportaciones. Esa dependencia del comercio exterior y de los capitales extranjeros hizo que Argentina fuera particularmente susceptible a influencias económicas externas.

Las economías periféricas como la de Argentina se incorporan a la economía mundial dentro de la conformación determinada casi exclusivamente por los modelos de integración de las economías centrales. Estos modelos centrales difieren entre sí y el modelo de integración de cada país periférico está restringido al que le determine el centro dentro de cuya esfera de influencia se encuentre.

En este periodo, las economías centrales relevantes para Argentina eran Gran Bretaña y Estados Unidos. La economía británica se apoyaba en el libre comercio y el comercio exterior mediante la división internacional del trabajo en base a las ventajas comparativas, ya que tenía necesidades de materias primas y de alimentos que no podía cubrir internamente. Además tenía relaciones con el mundo subdesarrollado de ultramar desde un siglo antes. Esos mercados eran aún más relevantes para Gran Bretaña si también se considera el aspecto financiero. Estados Unidos, en cambio, practicó un cerrado proteccionismo.

De esta forma, desde el punto de vista económico, la vinculación de Argentina con Gran Bretaña resultaba más natural, ya que dicha potencia se encontraba abierta para recibir nuestros productos, al contrario de Estados Unidos. Además, Argentina y Estados Unidos eran competidores comerciales en las mismas mercaderías y en los mismos mercados debido a que sus economías no eran complementarias, como sucedía con Gran Bretaña. El vínculo entre Argentina y Gran Bretaña se reforzaba principalmente considerando el aspecto financiero. Los “ingresos invisibles” eran muy relevantes para la potencia mencionada, y esas inversiones constituían los capitales con los cuales Argentina lograba su progreso.

Incluso cuando comenzaba el desplazamiento de la influencia económica británica por la estadounidense, el vínculo con Gran Bretaña siguió siendo muy fuerte (principalmente el financiero y el relacionado con las carnes), y no podía disolverse debido a la dificultad que tenían los productores argentinos de acceder al mercado estadounidense. En términos económicos, Estados Unidos no tenía un gran interés en Argentina, mientras que nuestro país veía un gran mercado potencial en el país del norte, al cual le resultaba imposible acceder.

En el plano político, Gran Bretaña fue la potencia que se manejó con más prudencia en América Latina. Su objetivo era custodiar, mediante presiones discretas, intereses privados que sabían asegurarse apoyos locales. Por ello, su hegemonía económica casi no fue discutida en los países bajo su influencia y, de esta forma, su falta de ambiciosos objetivos políticos potenció su hegemonía económica y la vinculación de Argentina con dicha potencia.

En cambio, política e ideológicamente Argentina y EEUU estaban enfrentados, a pesar de que existió una mutua colaboración en aspectos tales como el mantenimiento de la paz en el hemisferio. En efecto, entre los oponentes al imperialismo estadounidense se destacaban los argentinos, a pesar de que no lo experimentaron directamente, y fueron los líderes de la oposición al programa de desarrollo del panamericanismo de los Estados Unidos. Además, Argentina no podía formar una unión aduanera con el resto de América cuando sus mercados, los capitales y la inmigración que recibía eran europeos. La imposibilidad argentina de penetrar en el protegido mercado estadounidense fue una roca sobre la que chocó el movimiento panamericano.

También fueron rivales en temas de doctrina. Estados Unidos no entendían a la Doctrina Monroe como un acuerdo regional, sino que sostenían que su uso cabía exclusivamente a ellos. Para los argentinos, ésto era una denegación de la igualdad soberana de los Estados.

De esta forma, los intereses políticos de Estados Unidos, como así también sus intereses económicos, o su falta de ellos en Argentina, influyeron negativamente en una posible integración de Argentina con el resto del continente bajo la forma del panamericanismo.

En cuanto al último de los factores considerados, la ideología de la elite gobernante era liberal-conservadora. Efectivamente, esta clase creyó merecer la dirección política del país por derecho y que le correspondía, también por derecho natural, una parte de las ganancias que el país obtenía. De esta forma, la elite mantuvo sus convicciones liberales en lo económico, consideradas por ellos como el signo de la civilización a la europea, y en lo político tendieron a cerrar su círculo y defender sus privilegios. En consecuencia, adoptaron un liberalismo conservador del cual se benefició el país, pero mucho más se benefició la elite gobernante.

En efecto, la elite buscó el desarrollo del país. Para ello, según sus convicciones, era necesario colocar a Argentina en la corriente del progreso económico que caracterizaba por entonces a Europa. En consecuencia, se introdujo al país en el mercado internacional, se dejó ingresar al capital extranjero y a la inmigración. Según la elite, el país debía entrar en relación con las potencias que podían proveernos de todo lo necesario para promover nuestro desarrollo. Para ello, Argentina debía actuar como proveedora de materias primas de las grandes potencias industriales. De esta forma, desde el gobierno la elite realizó la labor de modernizar el país, pero a su vez procuró beneficiarse con la valorización de sus vastas extensiones de tierra y la exportación de sus productos.

Para alcanzar esos objetivos los miembros de la elite no vacilaron en conceder a los capitales extranjeros ventajas inmoderadas. Sin embargo, sin el capital extranjero y la inmigración quizás el progreso no hubiera ocurrido o no hubiera tenido el ímpetu que tuvo. No obstante, a la elite le faltó austeridad para orientar sus pasos en la dirección única del interés general del país.

De esta forma, la Argentina liberal vive de cara a Europa, recibiendo su cultura, productos, capitales e inmigración, y no entraba todavía en el polo de atracción que empezaba a configurarse en torno de la gravitación de Estados Unidos, mercado al cual no podía acceder.

Esta relación especial de Argentina con Gran Bretaña estaba marcada por nuestras exportaciones de carne hacia dicho país, especialmente de carne enfriada, a pesar de que Argentina en su conjunto dependía solo en una mínima parte del mercado británico de ese producto. Sin embargo, de esa industria dependían poderosas empresas y un grupo social clave en Argentina. Gracias al formidable poder político de ese grupo, los distintos gobiernos interpretaron la dependencia de dicho sector social respecto del mercado de carnes británico como la dependencia de la Nación Argentina de la suerte económica de Gran Bretaña.

Los Estados Unidos, en cambio, nunca pusieron bajo su esfera de influencia a ningún grupo social significativo en Argentina, consecuencia del proteccionismo que practicó, lo cual constituyó un elemento de debilidad en la posición estadounidense en Argentina. Considerando los intereses de la elite gobernante, el proteccionismo estadounidense fue siempre una fuente de conflictos.

Dentro del campo diplomático, tradicionalmente la elite mantuvo ciertas constantes: enfrentamiento con los Estados Unidos, aislamiento respecto de América Latina y europeísmo o afiliación a la esfera de influencia británica. La inmigración y los capitales que servían al desarrollo del país venían de Europa y, en consecuencia, era natural que existiera un antagonismo hacia los proyectos sobre conformar una unión aduanera continental impulsados por los Estados Unidos. Además, la mayoría de la elite era recelosa frente a la implicancia unilateral y hegemónica de la Doctrina Monroe.

En consecuencia, los intereses de la elite gobernante, sustentados en una ideología conveniente a ellos y de la cual tomaron solo la parte que les resultaba beneficiosa, influyó sobre las estrategias de vinculación externa del país.

De esta forma, las relaciones económicas internacionales de Argentina, los intereses políticos y económicos de Gran Bretaña y Estados Unidos y los intereses e ideología de la elite gobernante influyeron en la estrategia de vinculación externa de Argentina. Dicha estrategia fue vincularse con Gran Bretaña por conveniencia económica tanto para el país como para la elite gobernante, al no poder penetrar el codiciado pero protegido mercado estadounidense. En el plano político, Gran Bretaña no tenía intereses en Argentina, mientras que nuestro país chocaba con Estados Unidos en muchos aspectos. En cuanto a América Latina, no existían grandes intereses económicos con el resto del subcontinente, y los litigios fronterizos tampoco propiciaban una mayor integración con Latinoamérica.

APENDICES.

1.- Apéndice del Capítulo I.

a) Comercio exterior. Salvedades de las estadísticas argentinas.

Desde 1895, por lo menos, la estadística del comercio exterior de Argentina venía resintiéndose de una importante laguna ocasionada por la práctica comercial conocida como "embarques a órdenes". Esta modalidad comercial consiste en destinar un cargamento a determinados puertos de conveniente proximidad a los mercados de consumo para de allí y de acuerdo con el estado de las plazas europeas en el momento de su llegada, hacerlo seguir a su destino definitivo. Es decir que el cargador no conoce su destino, tampoco el dueño de la carga (que está en Europa) lo conoce cuando sale de Buenos Aires. Durante el viaje, el dueño se informa de las condiciones del mercado mundial de consumos en lo tocante a la más ventajosa negociación de sus mercaderías y cuando el barco llega al puerto donde ha de recibir órdenes, ha tomado su resolución y ordena al buque que siga viaje para tal o cual punto, que muchas veces no es el definitivo todavía.

El destino se establece, por consiguiente, algún tiempo después de salido el embarque y de terminadas las operaciones aduaneras correspondientes, sobre las cuales incide la observación estadística. En consecuencia, en las estadísticas figura un renglón como "exportaciones a órdenes". Los productos más afectados por esta modalidad son trigo, maíz, lino, avena, es decir que un gran porcentaje de las exportaciones de estos productos es a órdenes.

Este inconveniente se solucionó a partir de 1927 inclusive. En consecuencia debe considerarse que en las estadísticas que corresponden a exportaciones de Argentina al Reino Unido, Francia, Bélgica, Holanda, Alemania⁸⁶ y otras naciones (menos importante) hasta 1926 inclusive, no se incluye el valor de las exportaciones que fueron embarcadas en puertos argentinos, destinadas "a órdenes". Desde 1927 ha sido subsanada la dificultad que ofrecía el comercio a órdenes y las cifras representan los valores correspondientes a las cantidades totales exportadas a cada país (Anuario de 1930).

Se supone que la posición relativa de los países destino de nuestras exportaciones no se alteraría demasiado para los primeros años si estas operaciones "a órdenes" pudieran ser asignadas a sus correspondientes destinos en los años anteriores a 1927. La distribución del porcentaje anual promedio de las exportaciones a órdenes de los principales países para el periodo 1927-1932 es la siguiente:

⁸⁶ La consecuencia práctica más importante de estos embarques a órdenes fue la subestimación de las compras alemanas (Vázquez Presedo, 1971:146).

Tabla N° 7.

Distribución de las exportaciones a órdenes de los principales países para el periodo 1927-1932	
País	%
Gran Bretaña	30.0
Bélgica	12.7
Países Bajos	10.0
Alemania	9.1
Italia	7.4
Francia	6.8
Estados Unidos	0.8
Total	76.8

Fuente: Phelps (1938:161)

Aplicando estos porcentajes al total de los embarques “a órdenes”, la importancia relativa de los países mencionados en la tabla se incrementaría.

También Rapoport (1990:205) señala que a partir de 1895 las cifras de exportaciones se ven alteradas por las exportaciones “por órdenes”, y concluye que tomando las cifras de importación de productos argentinos de las estadísticas de los ocho principales países que comerciaban con el nuestro, y adaptando su estructura porcentual a las estadísticas argentinas, puede deducirse que del 20% al 30% de esas exportaciones “por órdenes” tenían como destino final el Reino Unido y el resto se repartía equitativamente entre los demás países. Este cálculo coincide con la cifra del 25% que las autoridades oficiales de la época atribuían a Gran Bretaña (Bunge, 1930:161, volumen IV). La participación británica se elevaría entonces considerablemente.

Es importante señalar que las exportaciones a órdenes afectan solo a las realizadas con países europeos, lo cual implica que las estadísticas hacia algunos destinos europeos serán inferiores a lo que realmente fueron. En consecuencia, hay que considerar esta limitación al llevar a cabo el presente análisis ya que el objetivo es realizar una comparación de las dimensiones relativas entre lo comercializado con Gran Bretaña (Europa), Estados Unidos y Latinoamérica, considerando que las estadísticas de Gran Bretaña y de algunos otros países europeos están subvaluadas. Como estas estimaciones están sujetas a un margen de error, esta información no puede considerarse conclusiva. De todas formas, este será solo uno de los elementos que se considerarán para explicar la estrategia de vinculación internacional de la Argentina durante el periodo 1880-1930.

"Otros destinos" engloba los trasbordos realizados en Argentina de los productos procedentes de las aduanas del litoral y el rancho de los buques que están por hacerse a la mar (Anuario de 1905).

Hasta 1894 se suman las exportaciones a Río de Janeiro y a San Vicente por órdenes bajo la denominación Brasil, debido a que existe una localidad llamada San Vicente en el estado de Río de Janeiro y ello llevó al error. Pero el San Vicente correcto es el que corresponde a Cabo Verde, África, posesión portuguesa (Anuario de 1895).

En algunos años, las importaciones de Austria y Suiza son desconocidas para nuestras estadísticas porque Austria no exporta directamente desde sus puertos a Argentina, sino por los de Hamburgo, Bremen y Amberes y tal vez también por Le Havre, engrosando así de modo ficticio las importaciones procedentes de Alemania, Bélgica y tal vez Francia. De nuestro comercio con Suiza en ciertos años no se sabe nada porque no tiene puertos marítimos; exporta probablemente por Marsella, Burdeos y Le Havre, incrementando ficticiamente nuestras importaciones desde Francia. Respecto a Bélgica, Amberes es uno de los puertos de tránsito más importantes de Europa, desde el cual nos llegan mercaderías de Bélgica, Alemania, Suiza, Francia, etc., pero en las estadísticas figuran como belgas (Anuario de 1900).

Respecto a las estadísticas de importaciones oficiales argentinas, Vázquez Presedo (1971:193)) sostiene que las mismas adolecen de una serie de deficiencias causadas por haberse considerado los puertos de embarque como situados necesariamente en el país de origen de los bienes importados. Así, muchos bienes registrados como de origen francés, belga o británico, fueron enviados en realidad desde otros países, como Suiza o Alemania.

b) Comercio exterior. Tablas estadísticas.

Tabla N° 8.

Importaciones argentinas, por procedencia (%)											
Procedencia	1880	1885	1890	1895	1900	1905	1910	1915	1920	1925	1930
Latinoamérica	16%	10%	8%	7%	6%	5%	4%	14%	12%	10%	11%
EEUU	7%	8%	7%	7%	12%	14%	14%	25%	33%	24%	22%
Alemania	5%	8%	9%	12%	15%	14%	17%	2%	5%	11%	12%
Francia	18%	16%	14%	10%	10%	10%	10%	6%	6%	7%	6%
Italia	6%	5%	6%	11%	13%	10%	9%	9%	4%	9%	9%
Reino Unido	27%	38%	41%	42%	34%	33%	31%	30%	23%	22%	20%
Resto	20%	16%	16%	12%	11%	14%	15%	14%	16%	17%	20%

Fuente: Elaboración propia en base a datos de los "Anuarios del Comercio Exterior de la República Argentina" de la Dirección General de Estadísticas de la Nación.

Tabla N° 9.

Exportaciones argentinas, por destinos (%)											
Destino	1880	1885	1890	1895	1900	1905	1910	1915	1920	1925	1930
Latinoamérica	10%	10%	14%	13%	7%	7%	6%	6%	5%	6%	8%
EEUU	9%	7%	7%	7%	4%	5%	7%	16%	15%	8%	10%
Alemania	4%	10%	13%	11%	13%	11%	12%	0%	2%	10%	9%
Bélgica	25%	18%	13%	13%	12%	6%	8%	0%	5%	6%	9%
Francia	28%	29%	18%	17%	12%	12%	10%	7%	7%	7%	7%
Reino Unido	9%	15%	21%	12%	15%	14%	22%	30%	27%	24%	37%
Resto	16%	11%	14%	27%	37%	45%	35%	41%	39%	37%	21%

Fuente: Elaboración propia en base a datos de los "Anuarios del Comercio Exterior de la República Argentina" de la Dirección General de Estadísticas de la Nación.

c) Inversiones extranjeras. Tabla estadística.

Tabla N° 10.

Inversiones privadas extranjeras totales en Argentina								
Millones de dólares								
	1900	1909	1913	1917	1920	1923	1927	1931
Gran Bretaña	907	1.424	1.861	1.882	1.825	1.906	2.003	1.874
EEUU	0	19	39	82	75	193	487	721
Alemania	0	193	241	265	265	275	275	267
Francia	0	396	458	448	410	401	410	403
Otros países	0	144	537	566	575	314	299	396
Total	1.120	2.176	3.136	3.243	3.150	3.089	3.474	3.661
Préstamos al Gobierno	353	667	652	634	s/d	559	743	707
FFCC	461	776	1.038	1.060	s/d	1.134	1.188	1.446
Resto	306	733	1.446	1.549	s/d	1.396	1.543	1.508

Fuente: FIEL (1973:247) y Phelps (1938:100)

Nota: se excluyen las inversiones extranjeras realizadas en la rama petrolera.

2.- Apéndice del Capítulo II.

Tabla N° 11.

Presidentes y cancilleres argentinos			
Periodo	Presidente Vicepresidente	Partido político / organización partidaria	Canciller
1880-1886	J. A. Roca F. B. Madero	Partido Autonomista Nacional (PAN)	Bernardo de Irigoyen Victorino de la Plaza Francisco J. Ortiz
1886-1890	M. Juárez Celman C. Pellegrini	Partido Autonomista Nacional (PAN)	Norberto Quirno Costa Estanislao Severo Zeballos Amancio Alcorta Roque Sáenz Peña
1890-1892	C. Pellegrini ----	Partido Autonomista Nacional (PAN)	Eduardo Costa Estanislao Severo Zeballos
1892-1895	L. Sáenz Peña J. E. Uriburu	PAN + Unión Cívica Nacional	Tomás S. de Anchorena Miguel Cané Norberto Quirno Costa Valentín Virasoro Eduardo Costa
1895-1898	J. E. Uriburu -----	PAN + Unión Cívica Nacional	Amancio Alcorta
1898-1904	J. A. Roca R. Quirno Costa	Partido Autonomista Nacional (PAN)	Felipe Yofre Amancio Alcorta Joaquín Víctor González Luis María Drago Joaquín Víctor González José A. Terry
1904-1906	M. Quintana J. F. Alcorta	Partido Autonomista Nacional (PAN)	Carlos Rodríguez Larreta José Figueroa Alcorta
1906-1910	J. F. Alcorta -----	Unión Nacional	Manuel Augusto Montes de Oca Estanislao Severo Zeballos Victorino de la Plaza Carlos Rodríguez Larreta
1910-1914	R. Sáenz Peña V. de la Plaza	Unión Nacional	Epifanio Portela Ernesto Bosch
1914-1916	V. de la Plaza -----	Unión Nacional	José Luis Murature
1916-1922	H. Yrigoyen P. Luna	Radical	Carlos A. Becú Honorio Pueyrredón
1922-1928	M. T. de Alvear E. González	Radical	Angel Gallardo
1928-1930	H. Yrigoyen E. Martínez	Radical	Horacio B. Oyhanarte

Tabla N° 12.

<i>Presidentes estadounidenses</i>		
Periodo	Presidente	Partido político
1877-1881	R. B. Hayes	<i>Republicano</i>
1881-1881	J. Garfield	<i>Republicano</i>
1881-1885	C. Arthur	<i>Republicano</i>
1885-1889	G. Cleveland	<i>Demócrata</i>
1889-1893	B. Harrison	<i>Republicano</i>
1893-1897	G. Cleveland	<i>Demócrata</i>
1897-1901	W. McKinley	<i>Republicano</i>
1901-1909	T. Roosevelt	<i>Republicano</i>
1909-1913	W. Taft	<i>Republicano</i>
1913-1921	W. Wilson	<i>Demócrata</i>
1921-1923	W. Harding	<i>Republicano</i>
1923-1929	C. Coolidge	<i>Republicano</i>
1929-1933	H. Hoover	<i>Republicano</i>

BIBLIOGRAFÍA.

1.- Bibliografía del Capítulo I.

- Beveraggi Allende, Walter M. (1954): *El servicio del capital extranjero y el control de cambios, La experiencia argentina de 1900 a 1943*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Bunge, Alejandro (1930): *La economía argentina, Volumen IV: Política económica internacional*, Compañía Impresora Argentina, Buenos Aires.
- Bunge, Alejandro (1940): *Una nueva Argentina*, Ed. Guillermo Kraft Ltda., Buenos Aires.
- CEPAL, (1958): *El desarrollo económico de la Argentina, Anexo estadístico*, Naciones Unidas, Santiago de Chile.
- Díaz Alejandro, Carlos F. (1983): *Ensayos sobre la historia económica argentina*, Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- Dirección General de Estadísticas de la Nación: *Anuarios del Comercio Exterior de la República Argentina*, Años 1880, 1885, 1895, 1900, 1905 y 1930, Buenos Aires.
- Ferns, H. S. (1966): *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*, Solar/Hachette, Buenos Aires.
- FIEL (1973): *Las inversiones extranjeras en la Argentina*, Buenos Aires.
- Phelps, Vernon Lovell (1938): *The international economic position of Argentina*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia.
- Rapoport, Mario (2000): *Historia económica, política y social de la Argentina. 1880-2000*. Ediciones Macchi, Buenos Aires.
- Rapoport, Mario (1990): *El triángulo argentino: las relaciones económicas con Estados Unidos y Gran Bretaña, 1914-1943*, en M. Rapoport (ed) *Economía e historia, contribuciones a la historia económica argentina*, Editorial Tesis, Buenos Aires.
- Rapoport, Mario (1994): *La inserción internacional de Argentina y Canadá: un análisis histórico comparado*, en *Globalización, integración e identidad nacional*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires.
- Tirre, Emilce (1997): *Estados Unidos, la Argentina y la unión aduanera con el Brasil, 1935-1942*, en *Ciclos en la historia, la economía y la sociedad*, N° 13, año VII, Vol. VII, 2do semestre.
- Tirre, Emilce (2000): *La inserción de la Argentina en la Economía mundial, Desde la organización de la Nación hasta la Segunda Guerra Mundial*, Editorial Economizarte, Buenos Aires.
- Vázquez Presedo, Vicente (1971): *El caso argentino. Migración de factores, comercio exterior y desarrollo, 1875-1914*, Eudeba, Buenos Aires.
- Vázquez Presedo, Vicente (1978): *Crisis y retraso. Argentina y la economía internacional entre las dos guerras*, Eudeba, Buenos Aires.

- Williams, John H. (1920): *Argentine international trade under inconvertible paper money, 1880-1900*, Harvard University Press, Cambridge.

2.- Bibliografía del Capítulo II.

a) Sección Gran Bretaña.

- Bairoch, Paul (1993): *Economics and world history: Myths and paradoxes*, University of Chicago Press, Chicago.
- Ferns, H. S. (1966): *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*, Solar/Hachette, Buenos Aires.
- Foreman-Peck, James (1995), *Historia económica mundial, relaciones económicas internacionales desde 1850*, Prentice Hall, segunda edición, Madrid.
- Friedlaender, H. E. y Oser, J. (1957): *Historia económica de la Europa moderna*, Fondo de Cultura Económica, Primera edición en español, México.
- Halperín Donghi, Tulio (1998): *Historia contemporánea de América Latina*, Alianza Editorial, Buenos Aires.
- Hobsbawm, Eric J. (1998): *Industria e imperio*, Editorial Planeta Argentina, Buenos Aires.
- Kennedy, Paul (1997): *Auge y caída de las grandes potencias*, Plaza & Janes Editores, Barcelona.
- Rapoport, Mario (1990): *El modelo agroexportador argentino, 1880-1914*, en M. Rapoport (ed) *Economía e historia, contribuciones a la historia económica argentina*, Editorial Tesis, Buenos Aires.
- Rapoport, Mario (1981): *Gran Bretaña, Estados Unidos y las clases dirigentes argentinas: 1940-1945*, Editorial de Belgrano, Buenos Aires.
- Rapoport, Mario (1994): *La inserción internacional de Argentina y Canadá: un análisis histórico comparado*, en *Globalización, integración e identidad nacional*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires.
- Rapoport, Mario (2000): *Historia económica, política y social de la Argentina. 1880-2000*. Ediciones Macchi, Buenos Aires.
- Tirre, Emilce (1997): *Estados Unidos, la Argentina y la unión aduanera con el Brasil, 1935-1942*, en *Ciclos en la historia, la economía y la sociedad*, Nº 13, año VII, Vol. VII, 2do semestre.
- Tirre, Emilce (2000): *La inserción de la Argentina en la Economía mundial, Desde la organización de la Nación hasta la Segunda Guerra Mundial*, Editorial Economizarte, Buenos Aires.
- Tirre, Emilce (sin editar): *La crisis del sector externo argentino, 1880-1920*, Ediciones Cooperativas, Buenos Aires.

b) Sección Estados Unidos.

- Ferns, H. S. (1966): *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*, Solar/Hachette, Buenos Aires.
- Halperín Donghi, Tulio (1998): *Historia contemporánea de América Latina*, Alianza Editorial, Buenos Aires.
- Jones, Maldwyn A. (2002): *Storia degli Stati Uniti d'America. Dalle prime colonie inglesi ai giorni nostri*, RCS Libri S.p.A., Milano.
- Kennedy, Paul (1997): *Auge y caída de las grandes potencias*, Plaza & Janes Editores, Barcelona.
- Peterson, Harold F. (1970): *La Argentina y los Estados Unidos, 1810-1960*, Eudeba, Buenos Aires.
- Phelps, Vernon Lovell (1938): *The international economic position of Argentina*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia.
- Rapoport, Mario (2000): *Historia económica, política y social de la Argentina. 1880-2000*. Ediciones Macchi, Buenos Aires.
- Rapoport, Mario (1990): *El triángulo argentino: las relaciones económicas con Estados Unidos y Gran Bretaña, 1914-1943*, en M. Rapoport (ed) *Economía e historia, contribuciones a la historia económica argentina*, Editorial Tesis, Buenos Aires.
- Schulzinger, Robert D. (1984): *American diplomacy in the twentieth century*. Oxford University Press.
- Smith, O. Edmund Jr. (1953): *Yankee diplomacy. U.S. Intervention in Argentina*. Southern Methodist University Press, Dallas.
- Tirre, Emilce (2000): *La inserción de la Argentina en la Economía mundial, Desde la organización de la Nación hasta la Segunda Guerra Mundial*, Editorial Economizarte, Buenos Aires.
- Vázquez Presedo, Vicente (1971): *El caso argentino. Migración de factores, comercio exterior y desarrollo, 1875-1914*, Eudeba, Buenos Aires.
- Vázquez Presedo, Vicente (1978): *Crisis y retraso. Argentina y la economía internacional entre las dos guerras*, Eudeba, Buenos Aires.
- Whitaker, Arthur P (1956): *La Argentina y los Estados Unidos*, Proceso, Buenos Aires.

3.- Bibliografía del Capítulo III.

- Bidart Campos, Germán J. (1977): *Historia política y constitucional argentina*, Tomo II, Ediar S.A. Editora, Buenos Aires.
- Cortés Conde, Roberto (1969): *El boom argentino: ¿Una oportunidad desperdiciada?*, en *Los fragmentos del poder, de la oligarquía a la poliarquía argentina*, Torcuato S. Di Tella y Tulio Halperín Donghi (editores), Editorial Jorge Álvarez, Buenos Aires.

- Ferns, H. S. (1966): *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*, Solar/Hachette, Buenos Aires.
- Fodor, J. G. y O'Connell, A. A. (1973): *La Argentina y la economía atlántica en la primera mitad del siglo XX*, Desarrollo Económico, Revista de Ciencias Sociales, abril-junio, Buenos Aires.
- Paradiso, José (1996): *El poder de la norma y la política del poder, 1880-1916*, en *La política exterior argentina y sus protagonistas, 1880-1995*, Silvia Ruth Jalabe (compiladora), Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires.
- Rapoport, Mario (2000): *Historia económica, política y social de la Argentina. 1880-2000*. Ediciones Macchi, Buenos Aires.
- Romero, José Luis (1998): *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*, A.Z. Editora, Buenos Aires.
- Romero, José Luis (2004): *Las ideas políticas en Argentina*, Vigésima primera reimpresión, Fondo de Cultura Económica, México.
- Storani, Federico (1996): *La neutralidad activa, 1916-1930*, en *La política exterior argentina y sus protagonistas, 1880-1995*, Silvia Ruth Jalabe (compiladora), Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires.